

A detailed topographic map of Gran Canaria, showing contour lines, rivers, and various geographical features. The map is oriented vertically, with the island's coastline visible on the left and right sides. Key locations like 'Cumbre Vieja' and 'Las Palmas' are visible. A small handwritten mark '2-7/53' is present in the upper right quadrant of the map.

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

# LA ISLA...

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

Al amigo dotario Siemas  
en prueba de un viejo afecto  
ferretero, y a su esposa Ange-  
lina, en recuerdo de cuando  
estudiábamos en Heidelberg

Antonio de la Nuez

LA ISLA...

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA 1950



## VIDA PRIVADA DE MARI MAGUADA

*«He aquí la isla llena de piedras*



EL eterno femenino reside, ante todo, en la atracción telúrica ejercida por la patria.

Por Dios, cristiana, déjese de rollos.

La Patria es el solar donde nacemos, el aire que respiramos.

Eso mismo me dijeron cuando entré en quintas.

El sello de nuestra Patria va impreso en cada cosa. Tenemos cara, manos y cuerpo de isla en nuestra alma.

- Bueno, don Ambrosio.

Adiós, que su mercé lo pase bien.

Este era el diálogo que delante de la iglesia tenían don Ambrosio, el boticario cubano y doña Catalina la Fofa, señora de rompe y rasga, con Panchito el de los Tarajales. En esto llegué yo, y les dije a todos los allí presentes:

- Miren, cristianos: no hace mucho tiempo, para que ustedes vean, en una cueva de la Atalaya se hizo un sensacional descubrimiento sobre el cual cayó el más ominoso de los silencios. Si se hubiese tratado de cualquier Glozel de a perra gorda, de la tiara de Crimea o de apócrifo manuscrito de Ossian, lo más seguro es que los sabios hubiesen levantado el grito y puesto sus clamores en el cielo y la cosa tendría en la actualidad cabida en los libros de texto de las más lejanas regiones de la tierra. Pero no fue así, porque se trataba de una cosa muy seria. En un arca de madera de barbuzano, amarillenta, algo ennegrecida por el tiempo en su interior, con cerradura del país, bajo siete colchas tejidas en Fataga o Artenara, entreveradas de membrillos apelmusados, apareció un apollillado manuscrito, comido de ratones y cucas, de indescifrables caracteres berberiscos, tuaregs o del demontre sabe que idioma. Lo cierto es que los sabios profesores de nuestra Alma Mater y Pater, la Excelentísima y Reverendísima Universidad de San Cristóbal de Agüere pudieron descifrar aquellas galimatías antiguas dándonos testimonio fehaciente de lo que allí se decía. El rollo era de pieles de baifito curtidas más finas que la gamuza y que todas las pieles de Suecia habidas y por haber, empatadas con tendones del mismo animal,

que habrían sido ensartadas previamente en gigantescas espinas de rascasios. ¿Quién había guardado allí aquel tesoro? Una gloria de la arqueología más curiosa aun que el Valle de los Reyes, que Mohenjo Daro, que las estatuas gigantes de las islas Pascua, que los mosaicos de Ain Karen, que el resplandor del oro y lapizlázuli de las mascarillas de Ur, estaba ante nuestra vista. ¡La autora de aquel manuscrito era nada menos que Mari Maguada T'Amerán, Diana de Tirma, para otros Dafne de Tamarán, bautizada después con el nombre de María del Pino de Canarias! La autora de aquel manuscrito era, en una palabra, nuestra propia isla de Canaria. El rollo aquel era un hermano nuestro en las entrañas de la Patria, tenía el humor de la tierra, la dureza del basalto, el brillo de la flor de pascua cuando llega el invierno, el perfume de los follados y el tacto delicado del plumón de los pájaros.

—En él se reflejan los días alegres y tristes de nuestro cielo, los cambiantes curiosos del mar, la luz de las naranjas en los valles perdidos, la gracia de los riscos y de las casas multicolores, la risa celestial de nuestros mitos... y decidí apropiarme de aquel tesoro. Los sabios no se darían cuenta porque están allá en sus cosas y no se han enterado de lo que es un buen zurrón de goño, ni de la cambadura de la Pata de Chenchá, ni de las delicias capuanas de la bendita Pino Robaina, en las que descansa nuestro común amigo Lolo "el Alcalde". Poco a poco salieron al viento como si fueran míos muchos de los bellos trozos literarios de mi isla... pero se les veía el plumero del guapil, hecho con colas de gallos ingleses y plumas de la cresta del halcón real. Hoy vuelven los ojos del pasado a la realidad y, aun conservando su primitiva forma, yo me declaro culpable y doy a cada uno lo suyo.

## DIARIO DE MI ISLA

Junio del año 200.000 a de J. C.



1.—Nazco en medio del Atlántico, una mañana nubosa de junio.

2.—Aun no soy más que un montoncito de basalto, palpitante junto a las olas de un mar negruzco como la pez derretida; es el mar terciario: un verdadero asquito.

3.—Hoy he conocido a mis hermanas y al tío Atlas. Menuda familia me ha tocado en suerte. Tenerife dice que tiene de nieve el

semblante y de fuego el corazón y otras monsergas por el estilo. Fuerteventura es una hermana muy seca. Y el tío Atlas se las da de forzado. Siempre está con una bola en la cabeza y manteniendo el cielo para que no se caiga. Yo creo que está algo majareta.

4.—No me cabe un calasimbre. Hoy me llevan a cristianar a Nuestra Señora del Pino. Pero aun no sé qué nombre me pondrán. Después me darán leche de cabra, pues creo que el tío Zeus se trae a su cabra Amaltea para que la ordeñen. Me sospecho que esta cabra me dará mucho que hacer.

5.—¡Buena la han hecho! ¿Saben ustedes la que se armó ayer en la Iglesia Basilica? Y pensar que con estos nombres he de pasar a la posteridad: María del Pino de Africa Canaria, Tirma de Tamarán, Perez de Negrón y Crónida.

—Me han salido por todo el cuerpo unos granos muy molestos.

7.—El doctor Esculapio dice que se trata de "Vulcanitis aguda" y que es muy corriente entre las islas jóvenes. Con unos polvitos de arena fina y un poco de hipeocacuana dice que se me pasará.

7.—Que si quieres arroz, Catalina. Los granos van en aumento y me salen unas pupas muy grandes. Tengo uno por Bandama y otro por Los Marteles que no me puedo ni sentar.

8.—¡Fuego! ¡Fuego!

9.—Si no llevo a salir corriendo y me tiro al agua me quemó todo. don Esculapio es una birria.

10.—Con el calor que hace, dentro del mar no se está mal.

11.—Mi papá dice que tengo que sacar los pies del agua, porque, para húmedo, él. Mi papaito es muy bueno. Con el tenedor ese que tiene, me da una sardina fósil de vez en cuando, y me llena la faldita de conchas para yo jugar.

12.—No hay más remedio que dejar el agua. Ya se terminó el mioceno y mamá Africa dice que para mañana tengo que preparar todo porque voy a tener huéspedes a almorzar.

Martes y 13.—¡Llegaron los huéspedes! Menos mal que no vinieron sino a almorzar. Son una verdadera plaga de langostas y los llaman hombres. Tío Atlas está que trina.

Los molestos huéspedes se quedaron. Hoy hasta han estado fogueando en mi diario. No dejan títere con cabeza. Se me meten a hurgar en las cuevas y me dan mucha risa.

15.—Creo que esto ya pasa de castaño oscuro. Vinieron para almorzar y llevan tres días. Están acabando con toda la cebada verde que tenía para el invierno.

16.—El amigo Pan y la cabrita Amaltea me la han hecho buena. Ya lo había dicho yo. La ocurrencia del tío Zeus fué de las que hacen época. La innumerable descendencia cabreteril me está haciendo polvo mi hermoso traje verde. Estas cabras se lo comen todo, y, en definitiva, ya se sabe: la cabra siempre tira al monte.

17.—No es por criticar, pero me parece que hoy ha habido un lío de los de aupa en casa de mi hermanita Tinerfe. Un robo. Le echan la culpa a un tal Caco, que es más malo que la quina. Total, tanto llo por unas manzanas. Pero creo que eran de oro y que, además, el tío Atlas anda mezclado en ello.

18.—Ahora recaen las sospechas en la criada. ¿Como está el servicio, Dios mío!

19.—Por fin se descubrió al autor del desaguisado. Y cualquiera se mete con él. Es, además, primo mío, porque resulta ser el hijo predilecto del tío Zeus: Merculitos Jupiterino. El niño tiene una barba que le llega a los tobillos y una macana que del primer toletazo le parte la espina dorsal a Selene. Atlas dice que él no puede ir en su persecución porque está muy ocupado con eso de mantener el cielo y otras monsergas. ¡Fuerte chingote, cristiano!

20.—Y a todas estas, el dragón de marras no sirvió para nada. Por lo visto se templó con vino del Monte. Y es que una es muy uberrima.

21.—No sé a qué habrán venido estos tíos. No hacen más que comer gofio de cebada y no se les ocurre plantar ni una mala platanera. Con gentes así la economía del país tiene que ir muy mal.

22.—Ayer llegaron a última hora otros hombres más raros todavía que los primeros que aparecieron. Vienen buscando orchilla y traen muy buenos trajes. Como siga llegando gente voy a tener que poner algún impuesto del cuatro por ciento por cabeza de piojos que me lleve a una playa de estas.

23.—Menos mal, hombre. Estos parece que traen algo.

24.—Ahora voy a la escuela. Esta mañana mamá me mandó con la chacha por primera vez.

25.—Ya pasé el "Catón", y ahora estoy en "El Corazón", de Edmundo de Amicis, un cursi muy simpático.

26.—Me gusta la literatura. Una vez que me asegure el porvenir con los plátanos y los tomates y alguna que otra papita, me voy a dedicar a ella.

27.—Hoy pasó por aquí Colón, que va a descubrir América. Ya era hora, porque mamá Africa estaba apurada desde hace tiempo sin cartas de allá. Para el 12 de octubre escribiré un artículo sobre esto, que siempre hará bonito.

28.—Ya leo de todo. A Lope, a Baroja, a Platón, Azorín, Spengler, Shakespeare, "Radio-Cinema" y Hesiodo.

29.—Nada nada, jamás se ha visto una isla escribiendo y lo van a ver.

30.—Aquí está.

## CAPITULO I

# T - A M A R - A N

*He aquí lo que los escritores han dicho de mi. No siento el menor rubor. Las islas no nos ruborizamos tan fácilmente. Nuestro color no cambia con esa frecuencia transparente de la carne. De lo escogido, alguna cosa lleva la firma entre líneas. Unos autores son universales y otros completamente desconocidos. Es a estos a los que más quiero.*

*Mari Maguada T'Amaran.*

- *El escritor ante su Isla*
- *El agua en los pozos*
- *Goethe*
- *Patios y jardines*
- *Las Iglesias*
- *La danza macabra*
- *Greguerías*
- *Las Cuatro Estaciones*
- *Mitos*
- *Fauno con plumas*



## EL ESCRITOR ANTE SU ISLA



EL escritor vive en una isla. La isla está rodeada de agua como todas las islas. Pero esta isla presenta la particularidad de que es la isla del escritor. Está hecha con un poco de ocre, otro de gris, azul, muy poco verde, y luz blanca solar, muy violenta. "¿Cómo podría un pintor pintar la isla?", se pregunta el escritor. Es imposible.

Si pintara un barco atracado al muelle... Pero este barco podría estar en cualquier puerto del mundo. Al fondo las tres jorobas de la isleta. ¿Hay algo más maravilloso que la paleta de un pintor? Allí están las formas increadas. El pintor ha aplastado sobre la paleta una espiral blanca deslumbradora. Mas las isletas son grises. ¿Grises? No. Según la luz que les dé. Así van surgiendo los problemas uno a uno. ¿Y si el pintor subiera a la empinada del Capón, sobre la Laja? ¿Adquiriría allí la visión-paisaje-isla? El borde de encaje de espuma sobre la playa, la tejanía de la ciudad, también los barcos, el acantilado. Todo puede pertenecer a la costa de un Continente. ¿Y desde la isleta? Subiendo sus esoorias se puede contemplar dos costas. Ya la isla surge allí, desde el mar. Otro brazo de Océano y, en la tejanía, el volcán de otra isla. Quizás esto diera una realidad más insular al paisaje. Otro paso y la pintura se convierte en topografía.

Pero el escritor ama a su isla íntegramente. Y el escritor no se alimenta sólo de formas y colores. El escritor percibe, entre el mudo, chocar de las esferas, una música. Una música que no es sólo la del folklore. Música de eucaliptos azotados por el viento. Música de campanas a las tres de la tarde. Campanas tocando a Vísperas. Música de violines en un teatro lleno de colores. Charangas militares de los barcos de guerra en el Parque de San Telmo. La pianola de un "cine" mudo. Una radio cantando pericónes argentinos. El lejano silbido de las sirenas. Los truenos que no oyó desde la juventud. El ruido de los autobuses subiendo las cuestas de la isla. El canto de los gallos. El rumor de las palomas. El estruendoso rozar de las cadenas de las anclas. El angustioso gítar de los barcos varados. Pero, sobre todo, hay dos músicas confusas por las que el escritor siempre ha tenido debilidad. El zumbar de las abejas en el verano, y el rumor profuso de la ciudad a la hora del atardecer. El ruido humano. El arranque y las bocinas de los "autos". El trotecillo del caballo del tartanero. El pregón de los periódicos.

El escritor reposa ahora en el campo con los ojos cerrados. Tampoco oye ningún rumor porque el campo está en silencio. Pero la ventana está abierta. Por la ventana entra una rama leñosa con hojas verdes claras y anchas. El escritor no la ve. Sólo esa claridad roja-lechosa de cuando tenemos los ojos cerrados y hay una luz en la habitación, atardeciendo. Al principio el escritor no percibe nada. A medida que las sombras de la noche entran por la ventana un perfume delicioso invade la casa. Nuestro lenguaje es pobre. El lenguaje humano es pobre. No tenemos términos claros para los perfumes. Todos los referimos a la causa del perfume. Pero en este caso es en vano. Si no se ha percibido jamás el olor de la bella-sombra es inútil decir que el es-

critor se embriaga con su perfume. Los ilanes están un poco más lejos. Las rosas, aun teniéndolas cerca, no dan sino un perfume lejano. Pero ahora nos interesa el perfume de la isla. ¿Será el perfume de sus jardines? Es tentador atribuir a la isla el perfume de las magnolias. Pero no es exacto. ¿Será el perfume acre de los plátanales, húmedos, estercolados, recién cortados los racimos? Quizás esté más cerca. Pero no lo vamos a decir a la isla. La isla implica mar. El perfume del salitre y de las algas es más insular. El de la brea en los barcos. El olor del puerto, que marea. El del pescado semi-podrido. El del polvo de los muelles...

El escritor recuerda las salas flamencas primitivas del Museo del Prado. Los pintores eran entonces aficionados a pintar series de cuadros. El oído. El olfato. El gusto. El tacto. En el gusto aparecen las frutas, las aves, las reses, los pescados. El escritor desde un lugar lejano a su isla ya escribió sobre la gastronomía del Archipiélago. Pero no a qué "sabía" la isla. ¿Quizás a pulpa de aguacate? No. Algo más vulgar evoca con más propiedad el gusto de la isla. Olfato y gusto están muy ligados en la fisiología de los sentidos. El gusto de la isla es de sarna fresca. También de antoñitos y de saifias. Poco a salmón. Más a cherne salado. ¿Y el gusto-perfume de los plátanos? No. Estos quizás sean sólo episódicos en la isla. Queda además el gusto a la propia tierra. El escritor también fue niño y supo del gusto a las arenas de la playa.

Nada tan material como el tacto. Acariciamos la corteza de los membrillos y en nuestros dedos se queda su forma, la pelusa que tenían y damos con una superficie pulida. Partimos una naranja y sentimos su sangre escurriéndose por nuestras manos de matarife. Así palpamos los huesos, entre blanduras y pulmón, del ave. La dureza de las carnes viejas. El tronco con heridas de los dragos. Como se nos clavan las aristas del picón. Tocamos la frigidez mate de los plátanos y la suavidad rugosa y resbaladiza de su flor dura. Apretamos la rama de un pino y sentimos sus agujas en la mano. El deglutir un tuno no es sólo su perfume y su gusto sino el contacto, en el paladar y la lengua, de su granilla. Sentimos en nuestros dedos la escamosa piel de los peces. Resbaban entre ellos las escurridizas algas. La arena, si la intentamos apretar, se desliza a tierra otra vez. Como el agua. Muchas veces al el aire es fuerte tocamos el aire. Pero la redondez intacta de la isla, la totalidad de la isla sólo la podríamos percibir al tacto si tuviéramos una mano gigantesca que la abarcara toda. Cual nuevo Gulliver jugaría entonces el escritor, con los barcos que llegaran al puerto y no teniendo con que alimentar su enorme cuerpo moriría al tercer día como estas líneas mueren aquí. Tranquilas.

*Un país con arcángeles de piedra...*



NUESTRA isla es un país de arcángeles de piedra. Nuestra isla es un torreón dorado concimientos de carenas. Eso es nuestra isla. Cuando se le quiere exigir un provecho comercial, se niega, deja que las anchas hojas de las musáceas amarillenten por el largor de las dulces, y el chorro de agua se angosta en todos los pozos.

Hay oraciones al cielo y todo se nos re-

presenta como en esos viejos cuadros del arte de los Países Bajos cuando se ve a un alte mitrado de oro, conduciendo una procesión de fieles bajo un cielo azur heráldico. Al mismo tiempo se llevan a Cristo a crucificar cayendo bajo el peso enorme del madero pardo y hay un castillo medieval en cada cumbre y unas tajás pizarrosas clavadas, como aerolitos, en el terreno, y unos entrantes del mar que parecen lagos, y unos techos de las casas, negros. El cortejo de soldados lleva armaduras medievales, pero sus banderas van signadas con el SPQR de las huestes romanas. Los árboles no son un conjunto borroso de luz verde, como en los impresionistas. Los árboles son cada hoja en cada estrecho palitroque de rama a punto de quebrarse bajo el peso de cualquier pajarrillo que se estacione en él.

Nuestra isla no será jamás una abstracción administrativa. Conserva el nombre de Cabilido—nombre purpúreo—para regirse más en consonancia con aquel jardín de la antigua casa de don Luis Millares, la buganvilla, la enredadera de gallos y los bambúes y cinnamomos rebajando el amplio blanquear de los muros encalados.

Desconozco nuestra isla en los periódicos que hablan de los millos que necesita nuestro puerto y de lo que ha entrado de más en tonelaje. No están en ellos las rocas de la Isleta, el amarillo de los arenales y el gris de los muelles, el blanco de las motonaves y de los velámenes hinchados, el azul y el verde de las mareas, el rojo del amanecer en las cumbres y la calma chicha del mediodía junto a las caseta de feria de los consignatarios, de los portadores y de los puestos de tabaco y coca-cola.

De esto es de lo que nuestra isla se resiente, cruje y se seca por dentro, se pudre y reblandece a trozos, carcomida por el malestar de lo exótico.

Después del fluir de todos hacia la ciudad hay ahora como una revitalización de las vías campestres y hacia arriba se derrama el ansia de los que se encuentran contagiados por la fiebre de nuestros días. Algunas veces descansa el alma contemplando cómo una pareja de rubios vikingos ve con asombro una palmera y un colegio de niñas cruza por la calle cantando para "fuera de la portada"; o cómo, alguien, elogia "nuestra máxima perspectiva ciudadano" desde el jardincillo del Espíritu Santo.

Pero no todos los días son alegres en la isla. Es necesario la tristeza de las rocas peladas y el chillido de las gaviotas que aun en una mañana de sol tiene resonar de malos presagios. Por allá por las playas del sur se siente con terror la soledad y las agua-vivas escuecen en la piel con el recuerdo de los ahogados en todos los mares de Nuestra Isla.

## EL AGUA EN LOS POZOS



NADA hay tan bello y placentero como dejar a la tierra tranquila. La verde selva y el abril florido, el desierto con sus arenas o la estepa con sus yerbas altas como caballos, las lianas y los musgos extendiéndose por todas partes sin que el hombre los moleste para nada. Así debió ser el Paraíso Terrenal. Las aguas bajarían negras, blancas o coloradas, azules como las del Danubio o en un hilillo tenue como en el Manzanares. Pero vino esta peste de hombre echado del Paraíso a ponerlo todo hecho una miseria. Así aparecieron los primeros canalitos con un tronco hueco para derivar las aguas, hacia la vecindad de su cueva, para regar con ellas el primer trigo y el primer centeno salvaje y también el primer mijo —¿qué gramínea más prehistórica!—. Después, aquello del:

—Déjeme usted un cacharrito nada más, señor Fuláñez.

—Bueno, señora, coja usted un balde.

—Para llenar la palangana nada más.

—Nada, nada, por Dios, lo que usted quiera.

Terminó en un abuso inculcable. A los ríos se les pone muros, se les cambia de curso, se les obliga a trabajar hasta extraerles el último wattio, mueven ellos solitos fábricas y ferrocarriles, limpian las alcantarillas de las ciudades —esto es lo que más les molesta— y hacen toda clase de menesteres, incluso de recaderos, circunlando por donde el hombre los obliga. Con todo esto no es extraño que el agua se oculte cada vez más, que no llueva, que los ríos se sequen, que los pantanos no se llenen. Pero a donde se ha llegado al colmo es en el abuso de la tierra y el agua es en Canarias. Menos mal cuando, en ciertas y determinadas regiones del globo se perforan pozos artesianos y surge un chorro vertical que estaba ahogando y poniendo hidrónica a las capas geológicas subterráneas; menos mal cuando se disimula el verdadero objetivo con eso de

—Vamos a hacer una cuevita

y hacen una galería que no se la salta un gitano. Pero lo que no tiene disculpa es esto que está ocurriendo aquí llenar el suelo con estos agujeros irregulares que llamamos pozo, estropear las capas volcánicas de la isla, tan bien dispuestas y con tanto primer depositada, no respetar que hay álamos blancos, ni que hay bancales con naranjos por los alrededores, ni lo limpio del aire campesino, llenándolo todo de manchones de grasa y del hollín de las máquinas que jadean en una prolongada agonía. Esto, como es lógico, provoca la inmediata reacción de la tierra y del agua. Aquella se arruga, ésta se huye.

En esta lotería de la clase media y alta muchos se han arruinado, algunos van tirando y otros han adquirido verdaderas fortunas. Pero la explicación es lógica. El agua por lo general es asustadiza. Luego es muy difícil que salga un número premiado. Pero para todo hay linceos y aparecen de vez en cuando los adivinos de aguas. Las entidades más serias y con más tradición en esta materia suelen caer de vez en cuando de invitar a alguno de ellos procedente casi siempre de Bélgica, tierra de buenos abates dedicados a la "acuomancia".

—Dígame usted dónde está el agua, "moslu".

—Déjeme que me abstraiga con mi varita.

—Ya está. Por aquí, por aquí es.

Y efectivamente. Los obreros empiezan a cavar como leones. Uno, dos, tres metros, una cosa dura. ¡Plón! La cosa dura se ha desfondado y surge un hermoso chorro de dos azadas. Una tubería rota. Tribunales. Daños y perjuicios y costas.

Otras veces se oye hablar de alguien:

—¿Fulanito? Mira como estaba. De repente pegó a cavar en un pozo que tenía por allá por Valsequillote. Cava que te cava dió con el risco. Dniamita al canto y siga "usté p,alante". Un buen día le salló un chorro de diez horas de agua. Hasta foguetes tiraron. A los obreros, vino del Monte y cárajasas y Ron de Telde.

—¿Y cuánto le duraron?

—¿El qué, cristiano?

—¿El qué va a ser? Las horas

—Como todas, sesenta minutos.

—Déjese de bromas.

—Pues, después de aquel chorro, todo se quedó en agua y cerrajas. Pero más cerrajas que agua.

—¿Y después?

—No, por eso no se desanimó. Siguió escarbando.

## G O E T H E



**NO** vamos a referirnos ahora, ni a Clavijo, el personaje canario de las preferencias de Espinosa y del odio de Beaumarchais, ni tampoco a la influencia que Johannes Wolfgang haya podido ejercer en los escritores de nuestra isla. Aquella es general en toda la literatura y sería raro hallar un escritor, medianamente culto, posterior a él, en el cual no se encontrara algo del gigante de Weimar. No

vamos tampoco a dar la lista de las obras de Goethe contenidas en los viejos fondos del Museo Canario, de la Biblioteca de La Laguna o de alguna otra Biblioteca conocida del Archipiélago, como la de Mafiotte, o la que actualmente posee en la Orotava don Antonio Lugo Viña, procedente en parte, de la que en su época tuvo don Juan Jacinto del Castillo. Sólo nos interesa ahora Goethe como hombre del norte que descubrió el sur y quedó maravillado, no como autor leído por D. Baltasar Champsor e doña Carolina Chapuli.

En este aspecto son piedras preciosas los versos intercalados en el texto del Wilhem Meister y puestos en boca de la breve y bella Miñón. Vaidrian igual para otra Miñón que trajese de las islas, a la Alemania teatral de Dresde o Leipzig — ciudades donde el pasado clásico tiene su tarjeta postal — todo el perfume de las Hespérides en el mes de abril, cuando los follados florecen con sus diminutos jazmincillos blancos. Así hubiese podido cantar el poeta: “¿Conoces tú la tierra donde florece el limonero? Es más al sur, donde las orquídeas empiezan a vivir a aire, donde los papayos ofrecen sus ubres de cabra, repletos. Cada bancal es un templo, un altar encendido con las mil luces de las naranjas lustrosas. Un dulce aire amoroso traspasa el cielo azul, pero también cuando está el cielo gris se siente un grato sopor inenarrable. ¿Conoces tú, mi amor, el lugar a donde quiero ir contigo? Los mirtos, los laureles y los arrayanes sólo se mueven fugazmente en la primavera y en su perfume hay algo que llama, dentro de mí, al amor. ¿Conoces tú la casa? Está cubierta por enredaderas, con tejas y galerías de madera. Quizás tengas en ella miedo a las ratas de campo y a las salamandras grises. Pero está escondida entre muros blancos y árboles gigantescos y a su único salón llega una luz tamizada que ha traspasado, primero las magnollas fronteras. ¿No oíste cantar jamás allí los capriotes? ¡Y aquéllas allá, a lo lejos, donde se oculta el sol! ¿No viste cómo azuleaban las Cumbres con el Saucillo enmedio? ¿Conoces tú la montaña y el sendero? Por ellas, cabalgando entre nubes, sobre estrechas cornisas se baja al Infierno o se sube, sudoroso, a los Cielos y se oye palpitir a la tierra, al dragón oculto del Jardín de las Hespérides

Rubén Darío no necesitaría interpretación. Parece que ha estado bajo las cuevas verdes de San Antonio cuando canta

“Junto al verdoso charco, junto a las piedras toscas  
rubi, cristal, zafiro, las susurrantes moscas...”

Pero la adivinación amplia y completa del sur se da en el Fausto, en la segunda parte clásica, de la gran obra de Goethe: “... por el collado alegre en que madura la uva sobre el sarmiento que su peso inclina...”, frase que llena toda la segunda vida del inmortal. Surgen en-

tonces para él, todos los dioses del Olimpo y las ninfas que pueblan las aguas y, lo mismo que nosotros,

Sileno montado en burro  
por un jardín entre rejas,

sirve de compañero al poeta, que hubiese conocido el Túsculo canariense de don Josef de Viera y Clavijo. Aquí, como en Italia o Grecia Goethe pudo cantar al Otoño con versos sáficos:

Ven a mis brazos, Venus de Milo,  
Llena mi copa, Saco ligero  
Lava mi mano, limpida fuente  
que mana eterna.

Juntos dancemos la alegoría  
ante la diosa de la hermosura  
Entre cantares epitalámicos

besa mis sienes,  
que hoy el Otoño modela el fruto  
de los pinares, con oro y grana  
y la vendimia ya terminada  
llena mi vaso.

Nada hay que limite la fantasía; así, pues, para gusto nuestro, dejad que pensemos en este Goethe que pudo estar en Canarias y contemplar cómo las largas hileras de las mulas cargadas con las uvas recién recogidas, se dirigían a los Siete Lagares donde esperaban inhiestos, los pesados maderos orlados de cantería negra. Ese retrato que hay de Johannes Wolfgang con un ancho sombrero, y medio reclinado bajo un árbol, sería la imagen suya, más apropiada para situarla en el Jardín de las Afortunadas en un día de vendimia, cuando los hombres llenan sus piernas del jugo dulce y lustroso de las pocetas.

Solo le falta a Goethe el matiz rubeniano, indigenista, para tener completa visión del sur. El hubiese podido poblar de estatuas clásicas los jardines de Arucas, pero no cantar en Telde el agua que corre por cantonera, aguacates, claveles, el jardín en sombras, rosas, cafetos, bananos, las ranas orondo, los bajos poseos...

"¿Soñamos acaso o estamos despiertos?"

(recordaba ahora el jardín hindú  
abierto de lotos)

"Sobre un puentecillo de lacas y mármol

"en yema sonríe como de alabastro

"Madame Butterfly",

es la pincelada oriental —como de crema mate con las hebrillas de la porcelana viaja— sobre lo clásico, es lo que define más exactamente a Canarias.

## PATIOS Y JARDINES



La más brillante nota de nuestro vivir íntimo reside en los jardines y patios de todas las islas. Las residencias de Teide, Los Llanos de Aridane, La Laguna, La Orotava o Arucas tienen hermosos parques con jacarandas de flores violetas en la primavera o con olorosos follados de florecillas blancas, con rosas amarillas, cremas, púrpuras, blancas o rojas, con dalias pomposas, con tulipanes, flores

de gallo, espuelas de caballero, guisantes de olor y glicinias, aguacateros y laureles frondosos o ficáceas gigantescas, con cafetos y nardos, con calas y pompadures. Pero no reside en estos jardines bien cuidados la esencia del Archipiélago, como no reside tampoco en el Botánico de la Orotava, ni en los parques y Jardines municipales. El corazón verde de las islas se encuentra mucho más hondo, oculto por tapias blancas, por puertas despintadas o sobre los muros de las azoteas. Está en esas señoras que cuidan sus olaveles, con amoroso mimo, año tras año, en esos gladiolos cultivados en parterres minúsculos, en esas begonias o anturios de las galerías monjiles, en los lirios y azucenas que, en un cajón han brotado junto a la desvencijada escalera de madera en un patio que no tiene más que el espacio necesario para que llegue un rayo de sol y un gato atigrado se estire perezosamente.

En esas casas pobres de los barrios, por Vegueta, por el barranquillo de don Zollo, por San José o por San Juan las begonias tienen un aterciopelado envés y si vamos a ellas en un día de duelo, con esa solemnidad que tienen los minutos antes del entierro, veremos cómo en la casa sólo conservan la misma alegría de siempre los geranios de enredadera que cuelgan desde la azotea, los culantrillos del bernegal y las campanillas amarillas y blancas de las frisias. Cada vez se venden más flores en Las Palmas, pero esas flores del mercado tienen un dejo enorme de tristeza cuando se van marchitando en sus repletos cestos que han vendido de madrugada, cubiertas por el rocío campestre, para ser destinadas al Cementerio o a las mesas de los hoteles y a las de algunas casas tristes donde no hay flores que tronchar. Pero los pobres tienen sus flores, sus malváceas moradas y sus macetas de hortensias, un las galerías comunes. Debajo de la escalera colgadas del techo, sobre ménsulas, en cualquier parte. Y quien tiene dinero para ello compra plantas de extraordinaria belleza, flores rarísimas con colores violetas atigradas de amarillo o rosas con vetas rojas y púrpuras para lucirlas sobre platos de Sajonia junto a dorados candelabros en relucientes mesitas. Las más brillantes las he visto en La Laguna, donde hay huertas descuidadas, pero donde también hay enormes camelias, no como arbustos sino como árboles frondosos, y jardines donde se presiente el misterio de tesoros encerrados.

En nuestra isla se hace realidad la leyenda nórdica de la rosa de Navidad, aquella que logró rescatar el monje en la maravilla de una extraña floración primaveral en pleno Invierno. Idénticamente asombroso es cómo apunta la hoja dulce de un gladiolo en el centro de la masa cerebral, rosácea, de su batatilla y cómo días después de haber flovido, se cubren los campos de un manto rojo escandaloso. A la vista de las adelfas nos olvidamos de los barrancos negros.



## L A S I G L E S I A S



¡QUIEN como tú, isla de la gracia! Ya no hay iglesia del Rubicón que pasara a nado con el pulpo del miedo agarrado al corazón. ¡Cómo falta una bella epístola de San Pablo a los de Tamarán- ¿Por qué habían de tener los galatas ese privilegio y no lo alcanzamos nosotros? ¿Qué extraña liturgia hubiese florecido en las cuevas de la Guanchía de haberse predicado el Cristianismo antes que fuese la ballena de San Borondón? ¿Qué casullas de tamarco dorados, qué guapiles por mitras hubiese usado en su liturgia la iglesia tamaránica? Soñamos siempre con el alga del recuerdo, con el ángulo que no fue de la historia insular.

Pero hay otra historia presente en la piedra, una historia de cal y canto, con iglesia del Rubicón, ermita de la Luz y de San Antonio Abad y primitivo obispado por la calle de Colón. Hay una iglesia tamaránica de rito latino en cada losa primitiva, en las naves donde los altares se dirigen a Oriente: en San Agustín, en Santo Domingo, en las dos Concepciones la de Tañra Alta y la de Jinamar, en la desierta de San Francisco de Telde y en San Juan Bautista de la plaza abajo.

Y sobre todo las ermitas, urnas de cristal, facistolos de materia impalpable y delicada, cajas de orquídeas amarillas. Jazmín de la mañana con esquilas de plata. Entre ellas San Antonio de Telde, el templo más típico de toda la isla, con techo de dos aguas de madera de tea ennegrecida, recubierto de tejas rojas apandadas con el trazo de perfil combado, espadaña sencilla de un solo arco con remates tronco-cónicos y bolas en la punta, única puerta, atrio y nartex, ampuja rematada por un arco de medio punto de dovelas de piedra labrada apoyado sobre las falsas ménsulas de las pilastras laterales, único altar primitivo, antiguamente de piedra y tierra, recubierto de madera, hoy hueco, con el frontal en rojo, dividido en tríptico de paños laterales más pequeños, encuadrados por molduras sobredoradas y recargado de una orla superior de ondas y falsas borlas también sobredoradas. Un gran cuadro de San Antonio cejijunto, alto, llevando al Niño de pie en su libro cerrado, la color cetrina, el gesto severo, la estameña parda. El cuadro tiene en su torno una moldura amplia pintada de lambrequines de purpurina, verde y rojo el fondo. A la izquierda del altar hay una repisa con una urna recompuesta pero primitiva conteniendo dos santos de muy bella escultura, pequeños, con estofado de oro y las expresiones delicadas: San Pedro y San Juan. Esto y una pequeña cruz incrustada de nácar, toda llena de atributos franciscanos, es lo que resta de los enseres de la primitiva iglesia vendida por don José del Castillo, pues de ella se llevaron el resto de las cosas a la parroquia de San Juan Bautista siendo párroco de la misma don Pedro Jimenez. El piso antiguo era de ladrillos rojos de construcción que se deshacían en polvo. Del pequeño pulpito en adelante estaban las paredes cubiertas por dibujos florales hechos con patrón de un rojo sanguinolento.

Mucho más pequeña y, sin embargo convertida en parroquia, tenemos la antigua ermita de San Nicolás de Las Palmas. La ermita, ya desaparecida, de los santos niños Justo y Pastor, y, la de San Nicolás

de Bari fueron edificadas en la expansión de la ciudad hacia el risco. Esta del santo milagroso es de pobrisimas líneas arquitectónicas, con puerta al naciente, techo a dos aguas, artesonado sencillo, mudéjar, y sacristía reducida. Está bajo un ficus, entre la plazoleta, el Alamo, la Real y el Girasol. Tiene una pequeña imagen de N. S. de Loreto, que salió Purísima de manos de Lujan. Los cuadros de S. Teresa y S. Francisco proceden del antiguo convento de las Claras ;oh monjas enclaustradas bajo el tiempo seda de Vegueta! A la primera tala de S. Nicolás vino a sustituir hará cosa de cien años la escultura que hoy ostenta la luminosa llamada de la mitra de plata en su cabeza.

San Nicolás casi no tenía culto. La primera misa de Las Palmas que se decía los domingos era en San Antonio Abad, para comodidad de los recoberos que venían, del interior, a la plaza. En San Nicolás se decía la última, la de los rezagados que se les había escapado la primera y volvían, ya tarde, por la cuesta del Castillo hacia los caminos de San Lorenzo, Tamaraceite, los Barrancos, Siete Puertas o Dragonal.

Todavía tienen la plazoleta de San Nicolás algo de esas plazoletas viejas de Madrid como la del Conde de Toreno en San Bernardino o las del barrio de la Latina entre Toledo y Segovia. En una lápida reza: "Reynando el señor don Fernando el Sexto, siendo corregidor y capitán de su Majestad Don Juan Domingo de la Cavada y Molledo se hizo este camino. Año de 1757". El afán de obras públicas prácticas y "cómodas", progresivas, de la dinastía borbónica quedó impreso en estas piedras, sobre el verde platanal de Pambaso.

Antiguamente San Nicolás de Bari, acompañaba a la ciudad a la Virgen del Pino, cuando descendiendo ésta por el Camino Viejo y llegaba a la Plazoleta de San Nicolás con San José del Alamo, Santa Brígida, San Juan Bautista de Arucas y San Lorenzo.

La ermita de San Telmo hace mucho más tiempo que pasó a ser parroquia: la de San Bernardo. San Pedro González Telmo, fué deán de Palencia, caballero cristiano y patrón de los navegantes españoles. En esta iglesia se hizo carne la Huelión del mar. Antes se hallaba éste mucho más cerca. Luego vi como crecía el parque y como surgía el proyecto de una gran parroquia de San Bernardo, cuyos cimientos están contruidos y convertidos en una especie de ferrarium.

La primitiva ermita fué terminada el 20 de mayo de 1747 casi en plena marea, alejada del núcleo de Las Palmas, cuando aquello eran poco menos que cercados de millo y papas y los restos de la muralla, que aun vemos en el risco, estaban enteros. Valentín de la Concepción, el maestro Agustín Rodríguez, el carpintero —seguramente carpintero de ribera— José de Guillermo... restos son los nombres barajados por quienes tratan de la historia del templo. Pero yo sólo veo en ella mi entusiasmo por la procesión de las palmas y la Burra y mi asombro ante los damascos que tanto tiempo tuvieron guardados y la figura del párroco en negro. Este presentársenos con má fuerza lo anecdótico ante la primera visión del mundo no nos ha ocultado la belleza clara y grácil de la Purísima sobre cabecitas de ángeles, ¿de Alonso Cano?, de la Virgen de las Angustias, del Cristo, de los retablos laterales, del arco decorado, de los dorados de toda la Iglesia hechos por el maestro Agustín. En toda la isla no hay retablo barroco más bello que el del altar mayor de esta Iglesia, ni rococó más bonito que el rococó de la ermita, ni custodia de plata más preciosa, que la que tiene por base el carro de Ezequiel y por remate el viril en forma de hojas de trebol con rubíes y esmeraldas. El púlpito es sólo un balcón abierto a la Iglesia con entrada interior misteriosa. La lámpara de plata fue reher-

cha en 1.797. La primitiva fue robada dos veces y una de ellas enterrada en las arenas desaparecidas. La urna en que está, como pez en su pecera, el niño Jesús, de traje blanco recamado, siempre me llamó la atención con sus reflejos en una penumbra de la que jamás sale la iglesia. Un ventanillo sobre el coro, chisriante de músicas asmáticas, presta rayos azules, rojos y amarillos a esta suave oscuridad del templo. Y remata la maravilla de este joyel el barquito de velas blancas y carena roja que pende del techo. El artesonado mudéjar, al que no faltan volutas renacentistas, deja escapar al cielo toda el ansia de las iglesias de Canaria.

## LAS FANTASIAS

*En bronce romano*

LAS islas Canarias se llaman Canarias porque los romanos así lo quisieron. Si a nosotros nos hubiesen dejado el cuidado de denominarlas las hubiésemos llamado, bárbaramente, Islas Perrarias o Perrunas. Siento verdaderas nostalgias por la historia que no tuvo realidad, pero las Canarias, Canarias se siguen llamando y sólo por circunstancias casuales no aparecieron las legiones romanas instalándose en las prodigiosas islas Afortunadas. Más distantes estaban las naves, que atravesaron las columnas de Mercurio, de las Británicas y en ellas se clavó la ságitas romana. A ellas fueron por las Galias, pero nosotros tuvimos muy cercanas la populosa Mauretina.

Por ello siento más, en la carne de basalto de mis islas, el desconcierto de no haber sido abiertas por las calzadas romanas, rompiendo los malpaises, allanando las piconeras — donde las cenizas volcánicas estuviesen demandadas — construyendo puentes sobre los cauces secos de los barrancos. Hambre de Arcos Triunfales hechos con cantería azul, o negra, de Arucas; con mármoles y piedras calizas de Fuerteventura; con esa tosca roja de muchas puertas renacientes de La Laguna, o con aquellas otras llenas de verdin que florecen de berodes en el barroco del Palacio Nava — junto a los verdes plátanos del Adelantado — o del Palacio del Obispo, con su escudo de mármol estrellado... sólo la murice se llevaron los romanos de las Purpurarias, pequeños seres, que contribuyeron con su podredumbre al orgullo de quien tenía como misión debellarlos superbios.

Nostalgias de que en la isleta no se alce un faro romano que con la cabellera de fuego a los alisios, hubiese atraído a las trirremes al amparo de las montañas. Y de que en el Guinguada el camello negro del puente Verdugo no hubiese tenido aguas arriba — peñas arriba — un hermano con arcos de medio punto y monjas inscripciones. Nuestras aguas — aguas tan escondidas, por huir del mundanal ruido — hubiesen conocido la alegre esbeltez de los acueductos antes que esas frías conducciones de cemento y uralita, de los sifones, de los proyectos. Las piedras hubiesen alternado también su canción con el agua y, de Carrara o de Paros, hubiesen venido quizás copias de Praxiteles o en nuestras islas se hubiese producido un precursor de Lujan que, sobre las bellas vetas de las piedras, hubiese imaginado la virginal hermosura de las carnes...

Y sobre todo que, un día, entre los restos de cualquier Pompeya canaria — que para eso tenemos el Teide, y esta isleta es la más bella plia de Nápoles — ¿dónde estás Capri encubierta, San Borondón de mármol? — hubiésemos encontrado la maravilla alada de nuestros peces, grabados en el mágico opus tessellatum, con las membranas de sus caudales y aligeros miembros en el cobalto de los mosaicos, maravillosamente cuajados en el fondo de un impluvium o bajo todo el reticulado piso magistral de una villa del Túscolo Lentiscal.

Quizás, con todo ello, hubiésemos tenido menos cráneos guanches

en el Museo, y menos cerámica en la Atalaya; pero no faltarían las bellas ánforas enterradas entre las cenizas volcánicas y los surcos que los tardos bueyes o los pacientes dromedarios abren llevarían trozos de "terra sigillata" o de monedas con la diosa Roma—. En Vegueta, un día, al derribar cualquier muro amarillo, entre ratas blancas y buganvillas purpúreas por el suelo, aparecería tal cual diocesillo de bronce, una fíbula lujosa, quizás un ara escondida; o los restos de una columna rostral bajo las nobles piedras de Santo Domingo. Y los sarcófagos blancos hubiesen antecedido a éstas siniestras cajas de madera pintadas de negro. Sarcófagos con el Buen Pastor o, simplemente, el Moscoforos helénico. ¡Qué reposado descansar el de los cuerpos en aquellos puros lechos de piedra por toda la eternidad!

Quizás el entretenimiento de buscar las piedrecitas guanches y este neolítico del siglo XV fuese menor, porque la cultura hubiese permanecido perenne y rosada sobre la Isla, que tiene toda la dulce elegancia de lo clásico, pero le falta la ejecución de una Niké alada sobre cualquiera de las grises tomas que circundan la Ciudad.

### *En seda oriental*



SOLO Dios es grande, clemente y misericordioso. Sea pues alabado y reverenciado en aquello que haya querido disponer para nuestras Al-Yezair-Al-Jaledat.

Decía el sabio geógrafo El Edrisi --¡eu nombre sobre los siglos!-- que frente al puerto de Asafi se levantaban las islas Cathan cuyos habitantes, si bien eran de la especie humana, tenían cabeza de bestias, como los

dioses egipcios. Cerca de ellas estaban también las islas de los hermanos magos Oherham y Chram, que por piratas fueron castigados y convertidos en roques. Al Edrisi le transmitió estas noticias Ahmed ben Omar, Almirante del Emperador Yusuf ben Takaufin.

Islas tenebrosas, cubiertas de carneros, con pájaros rojos... ¡Oh Al Yezair Alseada, islas de la Felicidad! Sólo Dios es grande... El Dimaski maravillase ante los jacintos y las mujeres de piel de nata que las habitan y ante el Océano Verde y misterioso de las rocas.

De pronto estalla una tormenta. Hay sobre el Yebel Ben Taiga un resplandor de relámpagos. El torrente se precipita en la hondonada. La tempestad azota los almendros. Pero en Febrero el sol apuntará la cumbre, un día. A la puerta de su casa, Fátima tendrá, por primera vez, que cubrirse el rostro. Muchos botones dorados y blancos pugnan por salir a luz. Un rayo atravesó las nubes e iluminó la falda florecida ¡el milagro de los almendros nevados!... La voz del muecín sobre la piedra roja de la mezquita tejedí resonará en Yebel Chapin, sobre el Borj Akoma, al atardecer, cuando el escudo de bronce del sol se esconda por Alta Vista.

Abul Hasan Ali ben Mian pudo decir del vino del Monte, --¡o vi, en el suelo cuando aun no tenía bozo--, que tenía como el enebro el hocico del antilope. Los poetas árabes nacidos en tierras sin antilopes siguen hablando de ellos. Ben Al Kutliya pudo cantar las azucenas y las rosas del sur. Ben Sara, las naranjas de San Roque, de Valsequillo, del Valle de los Nueve: ¿Bon ascuas que muestras sobre las ramas sus vivos colores, o mejillas que asoman entre las verdes cortinas de

los palanquines? Son cornalinas en ramas de topacio; en la mano del ceñiro hay mazas para golpearlas; son mejillas de doncellas o pomos perfumados.

Ben Sara también cantaría a la alberca con peces y ranas en el mismo Guadaguini "¡Qué bella la alberca rebosante! Parece una pupila cuyas espesas pestañas son flores. Hay en ella ranas cuyos saltos en el agua se envuelven en ropas de verdin".

"Detente ¡oh caminante! --diría Ben Abe Ruh Alyeciri-- Junto a mi mar de miel, bebiendo el delicioso vino de la boca o cortando la rosa del pudor. Tiene en la noche sombras gigantes encapotadas que he visto en sueños. O reflejos de candelas en la playa, como puntas de lanza sobre la loriga del mar. Nuestra kabila, Ben Tamaran, se puebla de espadas junto a un mar de almendras".

Sobre toda la Beni Quanchía de las Palmas se elevó el Alcazar de Medina Roja. El exterior era de piedra de las Moradas. El interior tenía capiteles labrados en Siria, marfiles de Armenia, alfombras de Ispahan, pieles de tigre de Bengala, metales de Fez y Marrakech. Y sobre los almatriques y las acequias de su jardín llenos de agua de la Mina, los cipreses se erguían rectos en la noche buscando las estrellas. Y el Lucero dejó paso a las Pléyades. Cuando amanece, una escuadra de naves turquescas va camino de las Isletas y todo el Alcázar parece un solo sol resplandeciente. Todo ello fué un sueño en Medina Tamarán; ¡Dios de los Arcángeles! Ahora brillaría Abu Yahia lo mismo en el Roque Nublo, la Zajara Mesahab, que en la cueva de Bandama donde habitó el genio de Aladino; o en las llanadas del sur, que hacen vibrar mi alma como una espada de la India; o en los arenales de Algando; o con los arriates de anémonas frente al palacio del bajá, en el Jardín Anterior que solo se ve desde la torre del vigía o subido a los senos de tus colinas --¡oh blanca, bella y pulcra Tamará!-- con valles de palmeras, cañas y cafetos mirando el curso de las aguas.

¡Quién fuera sol de múltiples días o cielo de lunas de manteca para poder alcazar sin prisas la gacela del tiempo!

## LA DANZA MACABRA



¿PENETRARON un día las hirientes la bonas en los cuerpos hermosos de los guanches? Mari Maguada inició su danza macabra mirando príncipes y guaires, gentes famosas o estado llano, secándolos y envolviéndolos en telas, en finas pieles de baifo y en sacos de paja entretrejida. ¡Qué solemnidad la de estos muertos de pie en sus cuevas, hombres y mujeres citados para el Juicio Final esperando en Guayadeque la Eternidad! Pero hoy nos llama a la danza Mari Maguada en otro lugar más cerozo cuyo camino tiene la belleza estallante púrpura y rojiza de las enredaderas de papel y donde es símbolo de eternidad la hoja brillante de la yedra: en el Cementerio de Las Palmas.

Volver a él es como volver a casa. Siempre está lleno de recuerdos para los que tenemos allí a tantos muertos, muchos que no conocimos jamás --hay un roco de orinolinas junto a la tumba de aquella bisabuela del ochocientos fallecida a los treinta y cinco años--. A su puerta, eterno, un aire igual al de las mañanas de autopsia, cuando iba al Cementerio con mi tío --ya para siempre allí también-- para después llegarnos al Muelle Grande a ver entrar el "Gelria" o el "Orania"...

Hoy me atrae el Cementerio desde su inscripción solemne

"Templo de la verdad es el que miras..."

la extrema soledad del osario, con el recuerdo de aquellos restos de un togado que lucía su birrete sobre la monda calavera. A veces, su frío cala los huesos y evoca algo más terrible. No la muerte de nosotros, que al fin y al cabo, somos un día de nada, sino la de estas montañas enormes, la de esta Isla que se marchita bajo las sequías. ¿Esperamos, acaso, que ocurra bajo un cielo que amenaza levante? ¿Será una noche en que la luna nazca roja como las amapolas de Tafra? ¿Tendrá el cielo colas de caballo? ¿Vendrá con la lluvia de sangre de las arenas arrastradas por el temporal? ¿El brillo pálido del sol, se parecerá ese día al amarillo requemado de las plantas?

Si la tierra ha merecido tanto reportaje sobre su fin incierto ¿por qué no lo ha de merecer la Isla, redonda como el Universo?... La langosta vendrá brillante, como escamas de plata y pétalos de rosa --primero una mancha oscura, después una estela de color anunciando el fin. Me visto, bajo las naves de la catedral, llover flores y, también, el día del Corpus, cómo caen de los balcones los amarillos, rosas y azules de las semimarchitas corolas. Una lluvia centilante de langostas es mucho más bella y terrible. La Apocalipsis de la Isla comenzará una mañana de Agosto cuando el silencio sea más grave y se llegue a oír cómo las potesas del cielo van sacando del mar un sol hundido en el pozo verdinegro de la noche abisal. Habrá, para recogerlo, ángeles que vuelen bajo sus capas de piedra como los de Reims o Burgos...

Pero también podrá llegar el fin con el temblor de los colapsos, resplandeciendo volcanes en las hoyas muertas donde las vidés dan sus frutos nacarados o purpúreos. El negro manto de la noche será, entonces rasgado; no por las hogueras (las de San Antonio, San Juan

y San Pedro y San Pablo) sino por erizados relámpagos de lavas. Y escupirá el mar, sobre la costa, sangre hirviendo. No salvará a la Isla, en el supremo instante, el haber donado al Mundo la pulpa nacarada de sus frutos. Más bien la acusarán de haber llenado las panzas heladas de los barcos pesqueros, con la plata muerta de los bancos saharianos, cien mil Nereos ansiosos de carenas crujientes, de basaltos hundidos y anegados entre "auríferas cuencas".

Sobre el Nublo y el Pozo de las Nieves flotarán penachos de algas y la última pitera, con la fluorescencia amarilla enarbolada de aquella primavera en que te llegó el amor. Flotará el último plumón del nido de palomas que no quemaron los volcanes, el último sombrero de paja de una pálida morena... La mano invisible de las corrientes dominantes irán llevando a ese impávido mar de los Sargazos los restos del mundo en que vivimos. ¿En qué estómago de pez reposarán estas cuartillas? Este será --y no el que me evoca la muerte de la isla-- el postrer Cementerio de Las Palmas, con sus piedras limadas, con sus cadáveres roídos... ¿Estoy despierto o dormido de pie? Pasa ante mi el último entierro de la tarde en su hora mate y suave. Es blanco y lleva poca gente. Las Flores tienen como un temblor de espuma. ¿Va a nacer Anfitrite o vuela una paloma sobre ella?



## G R E G U E R I A S



LAS Greguerias de Ramón sobre la isla no tienen angel; solo tienen pez-angel.  
\* \* \*

Las palmeras estarían más erguidas si no estuviesen recargadas de metáforas arabigo-andaluzas. Junto a la grácil gacela sólo se estila la grácil palmera.  
\* \* \*

Y esto no es lo peor. Lo terrible es cuando se nos quiere convencer de la industrialización de la palmera, puñal clavado en el verde inocente de los palmitos.  
\* \* \*

La palmera es un sol invertido. Es el pincel que pinta siempre nubes de verano en paisajes con camellos.  
\* \* \*

Ni Las Palmas tiene palmeras, ni Madrid madroños. Nos consolaremos diciendo que nuestras palmas no son las que ven los ojos de la carne, sino del espíritu. Aquellas perfectas hijas del oasis, más relacionadas con la Tadmur bíblica y con la Palmira romana, que con las de Panohito Jirrig.  
\* \* \*

¿De qué vale descubrir tanto guanohe conventículo si no descubrimos el estilo palmario que debieran haber tenido?  
\* \* \*

En la Plaza de Santa Ana hay cuatro perrazos en bronce que suponíamos eran los canes epónimos de Canaria. Pero, en no sé qué plaza, de no sé qué pueblo peninsular, vimos los mismos perros, fabricados en serie, por no sé qué industrial especialista en perros de bronce.  
\* \* \*

Gran Canaria es una gigantesca tortuga varada, sobre cuyo negro caparazón resalta el espinazo de las Cumbres.  
\* \* \*

Gran Canaria sólo se estiliza en los muelles, bajo el rítmico paso de las aves marinas.  
\* \* \*

Gran Canaria es también un capitel corintio al borde de un goro. O el estilo gótico, de Isabel, junto a un húmedo platanal.  
\* \* \*

Llena eres de gracia, Las Palmas, tú a quien el cielo ha preferido para descansar sobre tus riscos, como si aquí también el empirico sintiese el tedio inmenso de la vida.  
\* \* \*

Son tus alturas las grises columnas sobre las cuales, la tarde se logra mantener, borracha de ron de rubes, después que ha sido barrida por las llamas negras de la noche.  
\* \* \*

En Gran Canaria no se puede comprender, verseo ni dibujo sin sagrada Geología. Es el fallo de la noble cabría de la T sustituida por el anzuelo cautivador de la G, pescadora como la isla.  
\* \* \*

Las Palmas se envuelve en la luz de la luna como la pella de dorada manteca de los altos, en las hojas de la flamera.

\* \* \*

Y la tea guanche colonial a lo turco, nos trae recuerdos del "Mundo Ilustrado", con grabados de Galata y Pera junto al Cuerno de Oro. No en vano hay en Las Palmas, Callejón de los Moriscos y Calle de los Malteses.

\* \* \*

El mar no suelta la isla. Como presa codiciada, la estruja contra su amplio tórax. Le lanza, a veces, feroces dentelladas, y otras le regala el oro de sus crenales. El mar tiene un buen fondo natural... poblado de muertos.

## LAS CUATRO ESTACIONES

Marcos, Mateo, Lucas y Juan

## PRIMAVERA



a la Primavera en la cual el hombre se enamora.

Y que terminan

ché le zitelle e grandi  
s'innamoran di maggio

¡Que pequeñas y grandes se enamoran en mayo! Es casi un canto pánico el que resuena bajo las frondas recargadas de madejas de oro. Todo pensamiento de vida y de esperanza es entonces poco para dar forma poética a la sed de renacer que embarga a los seres.

Quizás en nuestro tiempo, con algo de versallesco en la visión clásica, nunca tomada directamente de lo italiano, haya percibido, mejor que nadie, el perfume de todo esto Rubén Darío.

A: "maggio" de Angelo Poliziano califica de

Mes de rosas. Van mis rimas  
en ronda a la vasta selva,  
a recoger miel y aronas  
en las flores entreabiertas.

Hay en él las mismas alusiones que en Poliziano al "gonfalon selvaggio"

El gran bosque  
es nuestro templo; allí ondea  
y flota un santo perfume  
de amor

Más personalista, Rubén hace propio el amor que Poliziano proclama, bajo las guirnaldas de flores, para todos.

¡Oh amada mía! Es el dulce  
tiempo de la primavera

Todo esto tiene también ambiente de trova provenzal. A estos versos han de acompañar esas bellas ilustraciones que de igual manera podrían acompañar a las escenas primeras de nuestro Calixto y Malibea.

En otro poema posterior --"Por el influjo de la Primavera"-- se muestra Rubén en una forma más perfecta e intelectual y por lo mismo menos espontánea.

Antiguos ritos paganos  
se renovaron. La estrella  
de Venus brilló más limpia

y donde hay casi una lasciva insinuación en forma de japonés haikais

Un vasto orgullo viril  
que aroma el odor di femina:  
"un tronco de roca en donde  
descansa un lirio".

Para estallar después en cánticos alegres.  
Pero Ruben tiene también su predecesor en la poesía lírica castellan. Es Pablo Piferrer solamente conocido por su amor a la divina estación.

Ya vuelve la primavera  
suena la gaita -- rueda la danza  
tiende sobre la pradera  
el verde manto -- de la esperanza

cántico lleno de una enérgica musicalidad pastoril.

El siglo de Oro no es muy dado a cantar las estaciones, ni la primavera ni el otoño, ni el paisaje, como no sea cosa convencional o alegórica,

Era del año la estación florida  
en que el mentido robador de Europa

dice Góngora dándole un largo y lento capotazo al toro de la primavera.

Para el germanico "Sturm und Drang" la primavera es contraste con lo negro y fétido de la tumba, Ul'and no puede evocar a la estación florida sin el oscuro yacer.

Nada más alejado de lo clásico que este espíritu alemán de las cosas. Por eso Goethe pregunta:

"¿Conoces tú la tierra donde florece el limonero?". Sus compatriotas no; pero él había estado en Italia, en la tierra donde la primavera fué inventada ya que la primavera es la única estación creada por los hombres, en la medida que éstos pueden crear alguna cosa.

Pero allá Botticelli con su pintura florida sobre el mórbido cuerpo; Angelo Poliziano, su poeta inspirador; Stravinsky, con su musical crepúsculo de primavera. Aquí en la isla solo oímos la isa de la estación. ¿Pero cómo distinguirla de la del Invierno o del Verano? ¿Por esta menuda lluviecita impalpable que lleva días y días humedeciendo tenuemente los campos, haciendo caer muertas las flores de los manzanos y cerezos? No. Sólo porque en junio flota en el ambiente un ritmo nuevo; ya las parrandas cantan la isa, ya florecio la jacaranda de violetas pálidas, ya la zafra terminó y las mozas regresan al pueblo por la carretera, ya llevando un aire de triunfo en sus ojos brillantes, cuando rompen a cantar alto, tirando la hoja de geranio que cogieron a lo largo del seto florido

Por ser esta la primera  
noche de la Primavera  
tan grata para el amor.

## ESTIO



EL molde de las estaciones del año está hecho sobre el tiempo de Europa. No conviene pues, sino a una fracción de la Humanidad. Luego esta se extendió a otros climas donde encontró ciertas analogías con su propia país. El romanticismo se encargó de propagar el lugar común. Pero lo cierto es que por culpa de esta manía, de llevar un solo patrón para todos los climas de la tierra, han surgido pocas contradicciones. La filosofía popular reacciona muchas veces contra esto y así en la meseta central, y especialmente de Madrid, se ha dicho:

Nueve meses de invierno y tres de infierno.

Esto es algo exagerado, puesto que en Madrid suele tener unos deliciosos Otoños. Otros países, alejados del contacto con Occidente no se encasillaron en las estaciones europeas. El año etiópico comienza en la Primavera, sigue por la estación de las Lluvias, la de la Recolección de las Cosechas y termina con la del Calor. En las regiones ecuatoriales y en parte de las tropicales, solamente hay dos estaciones: la seca y la lluviosa. En Canarias padecemos por las estaciones más que en ningún otro lugar. Me refiero a la manía de hablar, en invierno, de nieve, en primavera de árboles recubiertos de hojas, en el verano de calores sin tacha, y en el otoño de vendimias y frutos. La verdad es que aquí el estio es la estación sin límites que nos llama con ansia de quemarnos, aquella en que será dulce morir

y dormir soñando entre los cirios crema,  
mientras las abejas de terciopelo negro  
rellenan con su miel los panales de cera  
o también reposar cuando la vida breve  
cante su sonata de zumbido de moscas  
presintiendo el calor del mosto que repleto  
las pipas lavadas en la próxima acequia.

No pueden faltar en estos días canarios algo así como una explicación clásica y pánica de la estación, porque no en vano estamos en el centro de ella. Pero esto, en sí, no quiere decir nada, pues el mismo báquico ardor podemos sentir en pleno enero cuando amenaza el levante desde la Mar Fea y Gando;

Será bello que cante su hora de agonía  
en el corral vecino, el pavón tornasol  
y que venga torpe, desde la gafanía  
el toro de Europa con su corte de amor.

Las guirnaldas de siemprevivas y zinias, —rojas, malvas, celestes, doradas— lo cubrirán casi hasta las pezuñas y unas ninfas descalzadas con un delantal de yute, con mucho brillo en los ojos y calor en la cara, conducirán al cansino ganado hasta el abrevadero donde planea, un rojo caballito del diablo.

Por esos días andamos todos sujetando, como délficos aurigas, las riendas de los deseos. La imaginación se pierde con rapidez en el claror del Sol. En Madrid, hay una cosa triste que rezuman los diarios; los garabatos de los humoristas; las ansias de los que piden becas pa-

ra ir a Santander o a Jaca; Madrid entero sufre de complejos estivales. El "quiero y no puedo", lema de victoria de lo "curai" sobre lo que se logra y depura, impera en este áspero complejo, tan difícil de peinar con un peine de cristal. ¿Con qué soñará el que reprime sus deseos de veranear? Ha de soñar con vacas que pasten algas o con pueblecitos de la sierra que están contruidos bajo el mar, tamizada la luz, siempre tenue del sueño, por el maravilloso "plancton" abisal. Así se encontrarán conjugados, sobre la imaginación del que duerme, los dos "mundos" de Veraneo: el mar y la montaña... los jóvenes tendrán en ella escorzos pánicos. Pero la realidad es aquel barrio mariner, oliendo a pescado podrido, o aquel otro terrón de la estepa donde hay siempre un tonto de cabeza deforme, el hombre de los seis dedos en cada mano y donde ocurrió, hace muchos años, la tragedia que el rapsoda popular cuenta en sus barojianos cartelones. Bendita tierra la mía donde no existen complejos estivales.

La isla es un puño y no hay distancias suficientes en ella, para decirse que estamos veraneando. Antes, cuando la vida era fácil, los domingos nadie quedaba en Las Palmas. ¿Quién no tenía dinero para alquilar un "Super"? Un día de fiesta, por la tarde, Las Palmas era un desierto del cual las caravanas habían huido a los tilos de Moya, a los pinos de Gáldar, a las fuentes del agua agria de Teror y Firgas, a beber en el Monte, a subir hasta Santa Brígida o San Mateo, dar la "vuelta al Mundo", merendar en una playa del Sur, o quedar esperando en cualquier jardín, a que la tarosada contrajera de humedad la luz del día, encerrados en la concha de los muros blancos con enredaderas, contemplando el corretear de los muchachos y dejando que las conversaciones quedaran olvidadas sobre los bancos verdes. Al regreso había quien traía papas o peras de la Vega, plátanos pintones del Sur o los grandes e hinchados de Arucas, o aquellas campánulas y bergamotas en ramos gigantes y soñolientos. Así veraneábamos. Sólo había cuatro casonas grandes, con viejas vigas de tea del tiempo de la Conquista y otras cuatro pintadas de calas rojas o verdes con mosaicos bizantinos, fingiendo falsos mocarabes y arabescos en las ventanas --de San Mateo al Monte, de Juan Grande a Telde, de Arucas a Gáldar--, a donde cuatro familias iban con el reniego de las damiselas que conocieron los bailes del Teatro Real, o los ingenios de azúcar, la alegría de los chicos que hoy dan nombres a calles de Las Palmas. Después el cemento Portland, el hierro, el picón y los arenales, nos llenaron el paisaje de pequeñas quintas de recreo, de "villas" --Villa Leonor, Villa Lucrecia, Villa Lucrecia...-- y ya, el veraneo, concentrado todo él en torno a la Carretera del Centro, no lo hicieron cuatro familias, sino cuatrocientas... terminaron por alquilarse hasta las más humildes casitas y fueron cuatro mil las que veranearon, pero con un veraneo que espera siempre lluvias en el Otoño, vientos en agosto--con tres días de Levante en septiembre-- y baños de mar irregulares, sin el precepto médico, poniéndonos siempre al borde de la tuberculosis o de perecer ahogados, aun veraneando en la montaña. Quedó a los demás el "coche de hora" y el "pirata", la tartana, la "guagua" alquilada entre varios, la excursión dominguera y su terrible molimiento, pero sin los tizones adamsquinados del pintor de los entierros y las visitas. Esto sin contar con el que caminando, se va a la playa de La Laja, a pescar en San Cristóbal, en el Prque, en el Puerto, contempla la carrera de botes --después de haber estado a primera hora en la gallera del Cuyás-- se baña en las Canteras o en las Alcaravaneras y en cualquiera de estos sitios encuentra más veraneo que el que, de Madrid, ha de ir a San Sebastián para sacudirse su complejo, y no digamos nada de los que tienen que pasar

por los cuarenta grados de Sevilla para mojarse en el Atlántico gaditano --bueno para pescar peces fritos-- o se quedan en las estaciones de cualquiera de estos trayectos saludando con entusiasmo a los amigos que pasan en el tren.

Aquí, en el mar, hay como un perenne veraneo de actinias, madreporas y algas, y es quizás el lugar más parecido de su inmovilidad a esta estación que no camina con el péndulo de las horas, el mar

que recorta a la isla con su alfange de plata  
y pone rosas blancas, algas y cangrejos  
en la gaviota gris y en los peces con alas.

Y, como la existencia, nuestro país estival tiene dos partes: la hundida con sus raiocs enormes en el fondo abisal insondable y la cristalina y brillante, la lavada y solemne ristra basáltica de las Cumbres.

Será alegre nacer de nuevo en la ambrosía  
que sirven a Zeus sobre el divino Olimpo  
--ser savia crujiente por la cepa exprimida  
ser gota de ámbar en su fruto amarillo--;

Y así como en Canarias el estío se funde con todo el año, --solo recubierto a trechos por largas entradas de nubes y nieblas, por algún que otro relámpago que descarga su rugido sobre el mar y por el manto de flores que a veces se espesa sobre los paseos enarnados--, así

sentir que todo es como será y fué siempre  
y cumplir en lo eterno el ciclo de la vida

Esto es ya, extralimitarnos en el sentido que tiene la estación del año canario, pues es posible que ésta sea menos colorista. Pero entre ello, y el paso de los días, quizás encontremos el justo medio concreto y exacto.

*Solo a mi hermano*

## OTOÑO



LA acabada perfección otoñal influye en nuestras vidas como a la mía preside el signo zodiacal de Sagitario. Ayer eran las primeras secas hojas de plátanos, que este viento norteño, oloroso de humedad, arrancó ya, en los anuncios de un Otoño que se adelanta, y hoy estas hojas, donde hay recuerdos que nos son gratamente comunes. Hasta mí ha llegado de nuevo el perfume embriagador de las bellas-sombras, cuando la penumbra era total en el jardín, y los cupresos fingían miedos inaudibles, y las luces del barrio entre vifedos solo se adornaban de un halo humedecido y macilento. El penetrante efluvio de su perfume me traslada a lugares de ensueño. Así debían de oler los jardines de Bagdad, o en aquellos, colgantes, de Babilonia, de los cuales el nuestro era una pequeña imitación, con sus torreones de cemento, coronados de campanulas azules de geráneos y de yedras, con los arcos de hierro fingiendo el lomo de los arcos cuyas dovelas fueran

rosas. Sólo es posible comparar, en la gama de los colores, la penetración casi hiriente de aquel perfume, con el azul cerúleo de las peli-cuías en tecnicolor que nos relatan cuentos de las Mil y una Noche, o con el naranja fuerte de las capas de la guardia Mora y el dorado y el plateado de los cascos aligeros. Solo podía contrastar, entonces, con aquella maravilla que todo lo envolvía, el perfume de los ilan-ilanes, grandes, pálidos, ojerosos y delicados, entre las anchas hojas verdes.

La cáuda trémula de la pajarita de las nieves, de la alispita, se que la viste agitarse vanamente, no junto a los charcos de lluvia, sino al verde de las lajas, con barbas de fuco, de la acequia, indómita entonces, de la Heredad de Tafira. El agua saltarina regaba a veces la extraña fruta de la pera-melón. En esa estación que tú evocas, y bajo cuyo signo he comenzado, los poderosos eucaliptos se inclinaban vehementes, no con el ansia primaveral de sus pompones blancos, sino con el desprenderse de la hermosa piel, de un uniforme castaño, en lanzas sonoras que María del Cristo, vieja y arrugada como una pasita, tocada de pañuelo negro y sombrero de paja, recogía pacientemente, para el fuego de su modesto far.

El cisne negro lo viste donde únicamente se puede ver en todas las islas donde, aparte de los casuaros que tenía don Víctor Sánchez, solo disfrutábamos de este otro pájaro exótico en el Jardín Botánico del Valle de la Orotava. La tiesura de los cuellos de estos orgullosos hijos de Belcebú, que no nos permite que hagamos con ellos el juego que con los blancos. Los cuellos de estos cisnes negros y espátula es-carlata, no son interrogaciones, son verdaderas admiraciones. Dejamos, aquel día, el ambiente recargado del invernadero, donde hay plantas carnivoranas, dejamos la higuera del Himalaya, con la abierta maravilla de sus rosados frutos, y el estanque donde florece el loto azul al que sólo falta el panzudo boditzava sentado en la corola, para admirar a este pobre cisne desposeído de toda tradición lohengriana.

Pero sobre las aguas del verdinoso estanque  
Un reproche parece al cielo más azul...

en el eterno Otoño, norma de mi vida.

## INVIERNO



LAS estaciones se conocen por su color. La Primavera es azul, el Verano es rojo, el Otoño es dorado y el Invierno es gris en estos países donde la nieve no borra el paisaje en ninguna casa del año. Y ahora sentimos que ha llegado la estación gris. En Las Palmas hace calor, un frío delicioso circunda las colinas del Monte y silba por primera vez el viento en las ventanas; la Cumbre no se ve y subiendo más arriba de San Mateo, de madrugada, la temperatura es glacial.

En las heladas regiones escandinavas Thor descargará con fuerza su martillo sobre los odres de las nubes hasta hacerlas reventar con lo mismo que en las estepas fino-rusas. Perkunas, el dios de la Tempestad, apronta el rayo que fulmina los gigantescos árboles y espanta los rebaños de renos.



Aquí el tiempo sur hace retremblar las casas y mover los pinos mientras las aguas bajan turbias por los hondos barrancos tajos profundos en la carne de la isla. Por las cumbres se despeñan las montañas a la fuerza del turbión y en las noches del puerto se acurruca en la sombra, tiritando de frío, el faro moraliano mientras no cesan, por el parque, de asaltar las olas gigantes con su caravana de espuma el malecón, que a veces se derrumba sobre los bajos.

En la Religión católica hay conmemoraciones y santos que son evocadoramente invernales: la Natividad del Señor, San Juan Evangelista, los Santos Inocentes, San David, rey, San Silvestre, papa, Manuel el nombre del Señor en la Circuncisión, San Antonio Abad y San Sebastián.

La "Invernal" de Rubén está entre los versos más feos del poeta y cuando afirma que el "Invierno es beodo" nos parece como si ya sólo viera las cosas tras la copa labrada con el vino negro. Sus dos bellas canciones de invierno son otras: la "Sinfonía en gris mayor" es la primera, aunque sólo sea por el tono de su color:

El mar como un vasto cristal azogado  
refleja la lámina de un cielo de cinc...

tal como lo vemos en esos días, completamente encapotados, de Las Palmas, estrofa que nos recuerda también los versos del poeta alemán que hablan de la playa gris y del mar gris.

El otro verso rubeniano invernal por excelencia es el de Año Nuevo:

A las doce de la noche, por las puertas de la gloria  
y al fulgor de perla y oro de una luz extrarrestre  
sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria  
San Silvestre

Este contiene, de verdad, la alegría del Invierno, que no está sólo en el vino derramado, sino también en las flechas del inmenso Sagitario y en la espera de la fortuna y en la ilusión del nuevo año. Lo malo es que, como decía Villon, "Tant cri l'on Noël qu'il vient".

## MITOS



Bentaiga...

Aquí existió el sentido reverencial de la Muerte y de la Virtud y hubo un culto a los muertos del que nadie puede dudar viendo las momias respetuosamente envueltas y las cabelleras conservadas y las cuevas de Guayadeque. Dioses subterráneos: los tuvo que haber por la sima de Jinamar rugiendo sus fauces sedientas. Héroe semejantes a dioses se despeñaron, desde las cimas verdes, al mar, Gnosos y Hacia Triada orió para nosotros la tradición de la Grecia clásica. ¿Por qué no retenerla? ¿Por qué no hemos de tener un nuevo Aldo Manuocío en nuestro Renacimiento? Nuestras Cavernas merecen una nueva Matar Cubile y nuestro cielo con nubes azul griegas planas por arriba donde el sol no llega merece un Uranos Tirmico hijo del Caos y de la Tierra Tamadábica, padre de las Oceánicas, de los Ciclopes, de los Guanches, de los Guanartemes y de las Marimaguadas. Y si en una segunda dinastía hemos de tener un dios del Tiempo, un Cronos más estuoso con su alfanje de nubes, devorando a sus propios hijos, ¿que mejor representación de él que el mismo Nublo con su melancolía monolítica inabecable?...

*¿Qué es mitología canaria?*



POR mitología canaria podemos entender: 1.º Todos aquellos mitos clásicos o medievales relacionados con Canarias; 2.º La religión que los guanches profesaban.

Los primeros se refieren a todo el Occidente. Proceden del ocaso solar, de la leyenda de la Atlántida, de las diversas creencias en la configuración geográfica del mundo y del trasiego constante, que hace la imaginación humana de nombres y lugares convirtiendo en incierta la topografía de los mitos.

Entre las clásicas podemos considerar, como muy conocida, la del jardín de las Hespérides y las Manzanas de Oro, y entre las típicamente medievales, la de la isla de San Barandán, que aludicó a los marinos españoles.

La religión no era politeísta, sino monoteísta. Hoy no se puede saber, a ciencia cierta, qué hay de verdad en esto, pues una gama de posibilidades se extiende ante nuestra observación. Esta va desde las muestras de un hipotético culto fálico, que aparece claro en la ceram-

mica existente en el Museo Canario, hasta considerar que algunas de sus expresiones para la divinidad son simples traducciones de las creencias fundamentales del culto católico. De lo primero no existe la prueba de continuidad, pues precisamente esas formas de cerámica son las que desaparecieron en tiempos posteriores a la conquista sin que se pueda alegar que la conversión al catolicismo, lo implicase puesto que esas clases de culto suelen ser de lo incorporado a las formas comunes de vida inconscientemente. La prohibición no puede surgir sobre cosas en las que los actores no se dan cuenta, lo mismo que tampoco se la darían los llamados a corregir estos vicios. Vestigios de antiguas creencias podían traerse en las supersticiones populares persistentes a través de los siglos que pudieran haber perseguido la Inquisición o que vieramos en la actualidad. Pero todo lo que más notamos es la brujería y la adivinación común a todos los pueblos de la tierra, aquí en su mayor parte de indudable importación peninsular. Aun se podría seguir otro sendero en estas investigaciones y es el a vecina costa de Africa. Pero en ella, aparte de cuentos y supersticiones de escasa importancia documental sólo existe la religión mahometana, quizás con más pureza que en el mismo Marruecos. Vestigios de una prehistórica presencia de los negros se encuentran en nuestras costas fronterizas, pero no en Canarias.

Con el singular desconocimiento con que se tratan por lo general los asuntos canarios en el "Ensayo de Diccionario Mitológico Universal" de E. Aguilar no aparecen ninguno de los dioses o nombres del Ser Supremo que los cronistas lograron recoger de labios de los antiguos habitantes de las islas. No aparece Achjuac, el Dios Sublime de los antiguos habitantes de Gran Canaria; ni tampoco las célebres Harimaguadas. El nombre del primero revela su claro contacto con el idioma guanche de Tenerife en el cual Achguayaxera achoron achaman es el Sustentador del Cielo y de la Tierra. Que tanto en Gran Canaria como en Tenerife esto era reflejo de lo mismo que los misioneros enseñaban, nos lo demuestra la frase, Achmayec guayaxerac achoron achaman, madre del sustentador del cielo y de la tierra. Pero Acoran, una de las palabras para significar Dios más generalizada, no es auténtica técnica indígena, y menos tomando como cierta la misma traducción conocida: "el muy alto", "el infinito". Tampoco aparece nada claro que existiese el culto a Magec, el Sol, ni el de los espíritus; asimismo suena a pura fantasía la profecía del sajorin de Guafame sobre la llegada de los hombres blancos. Esta clase de profecías "a posteriori" las conocemos perfectamente en el mundo de la leyenda, empezando por la atribuida a Séneca sobre el descubrimiento de América.

Por último Guayota --Gaviota en Escudero-- es simplemente el Malo, el Diablo, común a todas las islas, traducción cristiana clarísima. Este es precisamente el único mito guanche que aparece en el Diccionario antes citado y así y todo no se cuidó mucho su autor de revisar esta ficha, puesto que aparece repetida, por cierto, en forma bastante visible: "Guaiotta (Africa)--Dios maléfico entre los guanches".

¡Demontre de cristiano!



## La Atlántida



TAN arraigada está la idea de que nuestros predecesores fueron los desconocidos Atlantes, que más somos hijos de la octava isla --la Encubierta de que habla Alfonso de Salazar-- que de cualquiera de las otras siete, y hay quien toma como ofensa personal, el que la Atlántida se ponga en duda.

Las más graciosas patrañas han sido proclamadas para hacernos ver la pobreza de nuestra civilización cristiana. Hay quien vive de eso escapando a la realidad, antiunitarios de la cultura que ven con malos ojos la conformidad a plan de todo el sistema histórico de la humanidad, con la necesidad de la gracia como cogollo espiritual de la misma. Las palabras del hierofante saíta a Solón, reproducidas por Platón, son quizás las frases huera más repetidas de, entre todas las antiguas, como si tuviera algún valor probatorio histórico, cuando estas gentes vivieron siempre en el teatro, para impresionar al auditorio.

Este fabuloso continente estuvo poblado, según los teósofos, por los Toltecos, Turanios, Semitas, Acadios y Mongoles. Pero la fantasía no se para en barras y Eduardo Alfonso asegura muy serio: "Pueblo atlante, al decir de la tradición, intermedio entre guanches y egipcios, que tanto parentesco presentan en sus costumbres como en sus rasgos físicos". Como si probara la existencia de esa fabulosa Atlántida el remoto e incierto parecido entre guanches y habitantes del Nilo. No he visto cosa más confusa que ésta, donde se barajan los nombres de canitas y toltecas con suma facilidad, lo mismo que a la famosa Gran Logia Blanca, que emigró hacia el Oriente con ocasión del hundimiento atlántico, y a cuyo exodo hacen velada alusión multitud de fabulosos relatos entre los cuales mencionaremos el itinerario de lo, el rastro de Jano, el exodo de Rama hacia la India y el viaje de Simbad el Marino, el itinerario de Baco, el de Triptelemo, los Argonautas, la Odisea y hasta el Periplo de Hannón. Por si fuera poco, el mismo Eduardo Alfonso ya citado, en letra más pequeña, continúa su eterno barajar de nombres que no intentaremos reproducir, pues es sencillamente el producto de la mezcla de todas las mitologías y de todos los nombres de razas de aquende y de allende el Océano. Sólo subrayaremos que vuelve a citar varias veces los guanches al lado de mayas, náhoas, incas, egipcios, esquimales, ohinos y pieles rojas, sólo para afirmar que en esa primitiva raza atlántida de semidioses --los héroes y los sabios posteriores no son sino un salto atrás de estas razas postatlantes minimizadas intelectual y físicamente-- se inventaron todos los adelantos que han dado origen a nuestra civilización.

El número de libros, folletos y publicaciones sobre el tema de la Atlántida alcanza ya la cifra de 25.000 originales. Braghine en su libro "El enigma de la Atlántida" ataca con armas propias las "informaciones de las "Logias Blancas", los clarividentes, los sonámbulos extralúcidos..." pero, en realidad, no pasa de ser uno más de ellos, ya que antes ha afirmado rotundamente que "el ocultismo puede abrirnos el acceso a dominios que no nos permite alcanzar el uso de nuestros cinco sentidos...". Estas son las gentes que pretenden tratar científicamente el problema de la Atlántida y en definitiva emparentarnos con esas entelequias del pasado. El Coronel A. Braghine, teósofo y anglosajón se agarra a un clavo ardiendo. El clavo ardiendo es en este caso el P. Heras S. J., investigador de la civilización ravidica antigua.

Quetzálcoatl y Bochica, mitos mejicano y colombiano respectivamente, son puestos por Braghine como demostración de que todo les viene a los americanos del Oriente, es decir de la situación que ocupaba la Atlántida con respecto a ellos. Pero también son muchos los siglos en que mientras Europa veía crecer la civilización parece haber desconocido al Nuevo Continente. Braghine se sirve después de los mismos argumentos que el P. Schmidt, el jesuita austriaco. Lo que para el segundo son pruebas de la extensión de los relatos del Génesis con la inundación del Diluvio Universal, para los dedicados a probar, contra viento y marea, la existencia de la Atlántida, estos mismos datos son los que deciden definitivamente que este continente desapareció en medio de una horrorosa catástrofe.

De todas maneras reconozcamos que la gente no carece de fantasía. Sobre las maravillas de la civilización egipcia, que tan pariente de la guanche se hace —; qué orgullo para la familia!— se ha escrito mucho, incluso hace poco se reflejaba la exactitud matemática de las medidas de las Pirámides con relación a las del globo terráqueo, lo que prueba para todos estos señores la existencia de una civilización avanzadísima, heredera de la Atlántida desde luego, miles y miles de años antes de Jesucristo. Animamos a nuestros arqueólogos y astrónomos a que encuentren la relación, con respecto al radio de la Tierra, a su Ecuador, etc., etc., de las cuevas de la Montaña de los Letreros o del Barranco de Guayaque. De menos hizo Dios el Mundo.

### San Borondon



PRIMERO lei San Borondón en el Doctor Ohil y Naranjo. Luego, un día, hablé con don José María Igual, sobre San Barandán. Después, gracias a don Simón Benítez, vi, en el Museo, el mapa de la Isla de San Barandano, legado por Torriani a la curiosidad de las generaciones. La imaginación llegó hasta cubrir de montañas y ríos esta fantástica isla. Según algunos pertenecía a nuestro Archipiélago.

Según otros, estaba mucho más distante. Lo cierto es que S. Borondón, lo mismo que San Babilés, no figura en el Año Cristiano. Forma parte de esa caterva de varones de esclarecida virtud que emprendieron viajes de prodigiosa realización, por mandato de Dios. Cuenta la leyenda que en este viaje de San Borondón, él y sus compañeros, estuvieron a punto, al séptimo año, de ser devorados por un grifo y más tarde, de ser atacados por los cíclopes. Llegado el término de las pruebas que habrían de sufrir, embarcáronse de nuevo con provisiones para cuarenta días, al término de los cuales penetraron en una zona oscura que circundaba la isla de Santos, la cual hallaron cubierta totalmente de piedras preciosas y frutas del Otoño. En ella siempre era de día.

La montaña Caf de los árabes tiene un gran parecido con la isla de los Santos. Para llegar a ella es necesario pasar el "Mar Tenebroso", o "El espacio sin Luz". Sirve de apoyo al mundo —el Atlas, el Atlántico, la Atlántida, las Columnas sobre España y sobre Marruecos... todo anda revuelto—, es el límite de la tierra y en ella viven los jins, los peris y los ifrits. Rodea el globo y tras ella se oculta el Sol. Sus ohmientos lo forman una piedra fabulosa, una esmeralda gigantesca

Hamada Sakkrat.

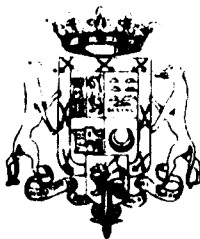
P'ong lae es un genio de la mitología china cuyo nombre se escribe también P'ong Ju. Con el mismo carácter se inicia la frase P'ong tao, que significa Isla de los Genios. Pero se acerca más a nuestro San Borondón la lectura japonesa de los dos caracteres del genio P'ong lae (140,11 y 140,8); Ro-rai es el nombre de una famosa montaña situada en medio del mar bólo habitada por los inmortales y felices Senniu.

Las leyendas sobre islas de Santos y Montes Santos son una misma cosa. Casi siempre se trata de montes en medio del mar. Los Senniu japoneses parecen ser idénticos a los Sien chinos, genios, hadas, los inmortales del budismo y del taoísmo, hombres de las montañas o de los monasterios. Estas leyendas son todas de origen indudablemente religioso, medieval, no teniendo nada de particular que se relacionen con los salmos 47, 87 y 71 de Isaías, en los cuales se habla de la santidad de los montes.

Meru el Olimpo de la Mitología Hindú, se transforma en Sumeru, en ciertas ocasiones. La leyenda dice que el Universo está formado por nueve montañas en ocho círculos, separadas por ocho mares. La traslación china es Sú-mi-shan, y la japonesa, de estos mismos caracteres, Shumisen, y en ella, en vez de residir Brahma, reside Taishakutenno, Gobernador de toda la Tierra. No son tan ambiciosas las leyendas occidentales que se refieren a la isla de San Borondón, pero la montaña Caf, sustento y fundamento del mundo se puede decir que encierra en sí el mismo concepto.

Al extenderse por el mundo la noticia de la forma en que están dispuestas las Islas Canarias no sólo pretendían los entregados al cultivo de hacer realidad las leyendas que nuestras Islas eran las Afortunadas, la Atlántida y los Campos Eliseos o Eclesiásticos, sino que, además, se sacaría partido hasta de su distribución y morfología. Tenerife parece, desde la lejanía, un solo copo. El círculo exterior, el Atlas y las islas de la Madera, las Purpurarias y La Palma, otro círculo interior. Gran Canaria y la Gomera, guardando el último espacio libre. No son sólo siete islas las que sobresalen del lomo verde-azul de las olas, sino también siete espacios que pudieron ser llenos de Mitología.

### Los perros



SUENAN demasiado bien en los oídos los nombres clásicos de Hespérides o de islas Afortunadas, o Campos Eliseos para que nadie se haya cuidado de incluir a Canarias en ese cuadro del Mundo en que los Movimientos son tan acompasados que las doradas almenas se proyectan sobre un cielo cobalto y en el suelo es la gleba con el siervo y la viña está sólo para dar la sangre del Señor. Pero en este Mundo lleno de entrechocar de espuelas y estandartes también vive Canarias. Un Mundo con los bordones de San Borondón y San Svito, en que ya no es fantasía el can totémico de Canarias, etimológica dogma de Fe capaz, con alas, de formar el Pentamorfos con el sueño de Santo Domingo por bandera y como extremo, esos mástiles de los indios americanos con un perro de madera gigantesco sobre ca-

bezas policromadas de halcones.

Canaria dicen que se llamó Canaria por esos terribles canes majaderos, —cuando los canes siempre se llamaron perros— el bardino que arrastra una cadena durante el día sin poderse apartar de la portada vieja y ferrumbrosa y que de noche vaga infundiendo temores a las tapias altas. Fieras encadenadas que sólo conocen a su dueño y que con el ojo sanguinoliento parecen dispuestos, con sus afilados colmillos, a saltar a la yugular. Así, el perro, entre la feroz y la fidelidad ha engendrado monstruos de la razón en todas las mitologías. Pertenece a ellas los famosos Tengú del Japón o T'ien-keu chinos, "perros del cielo", traducción del sánscrito Ulka, metáfora oriental para designar un meteoro. Y, en efecto, en ciertas épocas del año, estrellas o "perros celestiales" comienzan a caer por Occidente. Los hombres del Meclevo creyeron alguna vez que estas islas fueron engendradas por "perros celestiales" acumulados sobre los fondos coralinos.

Hay coincidencias curiosas en toda la Mitología: bajo el símbolo del perro está colocado el séptimo año del ciclo soyofo. Alguien venía en seguida la influencia de la Magia y del Shammanismo —esa gran fuerza universal— trabajando sobre el Mito.

Y no es posible prescindir de lo clásico. El Can Cerbero, sometido por Hércules, nos liga también a los perros mitológicos. Pues si Hércules nos robó nuestras manzanas de oro —esas naranjas de los Valles del Sur—, también sometió al perro de la voz de bronce y de múltiples y feroces cabezas, ese kion Aidou, serpiente o perro de Ades, dios de los Infernos...

Otros canes fabulosos: Çama, perro del Yama o infierno hindú, los perros blancos de Diana, el Can de Caza, el Can Mayor y el Can Menor, jauría inacabable en pos de la eternidad, mordiéndoles los talones al viento.

Es extraña la coincidencia de los símbolos del ajedrez, alfiles y castillos o torres, en:

El perro de San Roque no tiene rabo  
porque Ramón Ramírez se lo ha robado.

Anónimo nació el estribillo y sobre los aires de una mañana tranquila de Vegueta lo oyó por primera vez. Muchos años pasaron antes de que foyera en la "Peregrinación sabia" de Salas Barbadillo —una referencia más erudita del perro— la mitológica y figurada alabanza a perros que andaron por la Tierra. "Oh canes generosos, que por vuestra virtud grande tiene Júpiter vuestras imágenes resplandecientes en el cielo, donde os hizo aposento en la casa del mismo sol. Vosotros sois los caballeros de la llave dorada".

Y a esto —es terrible— respondieron los gatos: "Vosotros sois unos perros rabiosos".

Peregrino, vago y sabio fué el perro don Florisel de Niquea, que por mor de sus rabiosos triunfos cambió su nombre por el de don Florisel de Mircania, como hielera Don Quijote después del paso hñroso de los leones.

Pocos habrán parado su atención hasta ahora en el perro grabado en piedra que ostenta el frontis de la iglesia parroquial de Santo Domingo. Una etimología popular hace derivar el nombre de "dominicanos" de domini-canos o sea "perros del Señor". Otra popular creencia nos transmite la tradición de que la madre de Santo Domingo soñó, la noche antes del parto, con un perro blanco y negro que llevaba una estrella en la frente y una antorcha encendida en el hocico. Estos seres de vida "aperreada" que llevan la luz se asemejan a aquellos otros perros —caballeros— peregrinos de Salas Barbadillo. Parece que en

esto estamos mas cerca del nombre medieval de las Canarias y de los canarios.

Es indudable que los actuales agotes tienen un origen debido a problemas de orden eclesiástico. Pues bien, en Francia aun se les llama a los agotes "perros de los godos", tomando el nombre de godos el significado genérico de españoles, una especie de dominicanos, por las tierras donde éstos se oriaron, el Sur de Francia que correspondieron a Francia en época muy posterior. De más autoridad parece la Crónica manuscrita que se conserva en la Biblioteca Nacional sobre la Nobleza de varias familias, hecha por don Pedro de Ovando, con cuyo documento podemos asegurar que las parroquias se dominaban todavía parroquias en el siglo XVII.

El perro fué compañero del hombre desde los albores de la humanidad: Kelb, en árabe, can, canis, en latin, kyon, en griego, cuna en el guanche tameránico, parecen probarlo. Lo mismo el vasco zakur; gaelico, cu; gótico, hunds; sánscrito, çvan; phino keu o chüan.

Y Tibicena, el perro-fantasma, mítico, lanudo y maligno de los guanches de T,Almerán siempre ladrando a la luna al borde de los cráteres apagados con el vago fencor de la vieja raza muerta de la isla.





## FAUNO CON PLUMAS

*«El mediodía de un fauno» lo cantaba, a la sombra un capirote*



**SIEMPRE** he sentido como un misterio que me subyuga la íntima urdimbre, la raíz más honda que pueda ligar la vida de los animales y de las plantas, de los hombres y de las piedras con el paisaje que los circunda, con la tierra en que viven, con el mar en que sus lunas, sus montañas y sus soles se reflejan.

Hay algo, dentro de la isla que nos une a todos. No sé qué es. Pero las gaviotas y los buitres, las algas parduzcas o rojizas, verdes o incoloras, las rosas y el halcón real, la fonolita y el picón negro, el aire de la playa a primera hora, los tunos colorados y la piel tersa de las mujeres, el pulular de los mercados y el polvo de los almacenes y el ruido del tiro de mulas, el callejón de la Vica, Fuera la Portada, el Matadero y Traspalacio están unidos multitudinariamente, fuera y más allá de toda matemática que prohíbe sumar cosas heterogéneas. Aquí están juntas estas cosas y hay un milagro en el orden que las preside y en que el viento ulule en las ventanas y los perros ladren a medianoche.

Por ello, por todo ello, no puede faltar en la vida privada de Mari Maguada el canto de los canarios y sus colores producidos artificialmente. La canoridad de los pájaros ya no es de notas sino de pinceladas, pues los hay blancos como un copo de nieve y azules como aguamarinas, y naranjas y rojos cruzados con cardenal. Esta variedad infinita me maravilla y sobre todo me atrae el que la haya producido el hombre en la cambiante naturaleza de los seres vivos.

El interviene en la isla en la vida de muchos animales. No solo en la de las ponedoras y en sus maravillosas cabras de azotea, esas de los ubres fantásticos, y en las que en rebaños circulan por la población entre los halgas oclamen, en la de los camellos de estampa surreal, en la de los bóvidos pausajos de las ganancias repletas de rolos tiernos y en las ovejas de pesadas lanas que vemos bajar de los altos y en aquellas otras que producen el queso de flor, en los perros de la isla y en estos de lujo que llegan en oleadas de todos los rincones de la tierra, en los lagartos que extermina y en los buhos que suele encerrar para distracción, en los peces que persigue con caña de lanzar o con fusil submarino o nasas, redes o chinchorros, o con barcas o en la pesca de altura, en la paciencia de las noches en vela. Sobre todo interviene en la vida de los pájaros canarios, desde el verde típico del monte a estos hamburgueses de rizadas plumas amarillas, blancas o lila y en la de los gallos de pelea donde encarna la bravura de la tierra. Y eso que están olvidadas las viejas artes de cetrería que también en las islas brillaron un día.



## LAS GAVIOTAS EN EL MARE



YA es cosa sabida: al que no quiere gaviotas se le dan dos alas. Así reza por lo menos el refrán popular. No creo tampoco que estas aves de paz, tranquilas, tengan nada que ver con Gabio, Gabiot o Gabiota el espíritu del mal que amedrentó a los guanches en las noches sin luna cuando sopla el levante negro. Dá ánimos la pintoresca descripción de Viena: ave litoral acuático, el pico amarillo,

recto, liso, largo, de casi dos pulgadas, acanalado por los lados, gancho en el extremo; el cuello de una cuarta, erguido, espesamente revestido de una pluma fina; las alas fuertes. Todo el cuerpo es de una blancura muy tersa a excepción de la espalda, las alas y su cubierta que son de color apicomado o gris ribeteado de blanco formando un capotillo.

Yo las he visto cómo engullen las mondas de naranja que los barcos arrojan en su marcha, ya cerca de las costas, y la proximidad de tierra se anuncia a veces por sus enérgicos gritos y la vida que pone, en el cielo, su paso. A veces descansan sobre las azules olas dejándose mecer por ellas o caen como rayos en busca de imperceptibles presas que no distinguimos. He podido observar cómo siguen el rumbo del sol, en el atardecer, y cómo vuelan en perfecta formación, si se lo proponen, dejando la violencia de sus juegos cerca del mar. Toman el dibujo de una V que tuviese un trazo muy largo y otro muy corto y para averiguar quién las dirige desde la punta vanguardia sería necesario que pudiésemos navegar a su altura o matar desde tierra o mar, con un tiro muy certero, a la que va en cabeza de la elegante y pausada formación. Sólo las he visto así navegando a mucha altura, a la hora del atardecer y en esos días limpios y tranquilos, tersos, suaves, luminosos, con la atmósfera diáfana, transparente del tiempo en que ha cesado la lluvia, marchando con rumbo noroeste desde La Laja, San Cristóbal o la costa del Mercado, donde suelen reunirse a millares al olor del pescado podrido, o cuando los barcos varados dejaban su cargamento al descubierto deshinchándose en los bajíos de la costa. Otras veces vuelan con dirección francamente inclinada hacia el poniente la infinidad clara de la tarde en las Canteras. Buscan las presas del Norte de Tamaraceite a Laraina, Silva o Gáldar donde las pueblan a millares con su color plumizo, blanco, rosa en el atardecer; o también los acantilados del Rincón y los riscos del Norte y el Este, donde la inquietud que el hombre da a las bestias no llega, allí donde sus huevos y sus polluelos apelusados reposen tranquilos. Solo de vez en cuando rueda una piedra a los abismos donde la morena y el marrajo tienen sus habitáculos; con algunas euforbiáceas por los alrededores, lejanas a otros animales deseosos de engullir yemas o huesecillos tiernos, la noche las acoge.

Cuando amanece, toman el rumbo contrario. Entonces, mientras el sol llega hasta el fondo de las casas que dan a la marea, cruzan e istmo para recibir a los barcos que entran en la bahía con su preciosa carga de restos de pescado, de coles viejas, de paja de embalar que el viento se lleva. Y otra vez comienzan sus giros violentos y el chirrido inmenso de sus vuelos, sólo apagado por las sirenas resonantes en el hanger gris de las nubes bajas.

## AVES DE PRESAS



**PARA** el hombre de la ciudad rendido al asfalto cotidiano, con las luces del día y de la noche cubriéndole los ojos de monotonía manufacturada, ya no existen las aves de presa en la libre y santa Naturaleza. No se sabe que aun hay lugares de la isla donde los guirres corren pesadamente para poder levantar su vuelo de aves de carroña, donde las aguilillas yerguen su majestad de reinas del

espacio, donde los halcones y halcones reales, donde los milanos y cernicalos dan al aire sus gigantes vuelos y sus corvos picos.

Y no son tan alejados los lugares donde se encuentran. Cerca de poblados, por los acantilados de la Mar Foa o allá, bajo los girones rojizos de Rosiana he visto como vuelan aguilillas y guirres o como conferencia en cenáculos junto a las rocas y esperan que el descuido de los que llevan los mulos y el rancho dejen los desperdicios sembrados por el campo entre los cercados de tomates y el barranco del Negrc. Vuelos pausados, mortecinos, miradas inquietas, no hay trinos en el campo en torno de ellas. A veces parecen celebrar sus deliberaciones y asambleas en goros improvisados junto a unas peñas para luego emprender la carrera hasta remontar el vuelo. Tienen siempre el aspecto de estar acechando algo. Y esto hasta que va oscureciendo y sus pelajes blanquecinos o pardos van perdiendo consistencia en la oscuridad del paisaje. Entonces comienza el dominio de la negra noche y con ella el de los buhos o corujas con su miedo de mal agüero, los ojos zarcos mayores y más resplandecientes que carbunclos, las plumas levantadas por la cabeza a manera de orejas, el pico corvo y negruzco y el triste lamento que dan desde los pinos o los algarrobos en que se refugian. Y lo mismo la lechuza, más pequeña y abundante que caza toda la noche hasta que la aurora se anuncia con un suave resplandor por donde la bruma gris oculta a Fuerteventura.

Y de nuevo vuelve el día. Los milanos y los halcones a perseguir las palomas y el raro halcón real a lucir su figura por los montes con sus piernas finas y sus patas amarillas, su toca de plumas azuladas sobre la cabeza, el pecho y el vientre rojo y la espalda cenicienta. Y los guirres blancuzcos y feos vuelven a levantar el vuelo cuando el primer rayo de sol incendia la tea del pinar y saluda a lo lejos el encaje de una vela bordada en el mar.

## LOS GALLOS



**POR** dos veces cantó el buho en lo alto del tilo negro. La noche estaba en calma y todas sus voces se oían a enorme distancia. Desde el rasqueo de una solitaria guitarra de madrugada hasta el ruido de la cadena en un establo. Y esos ruidos inaudibles de día: los grillos que cantan, algún sapo ventruado... poca cosa en definitiva. De pronto la noche rompió su silencio: el gallo cantó la tercia. Las

noches serian cordas sin el clarín del gallo. Los aullidos de un perro aumentan el terror de la noche. En el canto de un gallo hay siempre la esperanza de que veremos el nuevo día. Es una promesa de que el sol se acerca. ¿Cómo no agradecer al gallo esta alegría de fiesta que pone en cada corral perdido entre agaves y tuneras, detrás de las mudas tapias, en lo alto de una loma, junto a los bueyes cansinos que

aun rumian su dolor?

Para siempre ha de quedarles agradecido aquél que ha visto hacerse realidad el verso

y aurora de gallos cantan  
por Jerez de la Frontera

con un presentimiento de marescía entre ciudades de plata y ríos de oro, entre toros negros y el chorro de miel de los toneles. Pero yo no creo traicionar a los gallos si digo que me gustan las peleas de gallos. Es decir, me gusta que las haya, porque yo difícilmente las voy a ver, como no voy a ver otros mil espectáculos. Pero esta fiónería que de pronto ha entrado a la vista de la sangre de los gallos me molesta, como me molestaba el desmayo de un pobre muchacho epiléptico que perdía el conocimiento cuando veía sangre humana en la guerra. Ya Pombo manifestó en una de sus estampitas madrileñas, su repugnancia porque en Madrid se había inaugurado una gallera. Sin embargo, gentes como Walt Disney han llevado a la exaltación de la única pantalla artística de verdad —la de los dibujos animados— toda aquella armonía rítmica de la danza de los gallos en pelea en aquellas sombras de "Bahía" con la inquietud del araucá cercano.

A esa hora, en la que en las ciudades peninsulares se piensa comenzar el almuerzo, aquí se anda de regreso y se saborea el buen tabaco palmero, y se recuerda el aperitivo a base de ron con su enyesque.

Las peleas oficiales, "las casadas", son las que al final de la serie roclaman al partido que le ha correspondido el triunfo.

Aparte, y en domingos precedentes, se celebran "las sueltas". que guardan la novedad de los gallos que empiezan, de los que se quiere obtener un dato y de otros de inferior calidad, en los que aun se tiene una esperanza.

Las reuniones oficiales son de siete peleas, y los partidos en lucha dos: San José y Triana.

Antiguamente las peleas duraban cuatro horas, y hoy dos, pues los gallos empiezan cortando, como si conocieran de toda su vida el modo de pelear del adversario. La preparación influye grandemente en la actitud de hoy. Ha habido un gallo de Triana que ganó por golpe de oído a uno de San José, al minuto y diez segundos de empezada la pelea.

La tabla de resultados se irá poblando según se conozcan los ganadores; en ella están los números del 1 al 7, y un gran encasillado, en donde se colocará Triana o San José. Traspasado el muro que tapa la vista general de la pista, nos encontramos un circo con un círculo pequeño en el centro y una valla que lo rodea, y en anillos concéntricos y ganando altura, las filas de tablados. En la valla, suspendida de una barra vertical, una balanza, con un platillo a un lado, y en el otro, tan solo un gancho del cual penden los gallos para pesarlos los "pechadores", uno por cada bando, que durante las peleas de la temporada se ocuparán de los gallos de su partido, reciben el gallo para pesarlo de manos de los preparadores, lo observan y lo enseñan al público; tras pesarlo le dan el último repaso, en el que nunca falta la introducción de las espuelas en un limón, con el fin de que se endurezcan. Muchos animales las llevan postizas, sujetas con unas sortijas en espiral, por encima y por debajo de la espuela, que es de dientes de tiburón.

El animal es algo que nos hace pensar en una especie distinta: su cabeza es roja sin plumas y en cuanto a la oreja y barbillas, se encuentran completamente afeitados, supresión que supone una prác-

tica bastante delicada y artística; en cuello y cuerpo, en general, cuentan con sus plumas, y en la zona anal y entre las patas, se encuentran desprovistos de ellas; tan sólo porque les sirve a veces de apoyo les dejan la cola. Los gallos son de un valor extraordinario. Ensangrentados, ciegos, se buscan y cuando el más afortunado agarra un tiro mortal, tiene fuerzas de lanzar un cántico de victoria, y morir más tarde en la caseta de gallos, borracho de sangre.

En términos gallísticos hay capote, cuando el partido gana las siete peleas al contrario.

Cuando un gallo hace extraños, se le titula de mestizo y llega con su miedo a emprender vuelo por encima de la cerca de la pista.

Los preparadores o galleros son profesionales del deporte, verdaderos conductores de la gallera que los contrató, en cuyo recinto entrenan a los animales de su partido.

Los pechadores son conocedores aficionados. Su mayor éxito lo alcanzan cuando ayudan a los gallos que necesitan su concurso y los llevan a la victoria.

La tarea del gallero es bastante complicada. Desde que el futuro combatiente entra en la gallera, lo atusa (corte de plumas inútiles) lo despjoja y desinfecta. Luego lo pecha (lidia a espuela cubierta) con otro de su peso, tantas veces como lo crea necesario hasta poderlo clasificar. Los inservibles se devuelven a los dueños, los dudosos son llevados a peleas sueltas, y los selectos, pasarán la temporada en casa, y serán tratados con toda clase de consideraciones. En derredor de la valla están congregados los dueños, los partidarios. Ninguno pierde un detalle, ni la ocasión de opinar. Los más cucos se llimitan a decir: ¿De quién es ese gallito?... Pero el gallero hace caso omiso de toda atrevida sugerencia y sólo atiende al gallo en quien tiene puestos "sus cinco sentidos". Observa si pica bien y por buenos sitios, si es defectuoso o entretenido; si es activo o demasiado lento; si "acude cuando le dan", o si "se arruga"; si intenta esquivar los golpes enemigos o si se pone para que lo maten; si posee buena o mala batida; si es resistente o débil y, si tira a dar con los espolones o si lo hace "con los odos" solamente.

Procura aumentar la capacidad de resistencia del gallo, que elimine el exceso de grasas, adquiera mayor flexibilidad en sus músculos y se desarrollen hasta el máximo sus innatas aptitudes. Para ello pone en juego su técnica, aplicando ejercicios progresivamente y tiene en cuenta no sólo la edad, peso, prosapia y posibilidades físicas del gallo, sino hasta la estación, pues no puede dar el mismo trato al recogido en marzo o en abril, que al que le llevan desde diciembre.

Para el gallero no hay descanso. Vive durante la temporada, pendiente de sus gallos, pechándolos, corriéndolos con o sin "cachiporro", bañándolos, llevándolos al revolcadero, friccionándolos, sacándolos al sol, poniéndolos a la sombra, paseándolos, pesándolos, perfeccionando sus espuelas, arreglándoles los picos, curando a los heridos y enfermos, distribuyéndoles la alimentación sana y adecuada, ha de soportar muchas impertinencias, ha de saber distinguir a las personas que frecuentan la casa, ha de montar guardia para impedir que nadie estropee su labor, y ha de tomar las debidas precauciones contra los cambios de temperatura, y contra todo lo que pudiera interrumpir el sueño de sus gallos.

Los gallos están preparados, los pechadores los pechan, los encaran; los gallos tienden a picarse, los alejan, y en el suelo colocados, los sueltan, y la pelea empieza.

Hay un tipo de gallo que empieza a espolonazos, tipos que, según

la clase pueden servir para herir o para rebajar la capacidad combati-  
va, por el cansancio del esfuerzo infructuoso. Otros comienzan el tan-  
teo, alargan el cuello y estudian en todo momento la actitud del con-  
trario, y tardan en decidirse a atacar. A veces los gallos están como  
abobados y marchan por la pista sin acordarse de pelear ni del com-  
pañero de recinto, hasta que por fin, en un encontronazo deciden to-  
mar la cosa en serio.

A veces de entrada tiene la suerte de sacar un ojo al contrario, y  
este percance perjudica enormemente. Abundan más las puñaladas que  
van apagando las energías del gallito, mientras el contrario se engalla  
más.

El juego es limpio, allí a nadie se engaña. El que pierde, pierde y  
el que gana, gana sus buenos tollos que el contrario paga religiosa-  
mente. Es un rito. El triunfo es muchas veces claro; los pechadores  
lo señalan porque el que ha perdido toma el gallo enemigo y se lo  
entrega al ganador mientras el victorioso recoge las plumas y las da  
al derrotado... Es ya mucho más del mediodía de un gladiador con  
fortuna, de un fauno con plumas y sin cuernos. Sobre la arena quedó  
otro sin honra.





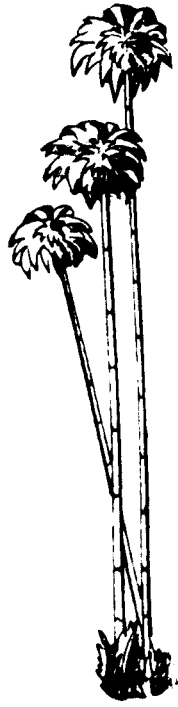
## CAPITULO II

# LA CIUDAD SIN SONRISAS

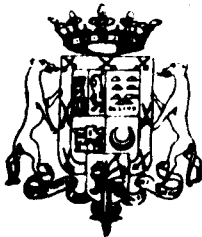
*«Las Palmas es una ciudad que no tiene sonrisas» De uno que lo dijo por la mañana y a la tarde era cadaver.*

- *Las Palmas; nuestra ciudad*
- *Las Palmas, ciudad sin sonrisas*
- *Las horas una a una*
- *Los días de Enero a Enero*
- *Los años zodiacales.*
- *Las Instituciones*
- *Los barrios de cristal*
- *El Puerto cuando era Yo.*





## LAS PALMAS; NUESTRA CIUDAD



"NUESTRA Ciudad" es este escenario en que hemos nacido sin remedio y en el que constantemente vemos gentes a quienes parece que nadie les dió papel y ellas se lo han tomado. He aquí el tablado donde todos los días actúa el polichenea jorobeta, el borracho institucional, el fanfarrón de grandes bigotos y sombrero de ala mercurial como en esas ánforas donde Hermes lleva el caduceo. Tiene lejos el barrio del Cerámico --allá por la Atalaya-- pero dentro de sus calles no falta el artífice de zapatería, con su olor a tintes y a cuero tratado por taninos; el taller del pintor, que a veces he visto instalado en las alamedas del parque; el despacho donde, entre rimeros de actas notariales, se expende la Justicia y cada ciudadano se convierte en un Solón o un Licurgo. Tampoco falta el Museo, donde un alegre barbita dispuso los cráneos en su craneoteca. Las voces engoladas suenan en nuestra ciudad con frecuencia. Las hay hasta en el Cementerio, donde las estelas funerarias campean con nombres todos conocidos --los mismos nombres de los que, aun vivos, pasean por las calles de la ciudad--. "Hay des pachos de vinos con sus enormes barricas panzudas rezumando tinto y mujeres que por las calles suelen pregonar el pescado "de nuestro mar". Tampoco faltan los mercaderos de Tiro y Sidón instalados en nuestra ciudad, y estos que, quizás atravesando la Partía y la

Aracosia, vinieron de las márgenes del Indo a exponer sus teorías de elefantes de ébano, ya desaparecidas. Mientras, los representantes de los países hiperbóreos se entregan a extraños manejos portuarios, pues parecen ser ellos ahora los dueños del tráfico comercial de los mares, en vez de los fenicios y los innúmeros hijos de la talasocracia ateniense.

El Mediterráneo termina en Las Palmas. En el taller, en la tienda, se instala el corro político, literario, comercial. Habla de todo. Los tiempos han cambiado y todo se transforma. El tabaco, la imprenta y los guacamayos y periquitos, diferencian nuestra edad de la antigua y, a nuestra ciudad, de Atenas.

Pero partamos de cualquier punto y hemos de ver dónde nos encontramos ahora. Colonia de colonia, no hemos de reproducir sino lo que hicieron nuestros antepasados hace dos mil años. Una teoría que viniese a declinar definitivamente los espacios de la historia externa e interna, habría de entender que historia interna es historia del corazón y de la cultura, e historia externa, del cerebro y la civilización.

Historia interna es historia del subconsciente y de los impulsos. Historia externa es historia de superficies, es historia de los sentidos, jolgorio de luz y de colorido que aflora en las épocas revueltas y de corte francamente cesarista.

May algo de todo esto que se refleja en la manera de conceptuar el teatro en la Antigüedad clásica y en nuestros días. Para el hombre clásico no existía el interior. El hombre clásico, la filología y la historia --aquella que ha de descansar o en los versos de Horacio o en las fantasías de Herodoto-- sólo nos representan un hombre que vive en la calle, para el cual el concepto de lo social, tal como nosotros lo entendemos desde el siglo XIX; como vida de sociedad, no existe. En la literatura en general tampoco se desarrolló, hasta muy tarde, lo que hoy denominamos "interior". Son los interiores flamencos el precedente pictórico de esto. En primer término unos monederos ante una mesa contando sus ganancias y calculando los cambios. De las paredes cuelgan otros cuadros. A través de la ventana se ve un exterior por completo convencional de árboles exentos.

En Atenas se hace crítica social en el ágora y los autores la reproducen en el teatro, al aire libre. Al contrario de lo que podía suponerse, el proceso de desarrollo de la humanidad consiste en la diferenciación progresiva del individuo destacándose de la masa. Aunque a partir de los finales de la Edad Media el individuo y el interior de la casa adquirió importancia, es el siglo XIX quien da paso al individuo. La ciudad antigua, el burgo medieval y la villa y la ciudad del Renacimiento se parece mucho más entre sí que cualquiera de ellas con este mundo donde todo es ya ciudad y donde va resultando algo absurdo protestar del absentismo campesino, puesto que no es el campo el que se traslada a la ciudad, sino la ciudad la que invade el campo con sus frigidaires y medias de cristal.

Para palpar como realidades verdaderas las que se nos presentan con características de ser puras entelequias de la razón que ve fantasmas, no hay más que aplicar los principios a los actos, a la historia que discurre ante nuestros ojos y a la que ha pasado en dos generaciones anteriores en nuestra misma ciudad. Antes Las Palmas era pequeña. Un grito en la Vegueta o en el Risco de San Juan eran más que suficientes para llamar a Maestro Andrés que parlotaba por allí debajo. Junto al barranco. Tenemos formidables cronistas que nos dan cada día reflejo de una Las Palmas poco diferenciada. Las Palmas fué una ciudad que en cuatro siglos hubo de recorrer la distancia entre la primitiva estación del neolítico sin mezcla alguna de metales y el XIX. Por eso no tiene nada de extraño que en el XIX ocurriese todo en Las Palmas como en la "polis" helénica con su ágora en la Plazuela, con la con sus palacios, ricos mercaderes del Norte, cambiistas de Siena, pres-Luz.

Si cuando se fundó nuestra ciudad se hubiesen en ella instalado con sus palacios ricos mercaderes del Norte, cambiistas de Siena, prestamistas hebreos, consignatarios de Venecia, Génova o Barcelona y éstos hubiesen construido al estilo de su época, Las Palmas estaría cubierta por la bella y noble arquitectura del Renacimiento. Pero Las Palmas empezó por poco, como otra ciudad cualquiera. No fué la instalación de unas bambalinas y por ello Las Palmas se construyó con calles estrechas y casa de patios con galerías descubiertas, en el siglo XV por el mismo clima de la Atenas del V a. de J. S. Y, en nuestra ciudad domina la ironía en cada esquina, en cada tertulia. Nada es posible tomarlo en serio. Y aunque se tome en serio, es la ironía un arma dialéctica imposible de abandonar en mitad del arroyo. Los tímidos temen terriblemente a la ironía. Este fué el verdadero motivo de la tan comentada ausencia de Galdós de Las Palmas. La gracia de Madrid es una gracia gorda y chula. La de Las Palmas es francamente aristofánica, que saca el cuero a tiras al menor roce. Pero no temáis. Todo es-

to se va perdiendo. El egoísmo crece al contacto de los bárbaros y en esta escuela los superamos. Es decir: marchamos admirablemente por la senda de la diferenciación progresiva. En nuestro tablado de marionetas actúan personajes desconocidos.



## LAS PALMAS, CIUDAD SIN SONRISAS



¿POR que esta impresión en el ánimo de los que llegan? ¿Sólo por nostalgias? No vive Las Palmas bajo la bruma; solo algunas veces he visto que sobre el puerto flotaba algo así como la pluma de un calamar. Nuestras cumbres no son cumbres borrascosas. Ni el chato castillo del Rey, entre tuneras y cabras, tiene aspecto siniestro. La cochambre de los cabarets de la Isleta es triste, pero no tanto

como para suprimirle la sonrisa a la ciudad. No lo es tampoco el arriero castellano de Vegueta. Ni es suficiente el envaramiento de don Rodrigo o don Sixto para enervar la sonrisa. Por arriba los cuervos, por abajo las gaviotas, con sus gritos, dan notas que no llegan al corazón de la ciudad. Los tomos desiertos, los barrancos negros, el mar embravecido en la Vaca o el Becerro, las simas siniestras de los volcanes, están demasiado al margen, circunscribiendo el horizonte, pero extraños a la urbe. Las puertas mismas del infierno están situadas en cualquier parte del Mediterráneo y este es el mar de las sonrisas, desde la de Egina a la de Mona Lissa. ¿Perdió la sonrisa Tamarán cuando fué expulsada por entre las columnas de Hércules, del mundo mediterráneo? ¿Qué hicieron las ciudades clásicas para conservar su sonrisa? Barcelona retuvo su gótico. Florencia su Señoría. Salamanca su Plaza Mayor. Las Palmas la conservó en la fuente de Santo Domingo, pero le soltó el gallo al tiempo, saltó sobre las tapias de los cercados, brincó por las arenas, se derramó sobre el mar, subió a las lomas a contemplar las gracias que acababa de hacer y calculó constantemente el precio de los solares. Tuvo una crisis de crecimiento. Aun continúa con fiebre, con el pulso destemplado, con el cuerpo estirado y largo de una niña que ha llegado a la pubertad, desgachada, falta de calcio, cemento y hierro, con las fiestas antiguas perdidas en las distancias que tiene de gran ciudad, con cosas de pueblo, de puerto internacional y de capital de provincia española. Las Palmas es una ciudad sin sonrisas porque Las Palmas es todavía solo un esquema, tiene sombras, escoliosis y hasta algún infiltrado. Necesita sobrealimentación de oro, de carne, de sangre y de espíritu. Su respiración se hace dificultosa por el asma de las algas o de las flores. No puede dejar la playa y necesita campo. O por lo menos castillos de verdor en sus laderas, en sus mejillas pálidas.

Esta tristeza pasará. El doctor Urbano receta cura de reposo.

## LAS HORAS UNA A UNA

*"Tota vulnerat, última necat" La lei por primera vez en Baroja. Después la he visto reproducida miles de veces.*



SIEMPRE oí que la tarde era la hora de la ciudad:

Sus cintas grises enlazan

Las verdes manzanas de las casas.

La tarde es suave, como caricia de mi jer, en el Puerto, cuando contemplamos yates o hidroaviones blancos; en Triana, cuando, Perdomo arriba, nos envuelve el perfume de los jardines; en Vegueta, bajo la impresión

de que nos miran constantemente tras las ventanas con las persianas cerradas. Las campánulas abren a esta hora sus sedosas faldas blancas para ser presentadas en la sociedad efímera donde va a cantar el grillo hasta el amanecer. Es la hora en que la niña entra al canario y al anturio rojo que tenía en el balcón.

La noche es claro de luna  
y luz de ventanas altas...

pues siempre hay alguien que vigila que no se sabe quién es. Tan melancólico como esta ventana clara en el silencio, me ha parecido siempre el paseo del guardián, entre los bultos del muelle, cuando la tarasada crece y el salitre se pega a la ropa con intensidad de mortaja.

La madrugada sorprende muchas puertas abiertas y sobre todo el mal olor de las basuras, el silencio de los llamadores dorados de las casas --¡oh manos de don Ambrosio!-- y al pie un cajón de coles y lechugas trinchadas, de zanahorias podridos y el plumón de los gallos que murieron sin llegar a cantar de nuevo el día, clamor de alboradas rojas y grises.

¿Y las primeras campanas? Suenan en San Francisco, en San Telmo, en San Roque, en San Nicolás, en Santo Domingo, en Santa Ana, en San Antonio, en San Agustín, en San Martín. Y el trote por los pasillos solitarios resuena como el de cien escuadrones, y los bancos palpitan en las Iglesias y los altares dorados dan los reflejos de sus cirios al primer aire de la mañana con sus misas de difuntos en Santo Domingo, San Telmo, San Francisco...

Pero el mediodía es la ciudad en plena vida, con los colegios inundando la calle, a la hora en que llegan los retrasados a pagar las letras en todos los bancos de Triana y los autos arrancan con el orgullo comercial en sus portezuelas brillantes.

## TARDES GRISES



HAY toda una literatura en torno a las tardes de domingo. Pero quizás ninguna la merezca tanto como esa tarde gris del domingo en Las Palmas, cuando todo permanece enclaustrado y la muerta agitación comercial da un vaho de polvo incierto encerrado tras los cristales de los escaparates. Recuerdo con angustia esas tardes de niño que ha perdido el tióvivo, de los domingos, cuando solíamos ir a casas que también estaban en silencio porque todos se habían ido al campo. Pasaban las tres, las cuatro, las cinco y los zapatos nuevos me apretaban y me dolían los pies hasta hacerme llorar.

También el Parque descansaba los domingos por la tarde. Es indudable que los árboles y las cornisas de la Comandancia Militar tenían más polvo que nunca. Sobre todo, una vez pasada la regata de balendros, aquello se quedaba muerto y hasta parecía que el mar estaba soportando el tedio del descanso dominical. El Puerto bostezaba, con sus muelles y su bocana abierta. Ya tarde, muy tarde, La Isleta encendía el cigarrillo de su faro y chupaba con fuerza haciéndolo contellear.

Pero el lugar de Las Palmas donde la melancolía de las tardes de domingo se sienta con más ahinco, se clava más en la carne macerada por el deambular sin objeto, es en la Alameda entre Cairasco y Colón, entre el Templo Militante y el Templo del Pobre de Asís, que, con un gesto de ojos vacíos sobre marañas de cables eléctricos, contempla el aburrimiento de los novios sobre los bancos verdes. Quizás todos sus alrededores contribuyan a darle tonalidad al ambiente. La sombra del Risco se proyecta más rápida sobre la Alameda, que sobre cualquier otro lugar; la fealdad ofensiva del Casino tinte de amarillo y palidez todo el costado de Levante —las cosas y las mujeres feas tienden horriblemente hacia el romanticismo—; los crocos alrededor del Gran Esdrujúleo parecen estar cuidados por una abuela misteriosa venida de las Américas; los veladores del Madrid están vacíos a esta hora. Nadie permanece en ellos mucho tiempo en estas tardes lentas. Y cuando encienden las luces comienza un plano a tocar... en la casa que un invento dejó vacía hace ya tiempo.

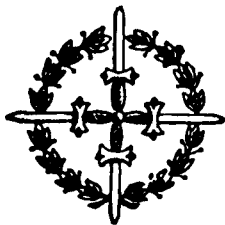
Tarde gris de domingo... Antes era aun más vacía, pero el muerto silencio de Vegueta y Triana, a las horas en que unos duermen la siesta, otros no han salido de la gallería, los demás están en la playa o en el campo se interrumpe para dejar pasar a don Alberto de Robainas que, calle abajo, con su señora, va camino de una visita, que los recibirá sobre blancos cojines de peluche verde.

La luz no le llega a la tarde gris del domingo sino cuando se baja del campo a la ciudad, a esa hora en que es grato llegar a las ciudades, cuando el asfalto parece un espejo charolado bajo las farolas. Entonces la tarde gris ha muerto manos de la noche bulliciosa, por sólo unos instantes, para dejar paso de nuevo al silencio que siempre tiene Las Palmas pasadas las diez de la noche.

## LOS DIAS DE ENERO A ENERO

*Los trabajos y los dias*

### NAVIDADES Y REYES



LA Navidad no posee, en Las Palmas, más rasgo que la defina que el no tener ni una sola mota de nieve en sus calles. Las estrellas suelen brillar más intensamente que nunca, una nube blanca de plata se coloca sobre el Mercado, el teatro y los cafés están abiertos hasta muy tarde y Las Palmas, esa noche, está poblada de cánticos hasta la madrugada. Para la misa del gallo la Catedral reluce como un ascua. Las campanillas de plata, los violines, el órgano, las voces humanas, la pueblan de una sonoridad in crescendo que, de pronto, se aclara, se queda como una charca y flotando sobre ella, el Presbiterio. Por fin la gente va saliendo. En la plaza de Santa Ana nos espera ya el periódico del día siguiente...

Pero hay otra Navidad interna. Aquella que no se comprende sin que huela al mirífico lentisco del Monte, el que se crió entre retanias y acebuches, por los recatos femeniles de los barrancos. Los "nacimientos" se pueblan de patitos diminutos, de mujeres lavando la ropa, de lejanias de madera, carton piedra y aserrin-arena, pero también de musgo, de helechos, de cebada plantada el día de Santa Lucía... y de lentisco. El lentisco tiene hojas diminutas y sarmientos febles, pero su olor llena la habitación baja de la casa que quedó desierta, construida acaso sobre el antiguo pesebre para las caballerías. Luego van apareciendo las aguas de papel de estaño y ese reflejo ambarino que tienen los espejos rotos, contorneados de cenefas de hierba seca, un puente que se parece invariablemente al de Telde y una ilusión de nuevos juguetes en los ojos de los niños.

Porque el nacimiento es solo un anticipo de Reyes, aunque Reyes en Las Palmas sea Triana con las tiendas abiertas hasta muy tarde y ferrocarriles eléctricos en el Bon Marché --cuando el viejo mister Lawson lo fundó no existían tales maravillas--. La noche del cinco de Enero es la Navidad Mayor del Año. Por algo en los ritos orientales se celebra la Natividad el día de los Santos Reyes Magos. "No todos los relojes son olepídras". Fui lo que aprendí en mi "Lógica" del bachillerato. Ahora es así. Porque hay relojes que no están hechos para medir las horas. Uno de ellos es el de Triana. Ese sirve para señalar el momento en que pasó la Cabalgata de Reyes organizada por Néstor, la más fastuosa cabalgata de Reyes que jamás se haya visto. El brillo de los ojos de Melchor era imponente sobre su camello. Los hachones encendidos rociaban de luz verde, amarilla o roja las caras atónitas de los muchachos. De arriba solo se veía un mar de cabezas; toda la calle hormigueaba ante el paso majestuoso de los pomos orientales, de las copas colmadas de rubies en los solemnes dromedarios, asombrados de que una noche no transportaron rolos, ni racimos, ni estiércol. Y es que Néstor soñaba con los versos de Tomás con fardos argenteos. "amplios cofres de raras maderas" para que luego una especie de Gas-



par olásico con su mano estofada de anillos le tocara en el hombro y desplegara ante sus ojos:

una loca irrupción de amarillos  
y de azules, y verdes y rojos

que iban cuajando, aquella noche, en berilos, topacios o amatistas, solo de luz.

## LOS CARNAVALES



ANTES --¡oh, ese antes de siempre-- cuando llegaba la época de los Carnavales era obligado que las revistas ilustradas pintasen un lunático "pierrot" en su portada, que los articulistas "demodéés" --¡qué bonita palabra también de antes!-- escribieran su artículo hablando de la eterna farsa de Pierrot y Colombine y la luna pálida; y también que los Miércoles de Ceniza trajesen la noticia del

último suicidio de la noche anterior.

Hace ya muchos años eran los Carnavales de Las Palmas limpios y sonoros, sin tristezas de "confettis" mojados que encharcarna el suelo. ¡Todo era tan bonito a nuestros ojos de niños! Vivíamos, entonces, frente al mar y la ermita de San Telmo tenía aun el brillo de aquella tabla recién pintada por mi padre, en que todo tan cerca aparecía, y tan verdes eran las palmeras. Tiene recuerdos Las Palmas de aquel baile de las sábanas blancas que inundaba sus avenidas en los carnavales. Sólo después de mucho tiempo, he visto un espectáculo semejante, pero no en ningún lugar de Europa, sino en Africa, en Tetuán, en uno de esos días de fiesta en que brillan con más intensidad, bajo el sol marroquí, todo el albayalde de los albornoces.

A medida que la tarde avanzaba, las carrozas descargaban su tesoro de serpentinas y brillantes disfraces en la calle Mayor de nuestra Ciudad. Hervía una nube de sutil polvo impalpable, mientras declinaba lentamente el escarabajo dorado del sol. Elefantes de cartón piedra, las carabelas de papel y cales coloreadas, la prisión de Ab-del-Krim... toda la fantasía ingenua de Juan Torres.

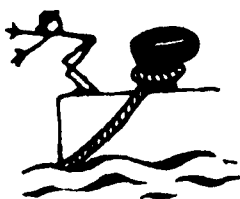
¡Qué semanas deliciosas las que precedían al Carnaval! Las niñas ya hablaban, a sus madres, de fruces, entredoces y lentejuelas y los niños encontraban en su "pierrot" del año pasado la cucaracha muerta de la temporada. Después salíamos todos en una camioneta, o en un "auto" grande, con paquetes de serpentinas y bolas de nieve o --como en un año-- en la primera "guagua" que circuló por Las Palmas. En esta figuró un grave cortejo de papás acompañando a sus "peques". Entre ellos un amarillo y macilento chico disfrazado de militar, de cara morena y peluda. Otro año nos llevaron de holandeses, con nuestros anchos, enormes y deformes pantalones de azul marino mecánicos, los gorros cilíndricos, y las pipas compradas en una tabaquería de Triana.

Más tarde, bachilleres en ciernes, alquilábamos la camioneta que nos transportaba dando la vuelta hasta la Plaza de la Feria y teniendo, como límite sur, la bajada de San Pedro, en aquellas tardes de batalla... Una vez un modosito alumno gritó, todo entusiasmado:

--¡Ya que estamos en el pecado... en el pecado!

Después no hemos querido volver a saber de él.

Vi muchos Carnavales desde el balcón de mi casa. Sobre todo aquel en que un "auto" hizo explosión frente al Gobierno Civil. Las llamas subieron en forma de una bola de fuego por encima de las azoteas. Fué como la traca final de los Carnavales, aunque no estoy seguro de que fuera en el último Carnaval que vi... No; después estuve en otros de La Laguna. En el Teatro Leal. Era la decadencia. En el interior del Teatro el ambiente se hacía irrespirable, pero de aquellos días tengo recuerdos dulcísimos y terribles... que mejor es dejar para otra vez.



## SAN PEDRO MARTIR

*Verona suena siempre amor, a  
piedras antiguas y a silencio*



ESTABA amaneciendo. Hace de esto muchos años. Entonces yo era un niño provinciano --aulas del Instituto, charlas del profesor-- que oía en San Telmo los domingos, la banda del Regimiento, que dirigía Manchado, y por la tarde solían llevarme a las sesiones del Cuyás de madera. Pero hoy era día de San Pedro Mártir y las campanas, aun sin referir, tenían la virgen armonía que había plasmado Saint Saëns... *din dor, din don.. din dan*, sobre el teclado amarillento de un piano viejo tocadas por dedos carifosos. La casa, silenciosa y oscura hasta muy tarde otros días, se poblaba pronto de ruidos en las mañanas de San Pedro. Desplegábanse por los balcones las banderas y sobre la cama el trajecito nuevo para la fiesta... Luego, en Santa Ana, se asustaban las palomas al repique que venía de lo alto, al zumbido de la artillería y al estallar de la marcha real, con sus acordes eucarísticos, cuando aparecía la enseña del Obispo Frías bajo los porches neoclásicos. Las autoridades, al andar, tenían gestos como de querer arrodillarse subiendo las escalinatas de la Plaza. Como se debieron ensayar aquí los gestos para tomar posesión de las tierras de América inmensa en las montañas más allá de Fataga terminaba noblemente la resistencia de una vieja raza libre.

Andando el tiempo ingresé en el Ejército. Desde entonces fui parte más activa en el día de la Conquista. Recuerdo que en la mañana del 29 de Abril de 1911 puse mucho cuidado en afeitarme y atusarme las puntas del bigote con presunción. Los pantalones rojos con franja negra, la guerrera, azul marina. Ya había olvidado las miserias de la campaña del 9 con traje de rayadillo. El ros lo tenía a mi lado mientras desayunaba. Mi casa en los altos me permitía ver la clara perspectiva de las Cumbres en Abril. Cuando llegué al cuartel de San Francisco ya los sargentos pasaban lista a sus pelotones. Salí el batallón dando al aire de la mañana las alegres marchas militares. Pasamos la joroba del Puente de Verdugo, Obispo Codina arriba hasta la calle de San Ildefonso donde mi compañía se estacionó para cubrir la carrera. Pronto vi que doblaba el Espíritu Santo un primer estandarte procesional. Y tras él la maravilla del cortejo. La cruz alzada, las autoridades eclesiásticas, militares y civiles y el Pendón que un día hiciera ondear sobre el aire puro de Vegueta la autoridad del alférez mayor Don Alonso Jaimez de Sotomayor. El obispo lucía su traje rojo casi purpúreo-cardenalicio y, sobre de él, la muceta de armifio. El deán, el arcipreste, el magistral, todo el cabildo catedralicio de dalmáticas rojas y doradas. El cortejo de militares de ros con pon-pon rojo o blanco, de uniforme azul celeste o azul prusia, de cordones rojos, de fajines azules, de plumeros azules o blancos sobre los cascos resplandecientes, y no faltaban tampoco los bicornios de los marinos y del cuerpo consular acreditado en la plaza. El síndico personero tremolaba el pendón escoltado por dos conoalales con sus fraques y sus fajines morados con el escudo de

la ciudad. El alcalde constitucional, en sustitución del antiguo regidor del pro común, presidía el proceso. Por Santa Bárbara arriba se habían colocado las cocinas de Intendencia relucientes de cobre y los mulos gualdrapados de rojo y azul marino. La ceremonia en Santo Domingo es rápida, bajo sus naves basilicales, bajo sus arcos de medio punto y las robustas columnas. Al regreso volvió a inclinarse el resplandor de los sables y de la bandera ante la vieja enseña.

Luego estuve en la función de la Catedral, misa pontifical, que Monseñor dijo rodeado de todo el cabildo. Ocupó la cátedra el P. Rodríguez: "Los genios de la creación española fueron los Reyes Católicos. No basta para ser genial preveer los acontecimientos. Es necesario además saber encauzarlos. Ellos se dieron perfecta cuenta de que con aquella entrada comenzaba una edad y moría otra". "Para que la lanzadera del tiempo no se rompiese en Canarias los reyes quisieron que la Iglesia se adelantase con la seda de sus dalmáticas. El pendón que tremolara Alonso Jaimez era realmente blanco y llevaba la Voz de aquel que Clama en el Desierto...".

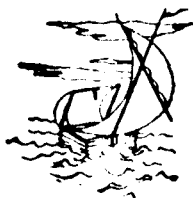
El salón dorado del Ayuntamiento tenía las ventanas verdes semi-cerradas para que la luz fuerte de aquel mediodía en Vegueta no dañase a la vista. Sus rayos a través de las persianas, reflejábanse en la purpurina de los adornos y hacía aguas viridiscuentes, como de cornalinas, en las copas servidas. Al salir del ágape los bailes en la plaza de Santa Ana dirigidos por Bartolo de Tunte, cazador de metáforas, trenzando las alegrías del zorondongo entre monteras de Lanzarote y caras de rosas tempranas.

Después del tranquilo sesteo, a las cuatro de la tarde fui a la Exposición de plantas, frutos, pájaros, palomas y perros que se celebraba en el Hotel Santa Catalina. Recuerdo unos anturios enormes traídos de Fernando Poo, gardenias, camelias, flores de cactus; el perro bardino de Manolito Celurria; las torojas y los aguacates gigantes de las niñas de Luján; los canarios azules de Emilio Marqués; las palomas buchudas de Lorenzito el Talta paseándose en sus jaulas como señoras de sociedad benéfica. Por la noche teníamos un concierto en el Teatro Tirso de Molina. Actuaba la sinfónica de Milán, de paso para Buenos Aires. Me tuve que afetar otra vez porque me hacía sombra la barba. La luz artificial me molestaba frente al espejo grande guarnecido de angelitos y flores. Llamamos a la tartana de Rafael y subimos a sus asientos de peluche rojo, enfundados en blancos y limpios linos, pero duros como teniques. Cuando llegamos era temprano. La noche de luna llena rielaba en el barranco que la marea grande había cubierto. Después del concierto fuimos al periódico. Una larga mesa servida por el Café Universal, cubría la sala de máquinas. El retrato del rey ¡tan joven! lucía entre guirnaldas de laurel. Presidió la mesa el alcalde. A su derecha se sentó el director del "Diario de la Ciudad", y a su izquierda el del semanario "Afán". Los cronistas oficiales, los colaboradores y redactores de los principales diarios del país, algunos literatos conocidos y el personal subalterno ocupaba los demás asientos. Una cena fría rociada con vino del Monte. A las cuatro y media la conversación fué decayendo. Unas cuantas tartanas nos llevaron lentamente a nuestras casas. Un grupo se empeñó en atravesar la Plaza Santa Ana a caballo. Hicimos varias paradas por los alrededores del Mercado. Las guitarras puntearon una isa y en San Antonio Abad sonó la esquila. Replicó la del Espíritu Santo.

Estaba amaneciendo.



## GARABATO DE LA SEMANA SANTA

*Domingo de Ramos*

**TODO** comenzó un Domingo de Ramos en Las Palmas. Tamarán es el país de las tamaras, y con sus más tiernas ramas amarillas haciendo rizos, sale el pueblo a la calle para recibir al Señor. Cara de angustia se le adivina bajo la fuente verde de la palmera. Fanales, altos fanales, conteniendo velas pequeñas. Y los cálices blancos de las flores de grueso peciolo amarillo sobre los bonetes de los curas.

Mañana de sol en el Parque y mar alto de ventanas abiertas.

Hiato de la Semana. San Francisco, Vía Crucis y el Señor en el Huerto de los Olivos. Las calles mojadas aun y ya el Señor las llena de Oraciones. La tarde es larga, de teoría de sotanas. Cristo de la Humildad y Paciencia entre varales de plata... El Martes se abre la vieja herida de Santo Domingo. Domingo de los pescadores, lunes de los franciscanos, martes de los dominicos. Parecen como si aun las cosas conservaran el sabor de los viejos claustros, de las pinturas miniadas, de cuando el mundo era de los gremios y las órdenes mendicantes. El arco de la iglesia colonial coronada por el perro, la Virgen y la estrella da paso al Cristo de la Columna. A última hora la calma absoluta de la plaza huele a viejas, a santeros de Vegueta, a cera cayendo en los altares.

*Lunes y Maries Santos*

¿Empezó aquí la Semana? ¿Fue pura patraña ese día de la luna y ese día marcial del septenario? Santo Domingo despidió al Señor de la Cruz a Cuestas.

--Mira a Simón Cireneo ayudándole al Señor.

--Niño! No se señala con el dedo.

Por la plaza de Santana se acerca la Victoriosa, la Verónica, al Señor. El sudor de su rostro son pétalos de tuberosa. Su sangre, rojos geranios:

Que dellas quiere tener  
la Verónica su ramo  
y para llevar prendida  
una rosa sobre el manto  
extiende paño de lino  
sobre el rostro sacrosanto.

La multitud se agolpa entre el Ayuntamiento, la Regencia, el palacio del Obispo, la Catedral y las casas del borde sur. Todos presienten la llegada del Señor. Los años pasan y se repite la escena. Los pueblos gustan de lo que conocen:

En la plaza de Santa Ana  
ya lo estaban esperando

y el obispo los bendice  
 desde el balcón de palacio.  
 El encuentro celebrese  
 ya como todos los años:  
 la Virgen llorando sola  
 el silencio de los nardos  
 y San Juan que le acompaña  
 a la Catedral se entraron.

### *Jueves Santos*

El día de los altares con mil saetas clavadas de luz. En la Catedral, en Santo Domingo, en San Francisco, en San Agustín, en San Bernardo, en los Jesuitas, en las Siervas, en las Dominicanas, en el Hospital de San Martín: élla va con su mantilla --llena de encajes bordados--. El la acompaña a la iglesia --gruta de cirios granados--.

### *Viernes Santos*

Grita el sol en las calles. Los apellidos ilustran las aceras y los tronos. Es el mediodía del patio de los Naranjos, de la Sala Capitular, de la Capilla de los Dolores y de la calle del Reloj y del Espíritu Santo. El Tiempo humano y el Tiempo divino tiene su esquina frente al estanco de los Fco y a los buchinchos de por allí

¡Y el Cristo Capitular  
 sobre los blancos mosaicos!  
 Sieta rosas sin corolas  
 por darle sangre a los clavos.

Las flores coronan los troncos de madera, las mantillas negras que hormigüean...

La Virgen de los Dolores  
 de lejos lo está mirando

La noche del Viernes Santo es como el manto de la Soledad, de Nuestra Señora de la Portería:

¡Ay, alameda, qué chiquita te me quedas!  
 ¿Por qué las luces sonaban de tan extraña manera?

### *EL CORPUS EN LAS PALMAS*



QUIZAS este Corpus de Foxá no sea el mío. pero también lo tengo pegado a la carne por el costado que esta se me recreó en Madrid. Tarde de Junio en la Villa y Corte de Alfonso XIII. Siesta, fronda verde en el Jardín de Lepanto, húsares de Pavía en la calle de Bailén. Van mis recuerdos entre un mar de lejanas nubecillas por las Ventas, Velázquez: tras el caballo del taller de Bolonia y el

empleado municipal cumpliendo con el rito de Piscis en los parterres. Luego la tarde se hizo densa ante el estruendo de los escuadrones de la Princesa y de la Muerte, ante los batallones de hermosos roses que desfilaron bajo los balcones de palacio, ante el inmenso número de las casullas blancas, de las luces y de las carrozas reales.

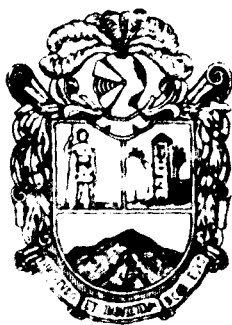
Pero el tiempo tiene su ritornello misterioso y no sé por qué el Corpus de Las Palmas me recuerda siempre la visita del Rey. De ella no tengo más imagen que la que me dá una postal en colores. En ella se ven los leones broncíneos sobre las columnas del Gobierno Militar; la calle llena de gente; los cocheros, envitados, luciendo sus chisteras a muchos metros sobre el nivel de la carretela real... y una escolta de a caballo. Quizás esté aquí la única analogía. En mi admiración por los húsares que antiguamente rompían la marcha el día de Corpus calle de los Balcones abajo —no olvidemos las bengalas en la esquina de la Pelota— el Rey con su uniforme azul. El Rey de Reyes en la custodia de plata. Años después la escolta de la Muerte fué sustituida por el decimonónico uniforme de los guardias civiles de gala y a caballo. ¿Qué serán hoy aquellos seis que abrían con su gracia juvenil —casi como en un triunfo de misterios orficos— el cortejo del trono del Señor? Los pétalos de rosa cayendo desde los balcones fueron hundiendo en olvido aquel Corpus de antaño.

Pero una mañana de Corpus tenía que salir de Las Palmas y Obispo Codina arriba, el sol, las gentes cargadas con hojas de laurel de In-las y ese aire que sabe de librerías, boticas y sahumeros componían el preludio del día. Después se romperían las diversas horas como pompas de jabón, contra el estadal de la acera, pero en la plaza de Santa Ana, en el Espíritu Santo, en el Doctor Chil, en el Reloj... parece como si se hubiera parado el tiempo. Un tiempo hecho con recuerdos de Granada, de Burgos. Señoras y chicas, señores de triple papada y aire distraído, muchachos llegados por la mañana, en sus burros, de las fincas de la Calzada, del Capón, de las Majadillas, de la Portada Verde, con toda la ternura de su cargamento de flores más rico de colores que la paleta de Van Gogh, que las plumas resplandecientes de un guacamayo. Están aun a la sombra en las calles estrechas, pero sobre la catedral ya se montó el rayo divino y en la plaza de Santa Ana va iluminando como deshojan —los ojos azules de una novia del verso y los ojos verdes de otra novia del mar—, margaritas para las hostias, geranios para verter la sangre en las cruces de las alfombras, rosas para los ángeles como muchachas en flor, viudas, godetes, gerberas, gladiolos y gliscinas, verbenas y espuelas de caballero... allí van cayendo muertas, a los pies del Amor, las frases de su lenguaje...

Pero un rayo de plata nos llevó muy lejos aquel día. Aún no habían concluido con las últimas violetas las manos de Licinia Westenthal, ni el Conde dado su último repaso a la alfombra de sus dominios, ni el trono de plata del Santísimo transportado al lugar donde los cristales también le dibujarían flores de luz bajo las cúpulas, cuando estábamos a mitad del mar azul y tenebroso. Pero era un día radiante de luz y cuando llegamos a la costa de la Bahía de España comenzamos a sobrevolar una alfombra de Corpus-Geografía, las curvas de nivel nos recibieron con sus ocos, sienas, amarillos, verdes, topacios, pardos, castaños, oscuros, grises, carne, de la desembocadura limosa del Guadalquivir. ¿Dónde tú, Tartesos del Corpus andaluz? Pronto Sevilla blanca, ciudad-custodia. Y la línea recta de nuestra ruta que iba desenrollando el espacio temporal más allá de nuestro horizonte visible, sobre Sierra Morena, las minas, los despeñaderos y los tejares, los alcoces y las ringleras de olivos y la Mancha, y los Montees de To-



ledo, el Tajo y la Ciudad de la Peña Imperial, encaje de limos del tiempo, desafío Al Que Todo lo Trascurre. Y Madrid. Ya no era el Madrid del Corpus Alfonsino. Habíamos dejado atrás Las Palmas bajo su fanal de luz y de rosas, con su brillo de día grande en la calle —a aquella hora recordaba el Espíritu Santo doblado por todos los cortejos—. Pero también habíamos dejado muchos años que todos se convirtieron en recuerdos.



## LOS AÑOS ZODIACALES

«¿Reloj de arena? Polisón de Cronos». Yo



LOS siglos, los lustros, los años tuvieron también su fisonomía en la Ciudad de las Candelas Verdes. Para el XV giró una esfera armilar sobre la que hacía sombra la Cruz de Avis y las Quinas. El XVI pobló el aire de dragones rojos sobre velas recogidas. El XVII, bajo el Río del Olvido, discurre por el cauce de América. Muy siglo XVIII, Las Palmas usa también pelucas empolvadas, encajes, pañuelo de finas hierbas y polvo de rapé. El XIX discurre entre las Cortes de Cádiz y el aire de las mazurcas y las polonesas para venir a morir con los últimos repatriados de Cuba. España. ¡Despierta!... y España sigue durmiendo. Se le coje gusto al siglo con sabor de gramófonos. Es el XX que despunta por el Puerto como los cuerneocillos de un baifo lechal. El año 14 un tajo de sangre; hay gotas que salpican a la luna lechosa. El 18 se abrió a la locura del mundo. Afioranzas de "antes de la guerra", dengues femeninos y trajes de tubo. Entonces ya no hubo límites a lo negro. Entre las dos grandes guerras ya no se volvió a decir: "¡Era tan blanca- ¡Qué guapa era!". Después el ramonismo se convierte en una enfermedad contagiosa. Todos nos volvemos medios seres, todos pegamos papelotes en la pared y queremos tener palaveras de pisapapeles.

Es el XX en Las Palmas con su borrachera de gasolina, de pozos. Algo que no tiene remedio y es inmenso. Estampa de colores desvahlidos la Jerga de Viera y Olavijo. También nuestra juventud se borra el día que asesinaron en Madrid a Calvo Sotelo. Hasta entonces creímos que iba a florecer el romanticismo entre las casas funcionales. Luego trajimos muchas huellas de piojos a casa. Ya todo era distinto. Los años zodiacales habían transcurrido: Virgo, 1913; Libra grávida, 1914; Escorpión y Sagitario, el 1915; Capricornio, Acuario y Piscis, de 1916 a 1935; Aries, Tauro, Gemenis, Cancer y Leo, generosa fiera, del 36 a 1939. Unos años en blanco y de nuevo el ciclo de la generación que nos sucederá bajo el signo de la seta gigante que le hemos legado.

1.913



ES el último año del dormido siglo XIX. No se cumple jamás ningún número de años de esa fecha porque es incierto, pero

Si quieres parar el tiempo  
que nos lleva galopando  
con el viento...  
Llama con tu voz de niño  
a los labios de los sueños  
llama con tu afán de hombre  
los recuerdos.

No hace falta más que acudir a la página de un diario de entonces para que todo se nos haga presente. Por lo pronto téngase en cuenta, para situarnos, que la isla tenía la mitad de la población que tiene hoy; sólo unas 160.000 almas. Por su puerto se exportaron tres millones de racimos de plátanos en aquel año. Tomás Morales y Alonso Quesada producían y brillaban y don Joseph de Viera y Clavijo hacía un siglo que había fallecido en Las Palmas de Gran Canaria. Miller recibía, con la policromía de las banders consignatarias, los barcos de la Unión Castle, de la Nelson Steam Navigation y aún las águilas bicéfalas de la Austro Americana rendían viaje en este puerto, un tercio de lo que es hoy. ¿No suenan a vales vieneses, desgranados en las noches de luna sobre cubierta, los nombres del Kaiser Franz Josef I, del Francesca y del Sofia Hoenberg? La Woermann recibía por entonces los barcos, con los nombres familiares de la casa, que se dirigían a los puertos negros del Senegal, de Liberia, de la Costa del Marfil, del Congo, de Santo Tomás, del Camerún, del Cabo... De la Torre Hermanos tenían casa en Londres y en Hamburgo para recibir frutas y eran los consignatarios de los vapores de la British and South American Steam Navigation. La Yeoward nos traía el tipo standarizado del turista inglés con regularidad semanal, sin esa mezcla de negros y de caballeros en paños menores que descargan hoy en nuestro puerto los grandes liners internacionales. Sus nombres siempre tuvieron la ligereza de las aves: Águila, Andoriña, Avoceta... Aún la Pinillos era la Pinillos y los Thorensen eran todavía de Otto Thorensen. La Compañía Trasatlántica tenía otro Ciudad de Cádiz de carbón que llegaba hasta Fernando Poo, la Elder and Fyffes anunciaba buques especialmente hechos para recibir fruta y la "Gran Canaria" los vapores de la Royal Mail.

Para completar el cuadro de la vida económica de entonces ninguna muestra mejor que el anuncio de un comerciante de Barcelona que recibía plátanos y tomates, sebo, pieles de cabra, pieles lanares, cueros y terneras de procedencia canaria, o que el Banco Vitalicio anunciase, como una cosa extraordinaria, que llevaba pagadas en esta provincia mas de ochocientas mil pesetas o que el vino del Monte se vendiese a cinco pesetas la botija.

Y era la época en que estaba de moda el masaje anunciándose a bombo y platillos los servicios del masajista de la Universidad de Berlin, Ernesto Weber, lo cual no deja de tener algo de barraca de feria en plena calle Triana. Pero ya para entonces todas las joyas posibles habían entrado en Las Palmas, para ser lucidas en las pecheras almidonadas o sobre los trajes de radiantes sedas junto a brazos mórbidos y alabastrinos o caras de isleñas como diosas griegas. Poca cosa han hecho para realizar estas bellezas, posteriormente, el lujo extraordinario de los autos llegados de América. Todo era más pequeño y vacío en el año 13, pero el embrión y la esencia de la actualidad estaba en el seno de sus doce meses, los últimos tranquilos antes del estallido de la primera catástrofe mundial.



## LAS INSTITUCIONES

«¡Era una institución!» Exclamación popular



**ESPARA**, Tamarán, la Ciudad, necesita de instituciones para poder vivir. Ella misma es una institución, una fundación. Sin sus hombres representativos, sin sus hombres-instituciones, sin sus Ordenes Religiosas, sin sus Clubs, Círculos y Sociedades, sin su Museo, su Ayuntamiento y su Cabildo ¿qué perfil tendría Las Palmas? Sería entonces una agrupación deforme de ciudadanos que no estaban realmente destinados a un fin. Luego también hay instituciones menos precisas en sus contornos pero que ejercen igual presión que si fueran seres vivos sobre el cuerpo de la Ciudad y la Isla; el Cambullón, la Emigración, la Pesca... No siempre permanecen idénticas a si mismas estas instituciones; tienen altos y bajos como el movimiento ondulatorio que constituye la materia...

*EL CIRCULO... y el Comercio de esta Plaza*



**EVOCAR** tiene su raíz fundamental en el vocablo latino *vocare*, llamar. Evocar es, pues, lo mismo que llamar el pasado hacia nosotros, llamar el pasado hacia el tiempo presente para proyectarlo rápidamente sobre la pantalla del recuerdo. Tiene algo el evocar de juego espiritista, de escenografía, de ventriloquia mágica inyectando a la realidad las voces de un tiempo que es ido y que, por eso

solo, tiene toda la belleza que nos es dable imaginar. Queremos hacer presente la época aquella en que nació el Círculo Mercantil, este joven de espíritu venerable. Se trata de hacer revivir la época en que nuestros abuelos llegaban a la plenitud de sus vidas activas; la época que se encuentra presente en la memoria de la generación anterior a la nuestra está ligada por una serie de recuerdos demasiado recientes para ser todavía historia, de aquella época que ha llegado hasta mí re-tumbando en forma de romance breve.

Epoca de moarés y de joyas, de encajes y de mantillas, de barcos de vela con bellos mascarones de proa labrados en marfil y de empresas navieras. Entonces nació el Círculo Mercantil como un presentimiento de la enorme transformación que iba a experimentar el mundo y de la revolución maquinista que iba a cambiar totalmente el ritmo de la vida. Pero por entonces las gentes no percibieron gran cosa. Solo que los últimos destellos del romanticismo se iban apagando, dejaban al hombre, su gusto por vestir seriamente y otros cuantos prejuicios más. Solo que aún se comerciaba con aquellas mercancías que despiertan en nosotros todo un mundo lejano. Cuando se decía seda,

era seda de capullos del gusano, y cuando tabaco, Hoyos de Monterrey o Vuelta Abajo, y los topacios eran topacios y las amatistas, amatistas. ¡Qué de frascos de pomadas olcosas o de extractos exquisitos tendrían en sus manos los comerciantes que fundaron esta Institución! Entonces todo era historiado y rico y no se comprendía sino encerrar la belladona o el cinamomo en botes que llevasen palmeras con cigüeñas o volutas barrocas. No supieron ni nada del cine, ni de los autos, ni vendieron accesorios para camiones, ni neveras eléctricas, ni radios superheterodinas, ni plumas Parker, ni Leikas. Pero en cambio pasaron por sus manos las maderas raras o preciosas de Filipinas o el Brasil, los sombreros de Panamá, los kilos de orchilla o barrila y los sacos de coque o del Extremo Oriente. Hay que darse cuenta que vivieron en una época en que el mundo comenzaba de nuevo a disfrutar de una gran paz octaviana, la que abarca desde la guerra de 1870 a la del 1914; donde inmensos imperios vivían desconociéndose mutuamente. El mundo disfrutaba plenamente de lo típico, de aquello que desde pequeños nos pareció lo más ligado a cada nación, pues en Norteamérica aún gravitaban inmensos rebaños de bisontes y en China todo el mundo usaba la coleta larga.

En España, país típico por excelencia transcurrían los tiempos felices de la Restauración, aquellos que hasta hace poco aún pervivían en las canciones infantiles —ya no hay canciones de niños—

—¿Dónde vas, Alfonso XII?

—Dónde voy triste de mi

Y que Foxá evoca con melancolía: Alfonso doce venía / pálido de altos jacintos / patilla, aleluya y toros / entre alabardas y cirios... entre damascos y obispos / faroles, reló, tapices / y generales mulidos.

Cánovas del Castillo, amenes de la guerra civil, Sagasta, el turno pacífico, la constitución del 76... Los ecos de este mundo que marchaba hacia nuestro actual caos científico llegaban a Gran Canaria un poco apagados. Con la perspectiva de los años que han pasado, sucesos entonces insignificantes o por el contrario que entonces tuvieron un inmenso relieve, se nos aparecen actualmente con diversas dimensiones. Habían luchas, como siempre, por la división de la provincia, se discutían casi todas las cuestiones que los personajes del siglo diecimononcio, que han pasado por la galería que el Círculo Mercantil ha fundado para ellos y recreo nuestro, vivieron con pasión; se vivían también las consecuencias de la guerra grande y la paz chica de Marruecos: la del 60, con las discusiones en torno a Santa Cruz de Mar Pequeña, hoy nuestra ya familiar Ifni, y el establecimiento de Makenzie en Cabo Jubby y la adquisición unos años después, por las Pesquerías Canario-Africanas, de la península de Rio de Oro en la costa por antonomasia de nuestros roncoetes. La isla flotaba sobre un mar de relaciones comerciales libres. Aún en barco de vela era más fácil ir a América que hoy. Se recordaba con temor la pérdida del Valvanera y no habían comenzado las obras del Puerto de la Luz por la casa Swaston, esperando que don Fernando fuera Ministro, ni el cable había sido amarrado a nuestros fondos de roca o arenas con las cuevas cristalinas de los peces voladores o de los caballitos de mar, esperando que llegara Tomás Morales y Néstor a cantar el Océano. Era todo antes que el avión y el trasatlántico, en un mundo que está, a pesar de lo cercano, tan distante de nosotros o de ciertas formas de vida, como ellos estaban de la edad de piedra. Aún se vestía en los campos la negüeta y la

mantilla, y era el reinado del ecléctico hongo, media entre el flexible y la chistera. En el mismo año setenta y nueve se llegaron a exportar más de dos millones de kilos del preciado insecto de los nopales, es decir, más de once millones de pesetas de las de entonces en oro o plata sonora.

Ya es sabido que este tesoro del Jardín de las Hespérides fué muriendo después a manos de la química, lentamente, como una dama de las camelias del comercio en su lecho de tuneras. Pero antes, llegó a alcanzar la cifra de 32 millones de pesetas anuales —y así son de preciosas las joyas de las familias que no se arruinaron—. Aún eran casi desconocidos, comercialmente, el plátano y el tomate...

## EL MUSEO CANARIO

*¿Que es un Museo antropológico? Un lugar donde se demuestra lo feo que es nuestro amarillo difraz interior.*



EL primer recuerdo que tengo del Museo es de cuando estaba en el Ayuntamiento. Entonces lo dejaban ver los días que repicaban gordo. Su atracción principal era el terrible león disecado, de hermosa melena, que presidía la entrada. Aún recuerda mucha gente sus rugidos y el mal olor de los restos de su comida que volvían fétido el ambiente del Parque, a pesar del mar. Había sido traído a

Las Palmas, junto con otro ejemplar —cuya piel pisoteé de niño— por don Francisco Gourlé, gran aficionado a toda clase de bichos raros. Aquella fiera ponía miedo de selvas africanas en plena calle Triana.

Después el Museo se trasladó a su amplia casa de hoy, situada en el solar de un antiguo convento de monjas, y estuvo varios años sin abrirse al público. Cuando volví a verlo de nuevo busqué por todas partes a mi viejo amigo el de la imponente melena raída. Pero ya no estaba. El rey de la selva había desaparecido definitivamente a manos de la insignificante pollilla.

Pero allí estaba todavía el Museo con sus colmillos de babirusa, sus conchas de argonauta, sus mantas negras de boca enorme, sus gigantescos tiburones, sus cabras de Taburiente, sus garzas y sus gaviotas, sus pájaros azules del Telde, sus diminutos caurils, sus navajas, sus lapas, sus lagartos aprisionados por las lavas de la Isleta. No faltaban las vitrinas cubiertas de conchas multicolores, ni la atracción de los rascacios aceitados, las rayas disecadas, los trozos de madrepora blanca, los dibujos de Don Benito y la biblioteca de Don Baltasar Chapeur o los fondos históricos legados por Millares Torres con el escudo de nobleza concedido a Don Fernando Guanarteme por los Reyes Católicos.

No faltaron tampoco desde aquella época, las peroratas de ilustres ciudadanos a las que asistían las damas empingorotadas y los caballe-

ros que iban a escuchar con recato al orador. Se hablaba de aguas, de don Quijote, de temas profundamente históricos ilustrados por académicos de la Real de Madrid. La ictiología invirtiendo el patio llamado sala Ripocha no impedía la presencia del proyector sobre una pantalla en la cual se equivocaban con frecuencia las figuras.

¿Cómo sería aquella ciudad de Las Palmas en que se fundó el Museo Canario? Fué el año 1878. Después vinieron los primeros escritos de Don Benito y sus famosos dibujos. No tendría entonces tampoco el Museo una colección de piedras de Fuerteventura como las que tiene hoy en la semioscuridad de la subida al segundo piso. La primera imprenta que poseyó Las Palmas está allí también medio carcomida. ¿Cuánta letra dormirá bajo sus maderas ennegrecidas! Tienen algo de armazón de guillotina estas imprentas antiguas, en que parece que retiraron la cuchilla para que los niños no jugaran peligrosamente con ella...

Pero esto aún no es el Museo. Para mí el Museo será siempre aquel que tiene arriba calaveras ocre y "momias de parda tierra", donde están las habitaciones de Pérez Galdós en Santander y el despacho de Don Fernando León y Castillo presidido por un cuadro histórico de muy finales de siglo. De abajo viene la luz de los ojos vidriosos de los peces. Aquí todo es cultura, en el botellín romano, en el hacha amigdalóide, en las reproducciones de las más conocidas patrañas prehistóricas francesas; ¡oh manes de René Verneau! El está presente aún en la clasificación de los mil cráneos guanches, semitas y negroides que en larga teoría llenan el ambiente de órbitas vacías. Si sobre las lavas cordadas, si sobre las bombas o la calamina de la galería petrográfica y mineralogía se hiciese aprecio de los cráneos horadados alguien diría que eso era el sueño de una noche de murciélagos, algo monstruoso e infernal danzando en el aire transparente de Vegueta. Pero es que los aires diáfanos y el perfume de los azahares atrae a veces la muerte. Y si no dígalo el amor a lo podrido de Valdés Leal, "In lotu oculi" junto a las huertas y al frescor de los claros albeados de Sevilla.

Y aún hay más. Todo eso es misterio, pero no encierra más que el asenderado misterio de lo porvenir. Pero poseyendo el interés por el pasado—; lo percibimos tan presente y tan lejano a la vez! el misterio se agranda. Hay algo inexplicable que nos atrae en la cerámica guanche contenida, junto a los tamarcos y las pintaderas, porque vemos que allí vibra la vida, mientras que sobre los pómulos y las señales de tracoma solo se cierra un Niké aptera: la negra Moira.

Barro gris o rojizo, de paredes gruesas, de factura tosca, pero jamás sin decoración o significado. Los dibujos de esta cerámica coinciden con los de las pintaderas contenidas en la sala Navarro, donde reza el catálogo "1.387 objetos de Etnografía canaria". Todo lo que se haga sobre la arqueología sin amor es en vano. Vaso esférico sin asas procedente de Huesas, Tañra. Vasos de Gáldar. Vasos de barro rojizo de Agüimes; vasos ovoides, ollas pequeñas, cazuelas, cuencos... ¿Para cuándo dejar los nombres guanches? ¿Cuándo hemos de recordar que somos helenos vestidos de americana? ¿Por qué no pithos, hidras, crateras, arbalos o fiales? Solo sé que en esto como en toda la filología se pone un especial cuidado en dejar aparte la verdad. Y la verdad es una realidad africana y protosemítica indudable. Nadie se ha cuidado de comparar estos dibujos con los que he visto en las vasijas protoelamitas de Susa que hay en el Museo del Louvre. Ni con esta cerámica sinocer que traje de la cabila de Beni Urriaguel, donde se suceden los ondulados, los triángulos, las triples rayas en zigzag, con

el dibujo negro sobre el fondo crema. Esos cuadrículados, rayados y redondeles concéntricos se encuentran lo mismo en las pintaderas, que en esta cerámica moderna bereber, que en el estilo geométrico del Dypilon. Todo debió tener una significación Pictográfica indudable, pues el hombre no hace nada por nada. No falta sino averiguar el motivo. Hizo las pintaderas y la cerámica con análogo dibujo porque análogas cosas quiso expresar. Analogía que a veces correría por el cauce de la fonética y otras por el del significado. Hoy difícilmente podemos pensar en lo que los guanches pretendieron decirnos --no solo decir a sus contemporáneos-- con los dibujos de las pintaderas. Lo que es indudable es que esto no lo averiguaremos por medio de las pintaderas aztecas que nos ponen al lado para comparar, como tampoco sacaremos demasiado brillantes consecuencias comparando el idioma guanche con el latín o el griego.

Pero los signos sumerios antiguos, los signos protoindios de Mojenjo Daro y los caracteres de la escritura protochina son muchas veces casi idénticos a los dibujos de las pintaderas en el Museo Canario. Esto ya representa una línea de conducta uniforme de acuerdo con la lógica. Pero ¿cómo asegurar nada si no sabemos qué sentido daban los guanches a los dibujos de las pintaderas? Solo hay uno que se nos presenta de manera indudable: el triángulo, triangulado en su interior, con el círculo arriba, también con otros círculos interiores. Permanece la tradición de que este era el signo con que los guanches expresaban a su país. El círculo es siempre en estas escrituras jeroglíficas algo muy poderoso, unido, la ciudad; los tres triángulos son para los sumerios y protoindios el signo de las "tierras", análogo a otro de las "montañas" en protoindio y protochino...

O callar o hablar de Dios. O pensar que estas cosas son así o to marlo como un amigo mío que me decía:

—Pero hombre ¡parece mentira que unas personas tan serias se entretengan en juntar piedrecitas y cacharros deportillados!





## LOS BARRIOS DE CRISTAL

### VEGUETA



VEGUETA se arraiza en el alma más que ningún otro barrio de nuestra ciudad. Vegueta es el sagrario de Las Palmas. Cuando estamos en Vegueta entonces, la esencia de lo isleño se nos revela con más bríos. Allí hay algo de común con las calles de Telde, con la Orotava y el Puerto de la Cruz y La Laguna, y con los Llanos de Aridane en la Isla de San Miguel. Es ese ambiente, que aun

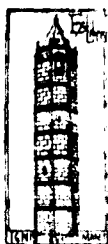
no he podido precisar, que algunas veces he querido sorprender en ciudades del norte de España, o de Andalucía con blancas casas y torres amarillas. Quizás tenga algo de los dos extremos, y otro poco de las ciudades coloniales del Perú. Sólo sé que en la primera luz de su amanecer hay unos tintes grisáceos por la calle de San Marcos y otros rosa por la de Santa Bárbara y un tintinear alegre de esquilas de cabras blancas, donde hay adoquines irregulares con los restos del ganado mañanero, y tapias blancas con hermosas buganvillas como antes, en la esquina de Santa Bárbara y San Ildefonso, aquellas tapias amarillas llenas de enredaderas —;oh las enredaderas de Vegueta!-- que al desaparecer sparcieron por gritas y enormes cantos rodados, las ratas blancas cuya sola vist provoca el recuerdo de viejas canciones alemanas, flautas encantadas tocadas por rubios trovadores.

Vegueta conserva su ambiente a pesar de la marea que sube de Triana. Desde una azotea de Vegueta presencié como encallaba el "Zuleica" todavía nuevo, con su mole inmensa de trasatlántico varado, junto a aquél mercado viejo que no conocía las pulcritudes del nuevo. Entonces en los patios todo eran orotos de mil colores y tonalidades, azules, morados, púrpuras, ambarinos y sienas, de hojas casi filiformes verdes venecianos, amarillos, ocres pálidos, verdes franceses y verde y otras anchas, anchas... Todo aquello desapareció llevado por el torbellino del tiempo, pero el recuerdo de las fechas más grandes del año están unidas perennemente a Vegueta. En Vegueta, San Pedro Mártir, con el temblor morado del pendón castellano, hermano de aquellos otros de La Laguna y Santa Cruz de La Palma, llenos de viejos puntillos de honor rituarios y marciales. En Vegueta, el Corpus, con su larga teoría de palmas, álamos y alfombras de flores y la lluvia de los pétalos cuando pasaba el Santísimo Sacramento, precedido por los niños de plumas blancas en el sombrero. En Vegueta, la Semana Santa con su Señor de la Cruz a Cuestas. Y Vegueta más íntima, aún, en el día de San Antonio o en la Pascua de Navidad.

Vegueta está vacía para el que no haya ido a misa de difuntos a San Agustín o a Santo Domingo; para quien no haya recorrido las estaciones de San Antonio Abad al hospital de San Martín; no haya subido la cuesta de San Juan y haya visto las casonas carcomidas por el tiempo y las aguas de muchos años; para quien no guste de los patios de la Catedral y de la Audiencia y no haya sentido cómo se ahuecan los pasos ante los portales y zaguanes de las casas; para quien no haya tenido muchos años, ante la vista, algún viejo cuadro de los que con-

tenía el antiguo convento donde hoy está el Museo Canario; para quien no ame la perspectiva del Espíritu Santo y pasar por la estrecha calle y asomar a los jardines de traspalacio y subir a los salones de la Casa Regental y no vea en el brillo rojo de los peces del estanque de cada patio antiguo, con papiros en el centro, el reflejo de algo fugaz y eterno que pasa silencioso bajo los antiguos sillares del barrio.

## TRIANA



**TRIANA** no es el barrio nuevo que alguien pudiera imaginarse al oír las campanas de Vegueta, que tocan bajo un fanal de siglos. Triana es tan antigua como aquella casa de la calle del Cano, casi frente por frente a la salida de Villaviciencio, albeada de blanco, más hundida que el nivel de las aceras, con la llave sinóptica del isabelino-gótico caído campeando sobre la vieja puerta pintada de

verde. En ella es mayor la vegetación que los muros, más lo que ha puesto la botánica que la mampostería. En aquella azotea, cercana a la calle, crecían lo mismo las cañas de azúcar que los gladiolos y los malvaviscos, y había una glorieta pintada de verde como si estuviese en un enarenado jardín.

Hay después como una graduación ascendente en que el recuerdo se eleva de estas bajas azoteas, a las más altas, a aquellas en que Las Palmas aparece como en una de esas ciudades andaluzas, moras, americanas o de los dominios del Nizan de Hayderabad. En la visión de ellas se engendró el cubismo y las tonalidades y los matices de lo blanco tienen toda su gama prendida en cada muro y de cada malecón de altura. Porque nos hallamos ahora en un mar de deslumbrantes y cegadoras olas, de las cuales sobresalen solo, muy negras, las torres de la catedral, mástiles de un barco naufragado, con palomas y nubes por velas desprendidas...

Es un mar de sargazos inmensos, en que se pierde todo rumbo, pues para hacer la diaria singladura en él no sirve la brújula, ni el conocer la declinación y el cuaderno de bitácora es inútil, y ha de morir aplastado en el asfalto. Flotan las copas de los laureles de la India; los gallineros de maderas grises, los palomares de palomas blancas, los crotos de moradas hojas, los helechos y los cierros de cristal. Peces que navegan por el fondo parecen, en las calles, lo mismo un Regimiento en marcha, que un entierro, lento y pausado, con la Cruz alzada, que atravesase la ciudad. Y en el interior de las madreporicas formaciones se ve la vida de las gambas-mujeres y de las femeninas quaquillas y dos niños jugando con un gato marino.

Esta fué quizás la "región cinamomífera" de la antigua ciudad y por ello los conquistadores se instalaron en las Veguetas. Este terreno de aluvión debió de parecerles tremendamente inhóspito a los primeros pobladores, tal como los ojos de nuestras generaciones con recuerdos no muy lejanos, aparecían los campos de fuera de la portada. En la plaza de San Bernardo no aparece dibujada más casa, en los planos de

Las Palmas de fines del siglo pasado, que la de los Lezoano, rodeada de fincas, tal como lo está hoy todavía por detrás. Es como, en la Castellana, la casa de don Pedro del Castillo con su tipo campestre, la única que queda ya de cuando el barrio de Salamanca era un monte y por abajo discurrían las aguas. En Madrid se habla de vez en vez de las aguas gordas y nosotros, en Las Palmas, no tenemos más remedio que hablar de cuando las alcantarillas son insuficientes porque las aguas de los riscos se precipitan en catarata e inundan todo el barrio de Triana, o de cuando el barranquillo de Mata recobra sus perdidos derechos.

Pero el recuerdo siempre más fijo para mí de Triana se concentra en una vieja tabla pintada, tal como la pudieron pintar los primitivos flamencos de haberlo hecho en las tierras del mediodía. Representa la iglesia de San Telmo, enalada de amarillo ocre, con las tejas rojas, el campanario, gris, las puertas de la casa sacristana en verde, las palmeras y los árboles del parque en otras tonalidades de este color, el mar muy cercano, —detrás de la Iglesia están todavía los sillares de los rompientes— y muy azul. En ella se concentran todos los recuerdos más tempranos, toda la vida familiar hasta que tuve los once o doce años. Unas cartas de baraja —con sus oros brillantes y las copas relucientes rojas y las espadas azules como el color de los ojos de las sotas— y la Iglesia de San Telmo tras los cristales. Lo mismo nuestro árbol de Noel sin nieve, y una banda de música completa. También estaba detrás la Iglesia cuando abrimos los balcones por Semana Santa en un día de Ramos luminoso y el Señor aparecía humilde en su burreta gris, impartiendo las bendiciones a su entrada en Jerusalén y el pueblo desfilando con sus palmitos amarillos y tiernos, arrancados a las altas palmeras del Llano de las Brujas o de los mismos parques de Las Palmas. Asimismo está San Telmo presente en los días en que el bullicio del Carnaval llenaba de carrozas y dejaba a la Iglesia un poco olvidada. Algo así como si una nube de paganas serpentina ocultasen la ermita de los navegantes y de los carpinteros de ribera, que aquí mismo trabajaban su arte de preciosas carenas. Después el sumidero negro de la noche se tragaba todo hasta que llegaba la misa de madrugada con la equila llamando desde la espadaña gris. Solo se anunciaba la proximidad del nuevo día en el empalidecer paulatino de las estrellas. Dentro, las luces de los cirios; un ensueño despierto, con picor en los ojos.

Después Triana daba la fuerza de la tralla en los lomos de los carros de seis mulas que transportaban sacos a los almacenes y en el renqueo del tranvía amarillo, que al pasar llevaba dentro la ilusión de ir al Puerto a ver los barcos que habían anclado aquella mañana. Las tamaras y los higuillos de las ficaceas gigantes habían caído al suelo durante la noche y dejaban en las baldosas una mancha oscura.

Pero también tiene Triana, en su aparente alegría bursátil, su tradición de cuento de Edgar Poe, en el cadáver de un inglés que fué asesinado, descuartizado y luego oculto en la alcantarilla de la calle Buenos Aires.

La Calle Mayor de Triana presenciaba antes la Fiesta de la Cañumba, o de San Telmo, en el Parque, con un barco de fuegos bombardeando un castillo de pirotecnia. Hoy se mezclan las postales de cuando vino el Rey con los sustos y cañones del 18 de Julio por que todo pasa y nada queda sobre las piedras en el vertiginoso girar de los días.

## SAN ROQUE



EL día de San Roque navega el barrio de maravilla, coral y canto, entre las alas rotas del verde platanal, con puente de cales blancas, velamen arriado, a la luz de las antorchas y de la luna; la brújula sobre una rosa de Turbulus señalaba el rumbo y en el cuaderno anotaba el sacristán: "Con las salvas de ordenanza arribó al atrio la imagen del santo; plataneras al sereno, luna en oreiente,

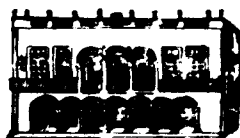
te, tabernas encendidas, señalando el contorno de la costanera hilada de casas risueñas; rumor de aire en los jardines; a dieciséis de agosto del año del Señor de mil novecientos cuarenta y ocho...".

La tarde se había quedado quieta en las márgenes del barranco, —con su corpórea riqueza de cantos rodados y su mendicante incorporeidad de aguas cristalinas—. ¡Oh, multiformes insectos del valle perdido y seco, de las lamias de mandíbulas poderosas y de los hormigueros negros! De pronto estalló el júbilo de los cohetes sobre la elegancia de estampa japonesa, de las araucarias. La seda azul oscura del cielo se rasgó por mil puntos como un picado traje de baile que llevara años en el cajón de caoba de la abuelita. El contacto del fuego la quemó en honor de San Roque. El pavo real de la fiesta, subido al risco, hacía la rosca a la luna. Los perros ladraron por las laderas despertando ecos que comenzaban a adormilarse en los cercados.

San Roque, desde la vuelta del "Árbol bonito", o desde donde antes las lavanderas—con media pierna en el agua de la acequia—sacudían el albayalde de los trapos a golpes de jabón azul, se comprende de una sola mirada. Es algo así como un mundo vecino y distinto que está a nuestro alcance y, sin embargo, no se nos entrega, a' que no logramos tocar; que está bajo un fanal que le han puesto los cielos o rodeado de abismos cercanos. Es como un paisaje entrevisto en sueños que jamás podemos aprehender; irrealidad de estampa multicolor moviéndose a la luz artificial, con los acordes de la charanga saliéndole por los cuatro costados. De noche, la montaña, el risco, el acantilado de San Roque semeja un gigante edificio horadado por las mil luces de un interior de fragua. Es el palacio de los gnomos que tallan los diamantes de culo de botella. Corren ríos de ron por las venas, por las galerías de esta mina abierta. Sosa, Robaina, Panchito el de Juanita la turrонера, Chano el hijo del tartanero, pinchan las carajacas —carbunclos comestibles— en cada tabuco encendido, mientras guifa el viento las bombillas de colores y el techo de la tasca no tiene los matamoscas de costumbre, sino floripondios de papel verde y banderitas de naciones que el vigía nunca ha visto enfocar la bocana ni en días de mucho tonelaje.

Viniendo de los Andenes por el risco de San Roque, Las Palmas tiene una visión inédita de lanzas de piedra negra; hay una realidad en la superposición de planos (parece como si Picasso hubiese conocido Las Palmas desde San Roque). Hay una visión de cosas nuevas que pone cabras ordeñándose en cada esquina quejumbrosa del barrio.

## LA CIUDAD INTERMEDIA



LAS cosas y los barrios toman el carácter palpable y unitario, de algo que no acertamos a explicar, después de dos o tres mil años que el hombre lleva pensando sobre el sentido que tiene nuestro mundo circundante. Toman cuerpo y espíritu cuando llegan a constituir unidades dotadas de vida propia fuera de nuestro ambiente, es decir, cuando llegan a ser seres que no tienen por qué estar

circundándonos para que existan. Esto le pasa al torneado salomónico de una cama de damasco rojo y le pasa al Barrio de San Nicolás. Con su cuesta empinada, su rincón de fuente, su fondo de plataneras sobre la masa urbana, un oasis de campesino estar. Los muros a la puerta de la iglesia, las calles llamándose todavía del Girasol y Real del Castillo, la virgen pequeña perdiéndose, azul, entre enormes azucenas; San Nicolás presidiéndolo todo con su mitra sobredorada en la morena cabeza y el artesonado del oscuro techo. Pero las cosas y los barrios no son sólo por su existencia, sino por el lugar que ocupan en el espacio, en el itinerario de una ciudad o de una vida y por lo que en ellos o de ellos se ve. Bajo el techo de damasco, blancas vírgenes dormidas o el cuerpo de San Juan descabezado. Bajo el muro de San Nicolás las fincas cercanas con plataneras, el barranco, las buganvillas, la perspectiva de Pambaso donde murió Botafuego, los Jardines de la orilla frontera, las fincas sobre los enormes muros grises de la carretera del centro, el risco de San Juan, con sus cañones enristrados y su desnuda geología cárdena contrastando con el cielo azul purísimo. Subiendo la empinada cuesta de la Real calle del Castillo de Mata las casitas en escalón por un lado, de donde salen voces de chiquillos y mujeres, olor a sucio y a pan recién hecho, a tiendas de ultramarinos; de donde salen ladridos de perros; frente a las que se paran las cabras con la ubre repleta para dejar el fulgor alabástrino de la leche en los cacharros. Del otro costado el muro que se va haciendo más alto, sobre las palmeras, sobre San Roque, sobre los escalones de las fincas, hasta llegar arriba al páramo que vemos con los ojos todavía niños de la mañana, pero que de noche y en la oscuridad debe de parecer una gran lenteja negra flotando sobre la ciudad iluminada. Arriba está el castillo con sus muros negros, con su foso verde, y las baterías en la orla del risco dando sobre las azoteas de las casas. Arriba está el diorama de la ciudad extendido bajo el cristal de la atmósfera. Sobre de la paramera no hay nada, pues hasta los aviones vuelan bajo en la ciudad o sobre el mar. Desde ella, desde San Nicolás, San Francisco, San Bernardo, contemplamos el mágico conjunto de la ciudad en miniatura, las voces de los claxons que bajan del Monte, que circulan por Bravo Murillo o que entran por la carretera del Norte. Desde el risco todo es pequeño y abarcamos de una sola vista donde dormimos, donde estamos, donde estaremos al mediodía y donde reposaremos eternamente allá junto al mar y a los cercados. Es una visión única y sonora la que se nos da de la vida y de nuestra ciudad desde arriba. Es la visión de Las Palmas por un Diablo Cojuelo que tuviese la facultad de levantar los techos de las calles, que brillan abajo con su trazo negro, cuadrículando el mar de casas rosadas, amarillas, con los oasis verdes de las márgenes del barranco, de la Plazuela, de la Alameda, de la Plaza de San Bernardo, del jardín de don Domingo Rodríguez, del Par-

que de San Telmo, con la mole del Hotel Parque, del Frontón, del canco de España, de alguna casa extraña, del cajón del Cabildo, del neoclásico, burdo, plétórico y negro de la Catedral, de las torres del Seminario, de la Audiencia o de San Agustín. Lejanos quedan los amarillos oro de las Alcaravaneras y los grises de los muelles del puerto y los morados de la isleta, los barcos que entran o salen de la bahía. Y lejano o cercano pero siempre presente, el mar con sus mil tonalidades verdes, azules y violetas y un barco de vela negro que la otra mañana destacaba sobre el plata del reflejo solar.

*«Fue el angel que anunció a María»*



LA ciudad intermedia se desarrolló por yuxtaposición del impulso que venía de lejos sobre la fuerza que expandía a la ciudad fuera de sus murallas y sus cercados de millo. Cuando una ciudad medieval caía las conveniencias sociales, sus antiguas almenas tiemblan y se derrumban y sobre los cuatro puntos cardinales se comienzan a formar pequeños núcleos, barrios nuevos de la ciudad vieja. Aquí fue una fuerte vorágine la que arrastró a la ciudad sobre las arenas calientes. Antes solo había salido para ir a saborear el riquísimo caldo de mariscos que preparaba, allá por las Canteras, una tal señora Mariquita. Después vino un Ángel con levita y chistera a anunciar que la hora era llegada. Y más tarde, hasta nuestros días, todo se sucedió por pequeñas y grandes anécdotas como esta de "la desaparición de la casa verde".

Había junto al mar una casa de madera pintada de verde. Sus ventanas de cristales sucios, miraban a los odiosos paseantes como miran los ojos huidizos de los perros aporreados. Dentro prentíamos pasillos oscuros con muebles desvencijados, de mimbres amarillos y cojines con pulgas. La poterna que servaba el breve foso del jardín hundido le daba un aspecto inusitado de castillo... de proa. Se la llevó el avance de la ciudad, relleno de estopa, raganate, oficial. Aquella casa fue en su día nada menos que laboratorio xenográfico y el espectro de algún príncipe de Mónaco debía de vagar por sus alrededores de noche. Siempre nos la imaginamos llena de corrajes en los sótanos medio invadidos por las mareas y las algas, las ánforas carcomidas por el ferruje, con un gran ventanal submarino ante el cual se moverían los marrajos-demonios en un infierno submarino; los chuchos de cola de escorpión rabioso y otros mil peces golosos, de las cercanas cloacas, se moverían con esa lentitud submarina allá abajo, mientras el sol traspasa la tranquila superficie. Bajo el techo embreado tenía aquella casa estantes blancos donde yacían trozos partidos de coral, conchas de moluscos imposibles, caparazones de mil diversos cangrejos y restos yodados de algas secas. Alguna vez el alma en pena de un marino se detendría en el pasillo de los malacostraceos en forma de señora gorda con sotobarba que por las mañanas sacudía una alfombra adornada y vieja sobre el balustre que daba a los barcos del amanecer.

Pero esta era solo una nota en la historia lírica en la ciudad encantada, en la ciudad intermedia. Y la vida se compone de un mar de

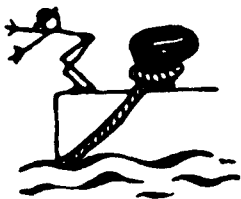
Victorias. Cabelleras rubias sueltas al viento del whisky; venta del hermoso convento de los aristocráticos "Sagrados Corazones", terebintos y aligustres de la "Fundación Alejandro Hidalgo", viejo lirismo carcomido de madera del antiguo "Hotel Santa Catalina" —noches de guardia en el Hotel cuando el puerto embarcaba acorazados alemanes y el cielo se fumaba el enorme puro del "Conde Zeppelin". Y sobre todo se hace realidad muy presente aún, toda la vida que giró en torno al cerrado Hotel Metropol, castillo rojo de ventanas estrechas, cabeza de puente de Europa Blonda sobre una costa con nombres de Santos... Más allá solo las arenas huídas, muertas y aprisionadas hoy por la energía del asfalto nuevo que va penetrándolas, hiriéndolas, por los cuatro puntos cardinales. Hay dunas en Sardina del Norte, en Maspalomas y en Gando... pero ningunas como estas sobre las cuales marcharon los primeros "castillas", materia prima de la moderna construcción de chalets en las mismas Alcaravanas ya ¡ay! sin alcaravanes pardos. Son aquellas mismas que produjeron el llanto de Lini Gullfarson cuando llegó a Las Palmas. Y las que soportaron un día las jaimas del desierto cercano. Ahora se retiran definitivamente. Este es el Rocrol de las arenas y ellas forman el último cuadro de sus montañas calientes en un extremo del "barrio intermedio". Sedosas, azucaradas de mica y cuarzo son ahora la última columna de fuego marino que atraviesa corriendo las calles. Las mujerucas que aún puedan transitar por allí, los perros vagabundos, los cascotes de ladrillos despedazados tienen ahora su última ocasión. Todos presentimos un temblor de piezas metálicas y que las calles ahora despejadas se convierten en los surcos que gusta de vivir el hombre.







## EL PUERTO CUANDO ERA YO

*El Puerto*

TIENDAS con papagayos y periquitos de irisados colores —el amarillo y el gris tejen su sonatina de contrapuntos—; camiones grandes sobre el suelo único del asfalto —como el del poema de Basterra— transportando himalayitas de hielo pulverizado; otros cargados de cadáveres marinos, atunes negros con el lomo erizado por las puntas de azagayas amarillas; banderas saludando, con toda su policromía, al Noroeste —la española, sangre y oro toreros; la inglesa como una hermosa marca de fábrica; la sueca pálida y elegante, con aire de dama de los hielos lacustres; la holandesa con nostalgia de Curaçao bajo el botalón; la portuguesa sobre viejos barcos de las orillas del Lamego; la italiana siempre con aire de “bersaglieri” emigrante...—; las grúas pequeñas y grandes luciendo su telaraña y sus patas de mosca vueltas al cielo; la aglomeración junto al Mercado por donde pasa la harina de la Argentina, el cacao de Guinea, los paños de Tarrasa y los pañuelos estampados multicolores.

—A mi niña le llevo un pañuelo “pa” que lo luzca en la fiesta de Santiago.

Y allí, junto a la cesta con calabacines, el carro que se atasca entre la gente, el trato de una barca, el olor a salitre y a brea y, cuando es época, los guayabos de los huertos del Sur y los aguacates de la finca del Conde, hermanados con la mantecilla de Dinamarca, de Australia o de Nueva Zelanda, el melón en compota de Zuidafrica, los quesos holandeses o los mecheros en caceres fríos llegados de Tánger; allí, donde no falta el hombre desharrapado que cruza la calzada con una montaña de calas limpias como cálices de plata y oro; la chiquillería del puerto con el rostro vivo de la Manigua; el descoco de los cabarets mostrando todas sus lacras a la luz del día; las “guaguas” que van a partir; las “colas” de la carga blanca; el coche de los turistas de un “Andes” que está en el puerto anclado, o los negros llegados en el “Apapa” con aire de nuevos señores y telas anaranjadas; la figura de una extranjera con los pantalones y el jersey rojo y una chaqueta azul; la fealdad de las tapias, de los depósitos de la Shell o de la Texaco, el “haiga” recién llegado de Puerto Rico con una antena tan alta como una torre.

—Naranjas de Valsequillote, señora.

—A mi deme usted un kilo.

—“Uan peni, uan peni”.

Y noruegos que piden alcohol; italianos que aprenden español en las dos horas de estancia del “paquete” entrante, ingleses que van camino de la Catedral o de Santa Brígida, —los “juanitos”, los “chonis” rubicundos y dorados de siempre y todas las latitudes del planeta—. Este es el Puerto, policromo y sonoro, como la estampa de un puerto español mezclado a otro donde las casas inglesas tuviesen depósitos de

carbón y las americanas de gasolina, con la bandera griega del Mediterráneo y otras salidas del mismo golfo de Botnia llevando la cruz azul; con sus rollos de cordajes --donde falta el marino de sotabarba-- a la puerta de los almacenes de Efectos Navales, al lado el Club de los British Sailors y del Hospital para marinos ingleses, cerca de algún casco de barco puesto a secar al sol, y en la ribera donde los carpinteros trabajan todavía en la arquitectura de sus barcos de madera. No faltan los balcones de tea canaria voladizos sobre la marea, ni las iglesias y las farmacias, ni el paso marcial de las tropas, ni grandes almacenes donde se acumulan los guanos y las maderas ligeras donde los hermosos frutos pasan envueltos a Liverpool o Barcelona. Y todo, todo esto, volcado o reflejándose en las aguas negras, amarillas, ocre, azules o verdes de la bahía y de las dársenas interiores donde flotan montones de paja, flores deshojadas, polvo de carbón, grasas de todas las procedencias; donde las gaviotas se persiguen chillando por los despojos de la cocina del barco anclado la noche anterior, sus cáscaras de naranjas, sus telas de cebolla... y a las que el atardecer atrapa peleando por el último rayo de luz amarilla que se refleja en la espuma de una estela.

### Los navios

Tienen mis islas, en el sur, navios de todas las estampas: "barcos anclados, brillando entre las ondas muertas de la bahía", "un bric-barca blanco, fletado en Singapooore", o "la blanca arboladura de un bergantín latino"...

Con la bordada lenta enflaba el breve muelle, --aquella mañana de sol que ponía rojos los pinares, resplandor en los cristales y rachas verdes y azules en el mar--, un hermoso velero de tres palos. Iba a ser bautizado en el puerto, --orgullo de los armadores, gloria de la empresa comercial que ya extendía su pujanza sobre los Estados de la Unión y las lejanas colonias. Todo era bello en aque' caballo del mar desenrendido del carro de Neptuno. Los belfos espumosos vomitaban en aquel momento el resoplar potente de una gruesa cadena de hierro, de la cual pendía el ancla negra, para hundirse en breve tiempo, en el agua, al socaire del malecón.

El navio llvaba, como mascarón de proa, una hermosa sirena, y estaba destinado a la ruta de América. Quizás de Las Palmas, de Santa Cruz de Tenerife y de Santa Cruz de La Palma hiciera el viaje, en breve, a La Guaira o Puerto Cabello o La Habana. Sus velas se arriaban y recogían en perfecto orden y el baldeo de la cubierta había puesto un reciente frescor en el limpio maderámen. No tenían aquellos barcos de entonces la suciedad de los nuestros, rociados de carbonillas tenían quillas como pechugas de gaviotas. Eran símbolos de una empresa en que llegaban a las islas la canela y el gengibre al lado del extracto de "hamamelis", o un piano de cola fabricado en Baltimore, llevando en su esqueleto algo de monstruo marino diseado. En los repetos solitados lo mismo venían las telas embarcadas en Liverpool que la multicolor algarabía de los papagayos y las cacatúas de Santos o Pernambuco.

Desde el salón, donde en Navidades aparecía colgado de juguetes

el árbol de Noel cubiertas las paredes de tapices de samy contemplaban las nuevas generaciones los bisabuelos. Ellos tenían una tonalidad de gris parisien en el óleo que se iba oscureciendo; el con una solemne barba negra y cuadrada; ella casi vestida a la moda de hoy. No sé cuándo ni sé cómo se terminó todo aquello.

Lo cierto es que los navíos dejaron de navegar un día. Las recias arboladuras se fueron enmoheciendo con el tiempo que pasaban en los almacenes. Ya hacía mucho tiempo que habían descargado su último matalotaje de fardos pesados en los muelles polvorientos. Carcomidas las carenas, los pólipos y las cloacas se apoderaban de los venerables restos olvidados en las dársenas. También se enmoheció el pensamiento de los descendientes de aquella generación que vió brillar siempre el oro de las peluconas y de la caballería de San Jorge, o de la Gran República del Norte, en sus manos sarmentosas de Abraham Lincoln, con patillas también a lo Abraham Lincoln. Todavía alcancé a ver a don Evaristo, de patillas de esta clase, marino de guerra de alta graduación, y sólo vi brillar cajones con plata.

La historia de los navíos es triste. Aquellas viejas fragatas lucían

"bajo el botafón, enristrando la proa  
policromado en roble un caballo marino"

O también

"un fanal primoroso con una imagen linda"

Sería necesario ser un Agustín o un Zunzunegui para seguir el girar de las horas a través de los años, con la historia comercial de Canarias y con el "Canarias mata" —"última neçat"— sentir algo así como cuando se pronuncia el "esta es Castilla, ella hace los hombres y ella los gasta". Así fué Canarias: ella hizo las fortunas en la encrucijada y ella las gastó y las dividió para de ellas extraer la esencia de otras nuevas, nuevas empresas que ya no tienen perfume ni supieron jamás lo que es el oro, ni los arcones de caoba con herrajes negros. Cabalgan en competencia y por ello tienen hoy nuestras ciudades nuevos ritmos de ciudades Italianas del Renacimiento en las que parece van a surgir las banderías de los Orsini, Visconti, Médicis y Borgias y las de aquellos fabulosos Montescos y Capuletos, quizás por más fantásticos más reales::

"La mariposa de los sueños sube con su carroza argentina por la nariz de un bachiller y el cosquilleo de sus diminutas patitas llega al cerebro para agrandar la ambición aún tierna como la yema verde de una semilla: Licenciado, Ilustrísimo Señor Doctor, Rector de la Universidad de San Fernando. Cosquillea en el brazo de un grumete dormido en su homaca, y trasladada al dormido grumete a la escalerilla mientras suenan los toques de ordenanza anunciando que el Almirante sube al barco insignia bajo banderas desplegadas..". Así fuerón los sueños de ambición desde que el último bergantín, "velivelo y sonoro" se perdió en Occidente, en el mar de sangre del atardecer.

### *Despedidas en el Puerto*

El azur de la orla es la única concesión que la heráldica de la Ciudad hace a su situación marítima. Pero la verdad es que todos --aún aquellos que de pequeños alcanzamos a conocer el sentido peyo-

rativo con que se pronunciaba la frase "fuera de la Portada"--, todos, adoramos a nuestro Puerto --que aún, --mucho más-- nos parecemos por ser, --cualquier día del año--, viajeros de maleta y rumbo subiendo las escalerillas y haciendo resonar las castañuelas que parece que tienen ocultas. No se qué secreto placer tendrá el acercarnos al camarero de guayabera y botones dorados y decirle:

--Por favor: el camarote letra K litera 203.

Pero lo cierto es que a todos nos gusta y ha gustado. La prueba está en esos Souvenir de Paris que hay en toda casa de Las Palmas, en esos retratos de moros en la Alhambra, en esas "fotos" en el Zoo de Burgo o atravesando la Mer de Glace y en esas colecciones de "cartolinas" postales que comprende a todas las ciudades de Italia, o en las "fotos" colectivas, recuerdo de las peregrinaciones a Roma o a Tierra Santa.

Hay noches en que la luna derrama su crema sobre las altas arboladuras y el mar se enoja con la pedrería falsa de su rielar. Rasgando el satén del agua, he salido muchas veces para Tenerife sin que corriese el más ligero soplo de brisa, contemplando, desde la pequeña cubierta del correillo, el arco que describía en el cielo el astro muerto. Entonces, con esa luz brillante, las de la ciudad y el Puerto son puntitos amarillos. Pero si los contemplamos en las que la luna está oculta por los nubarrones que ha acumulado el Nordeste, adquiere todo el aspecto de una gran verbena marítima de gala, con los rosarios de luces de los muelles, con las panzas iluminadas de los trasatlánticos, las casas de la ribera, las fogatas destimbradoras de los talleres que dan al mar, donde los obreros del turno son como vulcanos marítimos. *Lucen hasta los farolillos de los veleros de pesca atados a un palo, esparciendo su escasa luz de suburbio sobre la cubierta donde no hay más que la sombra de un marino fumando y la que proyectan algunos bultos inciertos.* Las noches de despedida son alegres a bordo. Suben los viajeros confundidos con los que se van a quedar y todos tienen el deseo vanidoso de ser tomados por pasajeros. Es el único lugar donde el irse se convierte en un espectáculo digno que no tiene nada de esa despedida de carbonilla de las estaciones, ni tampoco de esa brevedad de la partida por los aires. En las despedidas marítimas hay calma para comprar dentro del barco una caja de bombones. Bajo las luces intensas del vestíbulo es donde más brillan los ramos de gladiolos, envueltos en papel celofán, con toda su pompa.

--Adiós, doña Isabel, ya sabe usted dónde nos deja. Y no se olvide de telegrafiar al llegar a Barcelona.

--A ver cuándo la vemos por allá, doña Juana.

Doña Juana hace un gesto vago, como de disimulo, "que eso, ni qué decir tiene" o cosa por el estilo, y la conversación languidece como en todas las despedidas. Recorrido el barco de punta a punta, tomada una cerveza en el bar, habiéndonos sentado en los sillones de proa y en los de la cubierta de botes, tropezamos con un amigo.

--Caramba, hombre, ¿te marchas también, Lolo?

--No, no. A mí no me gusta viajar si no es con mucho dinero. Veremos más adelante.

Con la preguntita al amigo quedamos bien y no nos comprometemos a nada.

Las últimas desgarradas agnias de una sirna --esa que oímos algunas veces desde la lejanía del Monte que nos hace arrojarnos confortablemente-- hace que todo se descubra. Los que se quedan bajan mohinos la cabeza y vuelven a afincarse sobre los muelles de piedra.

Pero no siempre terminan así las despedidas. A veces ha ocurrido que los últimos compases de un vals en que bailaban viajeros y amigos

se dieron sobre las primeras olas de la bocaina. Y al contrario, sé de muchos viajeros que tuvieron que subir por la escala del práctico a bordo, mientras la estela del buque ya se pronunciaba con rumor de hélices. Nada de hélices rotas o de hélices nuevas, a que tan aficionados han sido los poetas de nuestra época.

Después, todo va quedando en calma. Los pañuelos duran poco en las manos porque a varias brazas ya no se ven. Los viajeros están como en una vitrina iluminada, pero los que quedan se sumen cada vez más en una oscuridad difuminada que se pierde entre ceretos y huacales poco a poco.

Entonces, ya alcanzando la madrugada, cuando terminan las despedidas, es cuando comienza el sueño del Puerto y cuando deja que se hundan, relajados, los brazos de sus muelles. Por eso, a la mañana siguiente, están llenos de salitre.

### La Isleta



ESTA mañana una mariposa amarilla, ceñía el aire cernido de la Isleta. La Isleta es un mundo aparte, fuera de la Isla y sin embargo unido a ella por una evidente razón filial. En contra de lo que ocurre con los mamíferos estas especies de ballenas geológicas que son las islas tienen un cordón de vida al que la edad presta más consistencia. Así ocurre con el istmo de Guanarteme. Una vez pasada la estrechez de las Canteras, su concha de matiz femenino, se adentra en el mar la rocosa punta del Confital y, al norte de ella, el gran bajón costero de las salinas. A continuación solo rocas rojas o negras batidas furiosamente por el mar que rematan en el Morro de la Vieja con el roncador bajo del Becerro. El agua se agita en su torno cuando regresamos de tarde, buscando puerto, y más allá, sobre el bajo de la Vaca y las otras bajas situadas a una media milla de la costa bravia. En la costa oriental de la Isleta, bajo el Morro del Nido, está situada la baja del Palo o Roque y la playa del Cebadal, con el bajo de la Sillita y, a corta distancia, las bajas de las Tintorerías. Todos son producidos por el avance plutónico de las antiguas lavas sobre el mar hirviente, al contacto del fuego infernal de los volcanes.

En el interior, el terreno es quebrado, con una gran llanada central y tres lomas de escorias principales, la más baja la del este, con oquedades de lavas flúidas, con huecos gaseosos al descubierto. Esta parte tiene arcillas, arenas grises, rojas, pardas, entre incrustados de lavas; pero la parte oeste es totalmente volcánica, solo de basalto más antiguo, en lo bajo, y en lo alto conos de emisión modernos, perfectamente reconocibles, muelas carcomidas de cráteres apagados y extensas escoriales, rocas volcánicas cubiertas de musgos y líquenes, grises, rojos y naranjas, corrientes de malpais y piconeras. La emoción de ir por su camino con las bruscas escarpadas y la mar batiendo en su fondo, la vista de un suelo infernal, el paisaje de la isla nueva como en un diorama puesto enfrente, la visión multicolor y espejeante del puerto y la ciudad son cosas que se pegan al alma, como esta vegetación extraña y encantada que crece sobre el volcanismo de nuestro micro-

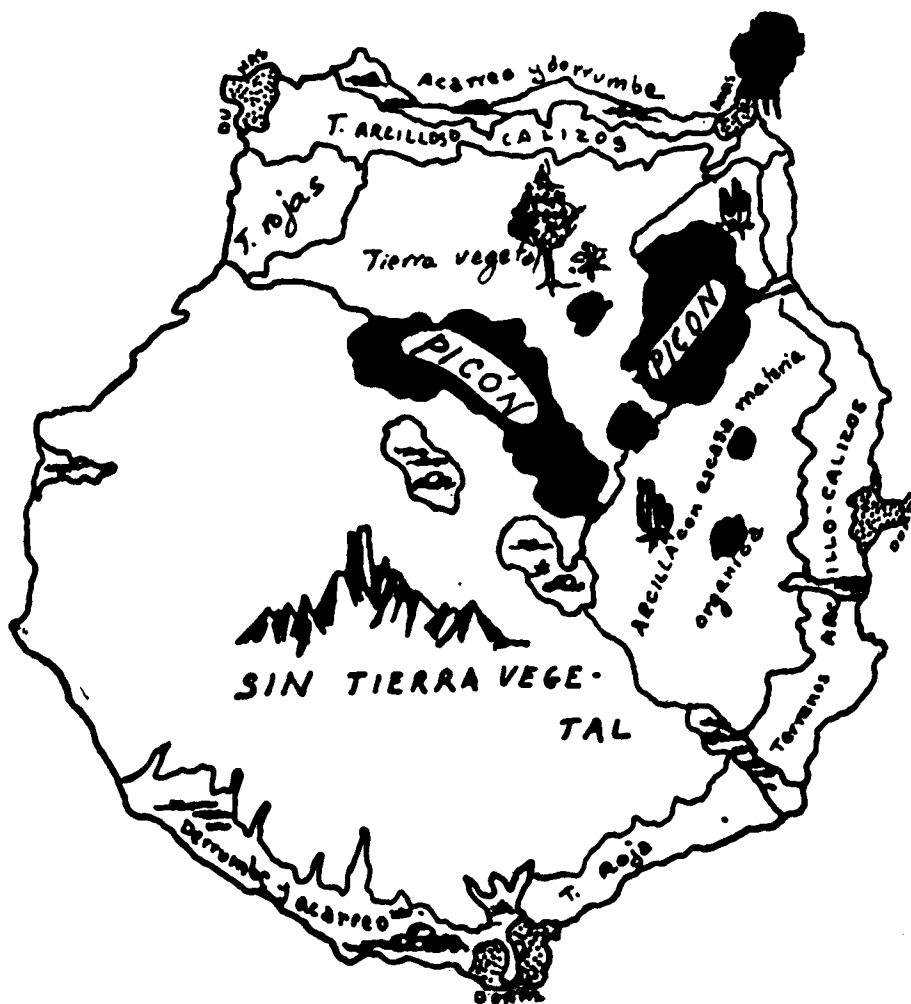
cosmos insular.

Entre todas destaca la escarchosa, *mesembryanthemum cristallinum*, ficoides africana o yerba florona, por lo extraño de su aspecto. Todo su cuerpo, especialmente el costado de sus hojas y tallos más unidos a tierra, está perfectamente cubierto de unas brillantes y graciosas pirámides cristalinas, berruguitas de agua transparente, que se deshacen en la mano. Sus tallos redondos y sus hojas rastreras y onduladas son totalmente carnosas, con un contacto casi animal, verde oscuras, con venas purpúreas, empedradas de gotitas gomosas de un pardo relumbrante como si fueran metálicas. De nuevos tuberculillos cristalinos nacen nuevas hojas y las flores brotan de los encuentros de hojas y tallos escarchados con cáliz de tres o cuatro escamitas rojas y muchos pétalos blancos delgaditos. Destaca por su belleza sobre otras plantas barrilleras que cubren grandes extensiones de terrenos secos no solo en la Isleta sino en todo el noroeste de Gran Canaria. El aspecto rojizo de sus manchones me hace pensar siempre en esa vegetación que se atribuye a Marte como explicación del tono con que se ven sus campos a través de los más gigantescos telescopios.

Los cardones pueblan sobre todo los ríos de malpais con sus candabros y velas, de cinco ángulos carnosos, erizados de púas hirientes, conteniendo la lechosa pulpa abundante y corrosiva, aquella que se usaba hace siglos para curar ganado y embarascar charcas donde los peces terminaban por flotar envenenados. A la escarchosa, la barrilla y los cardones acompañan multitud de hierbecillas de flores blancas, violetas diminutas o lechetreznas invisibles casi, orejadas de pequeñísimas hojas y los negros escarabajos; cernicalos y milanos a la caza de lagartos parientes de aquellos que quedaron incrustados entre las lavas de otras edades; y también gilbarveras lampiñas delgadas y flexibles y vinagreras aplastadas en matorrales.

Todo este mundo flota bajo la bruma, a la deriva, o brilla bajo el sol como el escudo de Hércules cuando el padre Helios se digna concederle una mirada, al borde mismo de la Isla su augusta Madre.





## CAPITULO III

# EL GENIO MAGUADO



- *Geopsique*
- *Los Poetas*
- *Los Plásticos*
- *Carreras*
- *Los Escritores*
- *El Senado y el Puerto*
- *Personajes de Antaño*
- *Las Señoras*



## G E O P S I Q U E



YA nos es difícil saber cómo es nuestra propia alma y conocer cómo es el ser en sí de aquellos que nos rodean toda la vida. ¿Cómo no han de aumentar las dificultades cuando intentamos extender nuestras menudas observaciones a todo un país, aunque este sea solo una isla? Además esta manera de ser, en relación con el medio geográfico o con el psicológico puede cambiar bruscamente de

un lugar a otro de la misma isla. En La Palma los de Los Llanos se aproximan a los de Santa Cruz su actividad, su andar mecánico y nervioso. ¿No parecerá esto absurdo a cualquier observador extraño?

Aún es mucho más complicado hacer historia de las reacciones psicológicas de un pueblo. ¿Qué valor actual tendrían las apreciaciones de un Abreu Galindo o de un Fray José de Sosa? Los guanches eran de grande ánimo, alegres, nobles, piadosos y verdaderos en lo que decían.

--¿Por dónde cae Tunte?

--No le digo, y si le digo le engaño.

Los guanches mostraban gran entereza en las enfermedades que padecían y en las heridas, por muy graves que fueran.

Porque también tiene el alma su parte de genio racial, y si la permanencia de lo guanche es segura, también lo es su psicología. El guanche era en primer lugar un pueblo protonórdico que lo mismo tuvo su asiento en la Península que en el Norte de Africa. En segundo fué bereber, trigueño, tostado, ibero o cabileno. En tercero, protosemita, protoegipcio y hasta mediterráneo. La conquista no aportó racialmente nada nuevo. Es de suponer que psicológicamente tampoco, o solo en orden a los grados de civilización que isleños y peninsulares poseían.

Hoy el insular como el peninsular es de un análogo feroz individualismo, de muy poca comprensión para el trabajo en equipo, desenvolviéndose siempre mejor en medio extraño que en su propia patria, impulsados por la necesidad, por la disciplina, por la aventura. Hay motivos que subrayan su afán individualista: la insularidad, la compartimentación de los valles, la reacción frente a las familias que suelen ser muy numerosas. Esto también contribuye a la introversión del canario, alegre y sin embargo poco cordial con su vecino, cambiante siempre, lo mismo alegador, que diciéndose jeringado cuando alguien le coloca un colle.

--Mano, ¡fuerte piano!

Hay un rasgo que suele ser corriente: muchos son los poco comunicativos con la familia y demasiado expansivos con los amigos.

De estudiantes pueden haber vivido en medios diversos, el que quiera que sea. En los días tristes del invierno se encierran en un cuartucho de la pensión. Dentro el ambiente se puede cortar. El humo del tabaco y el vaho del alcohol empapa la ropa, los rincones de los polvorientos armarios. Puede ser que estemos en cualquier casa del Madrid de los Felipes, pero en el suelo yacen algunas cajetillas con el viejo Om Kruger y su sotabarba de marino de las estepas. Una bombilla ilumina la mesa en que se juega a las cartas. Los libros yacen abier-

tos, boca abajo o sobre las camas revueltas. Hay una botella vacía y unas cuantas copas con poco de coñac barato.

--Doña Manuela, ¿me puede traer un poco de café?

Los ojos están cargados y brillantes. Las cartas resobadas se caen de las manos. Hay uno de jersey verde que se levanta con el cigarrillo pegado a los labios:

--A mí un vaso de agua, doña Manuela.

Otro ya se ajusta la corbata delante del espejo deteriorado.

--¿A dónde vas? Todavía es temprano. Siéntate un pisco.

--No, no. ¡Qué va! Tengo que ver esta tarde a don Bruno... Acompañame, que me molesta ir solo...

La conversación, el juego, el día oscuro languidece. Trisgos, terrores goyescos salen de las esquinas del cuarto, del alma.

--Ayer vi a Zerolo.

--¿Lo saludaste? ¿Llovió este mes?

--No sé. No le dije nada. No lo conozco.

Otras veces se atreven a algo. Van en su grupo. Son tímidos, pero se animan con la compañía. Si no, no hay de qué. Tienen un sentido exagerado del ridículo. Son serios, científicos, inteligentes. Regresan en bandadas. En la isla comienzan una activa vida profesional que aún los aleja más. No acuden al café, no van al casino sino determinados grupos o en las grandes fiestas. Enferman de ironía. Unos cuentan sus donjuanescas aventuras, otros sus triunfos en el tomate. Luego languidece toda la generación siempre con muchos solterones, y viene otra. Cuando sale un genio, es lo mismo. Galdós no se atreve a volver a Canarias porque es ya célebre. Baroja, por esta timidez tan canaria lo trata injustamente en sus memorias, sin comprenderlo.

Pero todos, genios o torpes, nos ponemos amarillos al trasponer la edad, al perder el rosa de la alegría. No hacemos nada. Cuando queremos hacer, deshacemos. Otros tampoco hacen, pero por lo menos hacen que hacen. Esos "don nadie", esos "otros" no tienen tanto terror de sí mismo. Nosotros cuando tenemos proyectos grandes los exponemos burlándonos de ellos. Hay como un dedo terrible y acusador señalando a cada canario, a cada isleño que existe.

Procuremos apartarlo de nosotros pensando que en realidad, nadie se preocupa por nadie. De que puede todo el mundo atravesar bajo la luz de un arco voltaico sin encogerse. Que cuando se es alto no es necesario disimular la estatura. Que cuando se es inteligente no es preciso aparentar torpeza. Que nuestro mundo está lleno de seres asombrosamente iguales a nosotros.

Y que tampoco los canarios hemos cambiado mucho desde aquel Juan de Vargas que según Francisco Vázquez en su "Jornada de Onagua y del Dorado" murió violentamente en las márgenes del Amazonas un ocasión de la revuelta alentada por Lope de Aguirre; hasta los múltiples personajes alentados por Don Benito en sus novelas, la mayoría canarios, netamente canarios, bajo su capa de multitudinariamente españoles.



## LOS POETAS



UNA vez pensé en una antología de poetas de Gran Canaria. No duró mucho tiempo el juvenil entusiasmo. En realidad no habían muchos que nos gustasen. Y de los que sollozaban o reían, cantaban o preludiaban en nuestros oídos agradablemente hubiésemos querido tener todos sus versos.

Yo, Mari Maguada Tamarán, he tenido quien me arrulle con canciones desde que nací. Fué el propio padre. Le sirvió de lira el Ponto, el Río Océanos que me rodea con su cingulo azul. Hoy mis hijos se empeñan en vender más tomates que nunca pero también en hacer más poesía que nunca. Produzco patatas, pero también produzco poetas, pues la introversión manifiesta del carácter isleño hace pensar en que éste ha de ser manifestadamente poético.

--Pero ¿qué es un poeta?, señora.

--Un poeta es un lirio hecho de carne.

--¿Y en qué se puede diferenciar un poeta de Gran Canaria de cualquier otro?

--En que el poeta isleño viene sostenido por cariátides de espuma, flava en sus manos pulpos y calamares, pisotea indiferentes lapas y tiene la vista fija en un halcón rojo que vuela sobre Alta Vista.

(He aquí varias definiciones que me han gustado. Un lirio es una flor erguida, delicada, blanca o amarillada, con el interior dorado, el remate de un cetro. Carne es lo pesado, lo muerto, lo que vive y se pudre. Los poetas, siendo lirios limpian escaparates, regentan farmacias, tienen imprentas... en sus múltiples trabajos prosaicos vienen a besarlos el soplo sagrado de las musas).

--¿Y qué cosas se advierten en la poesía canaria?

--En la moderna poesía de la isla se advierte que ésta sigue siendo el samovar del Atlántico, el punto donde se unen los sifos de Europa, con los quezales de América, con el Koran de Asia y con la música negra de África. Estas gentes que llamamos poetas representa ya mucho en la vida de nuestra ciudad. Son, se han incorporado, a la sociología y a la psicología del pueblo de Gran Canaria. Y por lo tanto sobre ellos hemos de intentar fijar algunas ideas:

1.º Está en plena eferescencia la lucha entre poesía concreta y poesía pura. Pero en definitiva me pregunto si no será posible llegar a una poesía cuatridimensional y una unidad de las artes --a una unidad de los campos de atracción-- que parece venimos presintiendo. Pero "hay además en la poesía ciertas cosas inefables y que no pueden explicarse".

2.º ¿Se distinguen realmente los poetas canarios del resto de los poetas? Ya lo hemos dicho. Los versos canarios son marineros que perdieron la riza. Porque son falsos en ella la visión de puertos lejanos y exactas las miradas redondas sobre el Puerto. Tienen los poetas canarios recuerdos de haber jugado en las Canteras con la hija rubia de algún cónsul, de haber mariscado burgados en los caletones de la puntilla. Ellos solo han visto pocos negros, muchos indios morenos.

casi ningún amarillo, pero es lo suficiente para que cuenten en guineas, y piensen en tierras de oplo, habernas con ginebra, equinas turbias y cuerpos humanos que surgen de cubierta como las bocinas de los vendadores, pintados de blanco. Son como aletas de pescado sobre las equinas de los buques. La poesía canaria sueña con un mar que deje traslucir visible una multitud de pueblos y banderas.

3.º La poesía canaria de hoy se ha volcado por fin sobre su propia tierra: poesía de lo indígena, de las primeras edades del mundo. ¿Que leyendas susurra el mantillo humedecido por las mismas lluvias? Brillan bajo los millos, sobre la arrolla roja o sobre el negro picón, el nácar de los caracoles de cuernos contráctiles. Cruza el maizal, de pronto, el vuelo bajo de un abobito color teja moteado, de cola blanca y negra. O sobre las tuneras de Tafira al anochecer una lechuza pesada que parece rodar sobre el filamento estrellado. El impulso inicial está dado por la generación anterior en su amor a los cortijos serranos. Estos han llegado más profundo en el bucear de las capas geológicas:

Todavía no ardía la cabeza de un árbol  
y el sol hallaba lejos su arriesgada aventura  
de atravesar la calle con los brazos en alto.

4.º No ha adquirido todo su desarrollo la poesía en prosa sobre las cosas de la isla. "Una araucaria al amanecer", un poco halkals, puede servir de ejemplo:

"¿Habéis visto cosa más bella que una araucaria al amanecer? Cuando su punta recibe la primera tea encendida del sol, en la escamosa base se trata aún la noche hecha girones. La luz rosa no hizo callar a los capirotes de las ramas baja; y ya los gorrones tienen su algarabía desde lo alto a la dalia roja que está quemando el mar".

5.º Hemos de considerar que, sea como sea, por fin la poesía canaria reconoce haber tocado fondo y se le rasga el alma con el problema de nuestra misma existencia mientras hay quien todavía piensa en hacer versos exactos.



## LOS PLÁSTICOS



TRAS la poesía, la plástica; tras el aire, la forma. Porque entre nosotros no cabe prescindir de la forma. En poesía podríamos hablar de poesía concreta y poesía pura. Pero aquí la plástica pura es también concreta. Tenemos junto con todo el Mediterráneo una vocación racial por la plástica. Brilla como una joya, como un camafeo, la isla con la piedra y la luz que presta a sus hijos. Ella

los oría y ella los marca hiriéndolos con las cortantes lajas o con visiones de ultratumba de alguna sepia pulpiada en las bajas. El negro, el nácar, las manzanas, las naranjas, la diorita y el basalto para aquellos que sepan abrir los ojos y extender la mano.

El sentido decorativo de los guanches era extremadamente delicado. Figuras geométricas notablemente armónicas, ritmo, buen gusto que no había sido superado. Pervive en la cerámica, en los tejidos, en los muebles tallados. La isla es ante todo volumen y color.

Nuestra esencia no es barroca, sin embargo nuestra cultura se desarrolló durante el barroco hispano y por ello quedamos ligados a la imaginaria multicolor. Hoy se lavó la dura piedra senoilla, la madera roja o barquillo, en arqueología, arquitectura y escultura. El paso de lo hispánico dió alma a la sencillez indígena, pero alma acompañada de forma y de luz.

En síntesis los principios de la plástica canaria son estos:

- 1.° La profundidad de lo superficial.
- 2.° Las tendencias resultantes son completamente opuestas; las imitaciones, cuando se producen, verdaderamente catastróficas.
- 3.° La línea indigenista y popular se mantiene.
- 4.° La luz y el color es siempre muy brillante. Tendencia a hacer desaparecer por completo las formas.

Sobre este mundo abigarrado giran las obras maestras de la plástica canaria, unas manzanas verdes, unos peces monstruosos, unos chinchorros, un pave real en diorita, algo como gaviotas o duros ángeles metálicos que no puedo concretar.

Tenemos el coro y los personajes. El temario es enorme: la flora, la fauna, las formas, las horas, el mar y la cumbre, lo clásico, lo barroco, lo hierático, lo decorativo...

Y en definitiva, ¿quiénes son estos que crean, como dioses? ¿Los pintores, los escultores? Seres maravillosos que tienen arco iris y forma en los dedos y pueden comunicarlo. Que de una superficie o del aire sacan como prestidigitadores, lo ancho, lo profundo y lo alto y a veces hasta el inaprehensible tiempo. Este es su cubilete de dados, la catedrala mágica de los plásticos. Son seres como nosotros, con todas las miserias y las glorias humanas, con todo el poder capaz de condenarse o salvarse. Y da lo mismo que los temores se reflejen en sus rostros. Es lo mismo... Son monstruos profundamente humanos que se mueven que se sientan cansados, que el aire frío del tiempo va acabando. en un mundo sublunar hecho de sonrisas, de rostros atezados o caras angélicas de niñas. Ven cosas que los demás no vemos sino en sueños, colores donde nosotros vimos cosas concretas, almas donde ro-

tros. Y no terminan cuando mueren, pues nos dejan sus obras con la eternidad que tiene las cosas frente a lo efímero del hombre, con ese calor que tendrá la piedra y el lienzo cuando hayamos muerto.



## LAS CARRERAS

*«En los cuartos de banderas y en los laboratorios se decidirá el porvenir de la Civilización durante estos próximos tiempos». Un filósofo alemán que me reservo.*

### Un militar



HACE tiempo oí una conferencia. Esto podrá parecer una cosa vulgar, pero la conferencia que yo oí fué una conferencia magistral. Fué pronunciada, sosegada y parsimoniosamente por un modelo de conferenciantes en un ambiente de luz y libros apropiado. Allí había como en el teatro del XVIII, unidad de acción, de tiempo y de espacio. Un solo argumento, una sola edad, un solo personaje: el honor. ¿Cómo llegaron tan a tiempo estas circunstancias para darse cita? Lo natural no se busca, se encuentra. Guillermo encontró ya hace mucho tiempo la serenidad y lo que él expresaba en la vida de su abuelo era serenidad convertida en personaje: Don Ignacio Pérez Galdós, Capitán General de Canarias, o la serenidad honrosa. No la pasividad. Don Ignacio fué un hombre de acción. Fué un personaje típico del XIX capaz de haber llenado con su heroica figura una serie entera de los Episodios Nacionales. Yo me he enamorado de los personajes del Siglo XIX. ¿Hay algo más sublime que la bella estampa de sus sacrificios? ¿Hay algo mejor bajo la luz de las estrellas, que el sacrificio sin recompensa? Fueron tan grandes como sus hermanos, los gigantes del XVI, pero no tuvieron la suerte de tener un mundo que conquistar, por donde hacer jornadas. La perilla, los mostachos, las guerreras apretadas, los pantalones ceñidos, los finos espadines, las levitas azules, y los hermosos galones, llevaron tanto o más heroísmo que las cotas, los cascos y los coseletes. Todo el siglo XIX, toda su amargura y su callada armonía de paseos por Santiago de Cuba, de tardes en la alameda de Colón y de temores por la carlistada, de luchas de corsé, parece estar oculto en el misterio de los barcos veleros embotellados, las finas arboladuras vistas a través del cristal basto de los espíritus que no han tenido jamás delicadeza para comprender al siglo de los Palanca, de los Zumalacárregui, de los Pérez Galdós, de los Rivas, del "Numancia", del "Valvanera" y del landó de la marquesa.

Y Guillermo Camacho, ante su velador rojo, evocó aquel día todo el honor de los personajes del siglo, toda su callada resignación ante el destino. Transverberaba de su mismo cuerpo un uniforme antiguo, de cuello alto y molesto y el resto perdido en la semioscuridad grata del salón.

*Canonigos, notarios, ingenieros, médicos, abogados..*

No puedo hablar de ellos por que me han herido el corazón desde la justicia y la inteligencia con que rigieron el procomún. Obispos alcaldes forjaron la ciudad. A todos ellos nos sentimos imperecederamente ligados. Cada piedra es un eslabón que remacha nuestra cadena. Aquí está Don Fernando, Marqués del Muni que yace en la Catedral. Más allá el Puerto con sus luces encendidas en la noche. Herético el palacio episcopal y la sombra de Verdugo y Albiturria y el puente que aun vemos con su joroba de camello, en sueños. Dentistas y farmacéuticos, jueces y presidentes de la Mancomunidad Insular. De los primeros hay un recuerdo de olor a antiséptico en mi niñez. El sillón solemne, la luz de los altos ventanales y ver en el aire empuñado por mi padre el amenazante torno. De los médicos, sobre todos, mi tío Antonio, con toda su potente sensibilidad humana. Recuerdo sobre todo sus amenazas y su enfado porque descubrimos que dejaba dinero a los enfermos pobres para las medicinas que recetaba. Don Agustín Millares, el notario de Las Palmas. ¿Quién más? Su hermano Don Luis, el m... ¿Y los abogados? Quizás sea a los que mire con más amor. Ellos han sido blanco de las diatribas del pueblo y hasta de las iras oficiales. Pero ellos han ejercido en Las Palmas un indudable sagrado ministerio. Desapareció hace mucho tiempo la elegancia de Don Eduardo Benítez, el ímpetu jurídico de Don Tomás García, el profundo conocimiento que de las leyes tenía Don Juan Ramírez y la venerable figura de Don Carlos Navarro. Nos encontramos más cerca de Felipe de la Nuez Aguilar, final de raza donde pareció concentrarse todo el ímpetu de ella misma. Trabajó infatigablemente por la unión agrícola insular y sobre todo por hacer más fuertes los lazos del agua, la tierra y el hombre. Con la tenacidad propia de un forjador de pueblos. Me doy perfecta cuenta de todo lo que ha creado para nosotros la anterior generación. Esta es una isla nueva, una ciudad nueva, una vida nueva que jamás existió, que los que la forjaron no se dieron perfecta cuenta de la obra de gigantes que realizaban. He nacido en el centro de todas las profesiones liberales. Mi familia en un siglo ha cumplido el ciclo completo con que se forja un nuevo pueblo: agricultura --profesiones liberales-- carreras del Estado. Y con ella toda la isla. Mientras, en la existencia de la actual generación, quienes tenían profesiones artesanas han hecho también a sus hijos estudiar carrera. Mañana no sabemos lo que ocurrirá.





*Los colegios de antes y sus profesores*

Toda aquella generación no surgió espontáneamente. Tuvo su alma mater en la trasera de la Catedral. Piedras negras carcomidas, los sillares al aire y más allá las escalinatas en semicírculo a las que el sol baña en las mañanas alegres. En una de las casas antiguas situadas en el declive que cee sobre el barranco estuvo el colegio de Don Diego. El Colegio de aquellos que aparecen en el daguerrotipo de la época, con la unidad real de una generación en masa, perfectamente delimitada por el círculo de las cabezas infantiles, en cuyos ojos se reflejan las miradas vidriosas de los que murieron, y se ven muchas de las que languidecen bajo el peso de los años. Una cosa es de notar. Allí están todos. Ellos eran unos cuantos. Treinta, cuarenta años después, una foto de este tipo es imposible hacerla.

Pero a una clase de aquellas quisiéramos retroceder ahora. Como se desarrollaba la diría comedia de los alumnos de entonces. Tener a mano un Azorín que nos acercara el libro abierto sobre el pupitre, el Atlas con su Africa borrosa, sin fronteras todavía, el tintero de cerámica de Talavera de vetas azules como las de las manos aristocráticas, y el limpiaplumas almohadillado y bordado a puntacruz en verde y rojo. Que nos dijera de las clases de piso de madera, o si las ventanas tenían persianas verdes y el techo era de cañizo adobado con estuco blanco. Y si en las tardes oscuras se encendían candelabros para que el profesor pasara lista. O si esto no era necesario porque en aquella ciudad de juguete todo el mundo sabía si algún mataperro se había ido a coger lapas. Y el mataperro también sabía cómo era de fuerte la carpintera al regreso. O la vergüenza ante la clásica pregunta:

—¿Tú te has oído que tu padre es rico?

Queremos que alguien nos diga de aquellos almuerzos a las diez huevos duros al amanecer y de la leche recién ordeñada de la cabra, de la mañana, del sabor de aquellas horas que desconocemos, de los ocos su gofio recién hecho sobre la citerea espuma.

*Los centros de ayer y sus discípulos*

Nuestro Instituto fué un edificio de cemento sin alma y sin estío. Sus ventanas demasiado grandes dejaban escapar el ambiente. Las zarras eran enormes, como abismos sin fondo. Las escalinatas de madera que servían de estrado a los pupitres resonaban como tambores al pasar. Solo era posible escapar a aquel ambiente gris mirando hacia la alegre polloromía de San Nicolás, de Pambaso, al escalón de las casas por la calle Real del Riesco. A veces acontecimientos únicos rompían la continuidad de los días, como aquel en que el Quinquada hinchó su

tórax de aguas pardas —a la voz de mando del profesor de Gimnasia en la azotea— arrastrando troncos y patas de insectos gigantescos— las hojas secas de las plataneras. Entonces para nuestra fantasía, tomaba vida la paleontología con sus icliosaurios en forma de robustos cerdos navegando barranco abajo entre limos de sigilarias.

Pero ahora recuerdo cómo se forjó nuestra generación bajo los mejores profesores que Las Palmas ha tenido. Hoy me parece absurdo que se quiera comparar ninguna otra cosa con todo aquello. Los años embellecen las perspectivas de eucaliptos, los paseos entre clase y clase leyendo "Platero y Yo", los viajes a ver la agonía del Botafuego. Allí cada hora fué una puerta abierta a un mundo ignoto que las clases nos ofrecían. Yo no hablo de la Geografía ofreciéndonos la ilusión de viajar en islas y continentes a la deriva, sino de aquel otro mundo que llegaba a nuestra clase y a nuestro alcance casi al mismo tiempo que los físicos luchaban en bandos por la teoría crepuscular u ondulatoria, que se estudiaban las enormes posibilidades de la célula fotoeléctrica, de todos los principios que han dado como resultado la desintegración artificial del átomo. Y en orden al pasado se nos entusiasmaba describiéndonos cómo florecían las culturas y cómo decaían; con esa Primavera que era toda la Edad Media, y entonces algo así como un rayo de luz veíamos quebrarse en los vitrales de Reims y penetraba unánime hasta nosotros. En el cine que teníamos en el salón de actos veíamos lo mismo a París entregando la manzana a Venus Afrodita, que los últimos días de Pompeya, que el famoso "Gran Desfile" La perfección de las clases de álgebra, las risas cuando uno dijo que el Ordenamiento de Montalvo fué obra de Don Gale Ponte, la alegría de ver los mundos infinitesimales en el microscopio... son recuerdos que no se pagan con nada.

Nuestra Historia Natural se ilustró con Bandama y el Telde, como ejemplares típicos del volcanismo isleño. Todos teníamos entonces el aire de preciosos niños Juanitos besando reverentes los insectos clasificados en los museos y los prismas exagonales del basalto de la Calzada en un arrebatado de entusiasmo científico...

Todo aquello, sin embargo, terminó, y al mismo tiempo está vivo. En edificios de piedra y de tea hubiésemos sido mejores. En el cemento, el espíritu se escapa. ¿Lo cazaremos quizás algún día sobre la ciudad que construimos para nuestros hijos?



### *Un catedrático de literatura*

Agustín Espinosa está jugando a los dados con la Eternidad. No es que lo recuerde siempre, pero lo tengo dormido en el subconsciente y cuando llega algún día gris me araña por dentro. Agustín Espinosa, con todo su cortejo de colillas apegadas al borde de la acera, de clases llenas de tiza blanca, de encerados negros, de cielos rasgados, de manos turbulentas de ecos por la Plaza Mayor de Salamanca. Agustín Espinosa el mismo que barbotó en el volcán de nuestra niñez-juventud, con libros y revistas, con los primeros tipos de imprenta y los prime-

ros fotografiados. Es más hondo y más profundo que su incompleta "Isla Arcángel"... con Agustín se perdía siempre pie. ¡Qué lechos amplios y revueltos por la calle del Cano! Luz tamizada por las persianas bajas del día de sol en la ciudad. Y la explosión de su boca un tanto vacilante y las arrugas de su frente marcando una aurora de literatura.

Una tarde alguien me dijo "Hoy vi a un amigo tuyo!". Y adiviné, instantáneamente, la presencia de Agustín. Era todo espíritu, como las llamas de Lope ardiendo con aquellos retorcidos cirios de sus dedos, pulpos con luz, cabeza desproporcionada, nuez terrible, y la caída de las manos de los brazos pendiente, y la profundidad abierta de sus ojos saltones. No hubo cosa viviente más inquieta que él. Cuando quiere exaltar al Fénix exalta a Cairasco porque estuvo más cerca de Drake, del dragón rojo que atravesó el cielo de Canarias con la misma fuerza que Agustín. ¡Oh mar de sus camisas azules, de sus corbatas a rayas, de sus juegos de dados, de su isla Lancelot, de su luna de miel en el Colegio!

Agustín Espinosa se acabó, como una conversación con él, con sus bruscas despedidas después de una charla de horas en aquella pequeña antesala de Tafira, en las reuniones de un kiosko del Doramas, cuando vino "Arco de Arte" de Tenerife, en la Plazuela, en la Alameda, en la calle del Reloj, en la misma celda del padre Otazu, los tres con los seis ojos puestos en el Bernardo de Balbuena. Se acabó y murió como los héroes que los dioses quieren, en la temprana edad. Hubiese sido siempre pronto para él, moroso acariciante de todo objeto en la eternidad inflamada de su vida.



### *Un profesor de árabe*

Sergio Castellano fue también llamado muy pronto ante la augusta majestad del Todopoderoso, pero antes de llegar al trono donde los querubines sostienen la Gloria del Magnífico, visiones maravillosas de ultratumba iban apareciendo ante sus atónitos ojos.

Corrían las calles de una ciudad medieval heráldica con largas fanfarrias y guadrapas en los caballos, ostentando heráldicos lambrequines policromados sobre las ancas sudorosas. Desde la torre del homenaje una voz sonora anunciaba que a Bandama llegaba el Sultán Saladino para adorar la Cruz del Redentor. Sergio, tendido en la cama, se veía con un libro de pastas rojas en la mano. Por la ventana abierta veía a la tierra reverberar ante las aristas de las cumbres. De su boca una cinta de oro llevaba impresas palabras en árabe que sin embargo no entendía.

Sergio vio desde arriba los siete circuitos infernales con sus setenta mil ciudades y castillos. Sergio-Boloquiya llegó de pronto bajo un hermoso árbol debajo del cual cuatro ángeles reposaban. Uno tenía forma de hijo de Adán, otro de Pájaro. Los otros eran el Toro y el León

alados. Más allá veía una perspectiva de cúpulas románicas como la torre del Gallo, encerrando infinitos Patocratores rodeados del Tetramorfos.

Subió después Sergio a la cumbre del Monte Caf donde vio al Gran Rey adorar a Dios. Desde allí contempló los siete planos de la Tierra: Tenerife, Tamarán, Titeroygrata... Debajo de la séptima Tierra está una roca, debajo, un Toro, un Gran Pez y debajo un Gran Mar. En el fondo, junto a los pastos abisales vio Sergio Boloquiya lo que aún no ha podido transmitirnos, el secreto de las cosas que nos separan más allá de donde nuestra voz no alcanza.

Allí hay un banco circular tallado en la roca donde reposan tranquilas las almas. El suelo es arenoso. Cuando Sergio llegó un venerable anciano envuelto en una augusta clámide luminosa trazaba en el suelo con un punzón de coral las repetidas cifras de un solo título: el Islam cristianizado.

Y con el recuerdo de Sergio hay siempre algo que flota sobre la ciudad de Tamarán que nos hace pensar en esas tumbas árabes cristianas del cementerio entre platanales y buganvillas.



## LOS ESCRITORES

### Cisnes con tipos de máquina



¿QUIENES son escritores? Solo aquellos que no pueden dejar pasar día sin escribir línea. ¿Es esto independiente de que escriban bien o escriban mal? Creo que sí. ¿Es también esto independiente de que publiquen o no publiquen sus cosas? No lo sé. Aquí, a la vuelta de unos pocos años constituimos nosotros los escritores una entidad, sin estatutos que nos rijan, pero cierta, no por eso menos

corpórea. Se podrá reír la gente de nosotros. Podrá decir que no nos entiende. Nos podrá criticar con acritud. Pero lo cierto es que existimos. ¿Pero con exclusividad de todo otro grupo de escritores? La verdad es que casi desconocemos en absoluto al mundo exterior. Nosotros, para ellos somos unos escritores de provincias. Ellos tienen el prestigio del huecograbado. Nosotros en cambio nos movemos y aientamos en un mundo inexplorado para millones de seres humanos. Gozamos con lo que nos ignoran. Cada cual tiene aquí su manera y al tiempo nota flotar algo que nos une a todos. Hoy somos para nosotros la mejor generación. ¿El público pensará que trato de supervalorarnos? ¿O en las palabras de Unamuno cuando estuvo en Las Palmas?:

Esas montañas están construidas con cadáveres de piedras. ¿Dónde está su grandeza de colaboradores, de novelistas, de poetas? ¿Es que hay alguien realmente grande?



### Los hijos gigantes

Don Benito Pérez Galdós fue un hombre sencillo. Pero Galdós fue un fenómeno único dentro de la literatura española, algo así como un apéndice espiritual que de pronto le nació allí en una isla, con un esfuerzo muscular, con una neurodistensión ligamentosa energética. Galdós padre, Baroja, hijo, y Azorín, espíritu santo, opuestos por contrarios caminos estéticos, unidos en un punto.

Galdós por isleño, universal y jamás peninsular, pero por univer-

sal, más español que nadie. Mi profesora de alemán lo encontraba particularista. Pero es que Alemania, desde este punto de vista de la novela es una provincia de las más atrasadas.

Galdós yace entre prejuicios --como el primer hito de la novela española, don Miguel que algún día se levantará de su tumba a tender en tierra el retablo de los cervantistas--. Cervantes y Galdós, las dos únicas novelas españolas que han existido.

El paisaje en Galdós es una cosa puramente convencional, tanto como lo es en Cervantes. El río de Orbajosa en Doña Perfecta. El paisaje siempre tiene su ironía y su significado.

Galdós es pintura. En Madrid, en la guerra, en Orbajosa; es lo mismo. Brilla Galdós con la intensidad de las cosas vivas. La trastienda de la batalla de Vitoria donde andan mezclados con el fango el Cristo de Cellini y las piedras preciosas embarcadas en el equipaje del Rey José...

Galdós solo oculta una cosa: el dolor de no poder alcanzar la eterna salvación, con la tristeza de su manta de piedra, de sus victorias. Luchana, Bilbao, Don Baldomero... Galdós o el honor militar y la Religión. ¿Cómo se comprende esto en el autor de Electra? Galdós es la eterna contradicción ibérica.

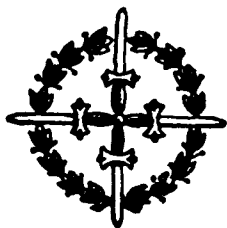
Galdós era por su sangre, por la rica pedrería de su idioma, un hijo de Tamarán con sangre de drago en las venas. Dentro de casa, en zapatillas, hablaba en canario, hería con basalto, su diabólica caverna de la Carne, en Angel Guerra, es un cráter abierto en la rosácea superficie de la isla.

Galdós fué el Goya de las letras españolas.



## EL SENADO Y EL PUEBLO

*«Vox populi, vox Dei»*



ARRIBA está el senado. Por arriba de él solo se sitúa el Olimpo, con el garzón de Ida y el águila. Más arriba so'lo gobierna el Destino. Pero abajo, muy abajo, junto a la pedestre tierra, un pueblo se afana hormigueando incansablemente. ¿Quién podría fijarlo? ¿Quién podría someterlo a un análisis profundo, multiforme y cambiante como es?

### *Lo que va de un juez*

Aquí está un juez en trance como la sibila de Cumas. Va a pronunciar una sentencia sobre el pueblo. Ya salió a la calle. Va caldeándose los huesos por el horno de las calles y refrescándose parsimoniosamente por las plazas de Las Palmas. Se asoma a las Canteras --vista jurídica, no más-- y luego a la bahía donde seorean las barcazas. Don Gabriel es un juez tan humano que no es ni siquiera el buen juez francés. Don Gabriel es un juez de Las Palmas, un lugar cualquiera del mundo. Sus dictámenes trascienden a olores del Risco llenos de fritangas, a campanas por San José, a pescado de San Cristóbal, a anécdotas sobre Don Pancho, o sobre aquel Robaina que tanto sabía de Kant, a conversaciones tendidas de ante de la Catedral o del Seminario y a todo lo que respiramos entre la Hoya de la Plata y la Isleta. Don Gabriel y sus sentencias son hechos reales que no podemos soslayar ni silenciar. No son literatura, ni poesía, ni filosofía. Poseen una realidad tan escandalosa que todo lo que se ponga en contacto con ellos cae hecho girones. Gabriel sentencia a hombres y mujeres, no a marionetas.

Toda la sociedad vista desde la altura del que sentencia, es pueblo. Es pueblo la ononda figura de Don Juan Lanás y Lanás y el contoneo gracioso del diablo sobre zapatos de tiras desde el Mercado a Fuera la Portada y desde allí a la feleta pasando por el Parque. Todos los recomendantes, los aspirantes, los importantes, los ladronzuelos, los casos, los maniacodemandantes, los antijuristas, los apelantes, las tías de ringorrande, los avaros y los carifcosos de Las Palmas giran en torno a Don Gabriel. Para todos tiene una sonrisa y una sentencia. Breve comedia humana que se desarrolla de la mañana a la noche entre Vegueta y la Puntilla.

*Un pueblo sobre ruedas*

Los coches de hora, los charabanes, los super, los piratas, las tarantas, las guaguas... da lo mismo el nombre. Sobre todos los vehículos rodantes de Gran Canaria se dan las mismas escenas, se repiten los mismos dicharachos:

--Ta güeno; aquí no vamos a vivi.

Las guaguas salen atestadas ya de la parada del barranco para el puerto o el parque.

--¿Va pal muelle, cristiano?

--No, señora, esta va p'Aruca

le contesta el cobrador, caliente con la preguntita. Parecido cuando regresan del Muelle Grande para Mendizabal:

--¿Por arriba o por abajo?

--¿Pos no ve el disco? ¿Pa qué pregunta?

--¿A cualo disco, cristiano? ¿Pos yo sabía ná?

--¿Me deja llevar esto aquí llantrito?

--Loj burtos en la mixta, señora.

--Ande, mire que este saco no molesta a nadie.

A veces llegan turistas pobres y se montan todos en la guagua. Ellas sin medias. Ellos sin blanca, ni entera: --Jau mach?; -- cualo dice? Un cheifn, mister... Las cuentas se dilucidan rápidamente. Consultas entre el pasaje. --Esto me parece ser un estafo, joven...

El pueb'o quiere restregarse en los vehículos y no le gusta que le hagan repudios. Una mujer que viene de la plaza jediendo a pescado se sienta al lado de un jovenito repulgado. El joven se aparta y la vieja no quiere sino apastarlo bien apastado y le jeringa aquel aparte:

--¿Está malo, joven?

La guagua viene del Puerto y se para en el Parque. Salvador Ramallo estaba de buen humor aquella tarde. Había cobrado sus pesetillas no sé si por unos sacos de cochinita, de unos tomatejos de Tenoya o por conseguir las gomas para un camión de don Juan Matallendres, el del oien de la Vuelta la Jorobada. En la bahía reposaban tranquilos el "Waterland", el "Umgeni", el "Port King", el "Argentina", el "Brasil Star", el "Dominion Monarch", el "Prominet" que no sé cuántos sacos de azúcar, bolígrafos o piezas de nylon dejarían en el puerto. Salvador en cuanto embió para la guagua según venía del Parque, vió venir, del muelle p'arriba un compadre del cambullón. Bajo las banderas de las casas navieras, cruces rojas, leones amarillos, estrellas azules y el reloj siempre atrasado del consulado inglés, Cristóbal Mellorrio estaba muy propio. Suben a la guagua, saludos de rigor y las primeras de cambio de Cristóbal que demuestra estar como siempre: más templado que una hoja de Toledo, más templado que un chuchó,, que se suele icir.

--¿Andi va la gente? ¿Siempre estraperliando? Cristóbal Colón descubrió Américaá, pero yo descubro a oa instante un sinvergüenza. Al Meria.

--Cáyate Cristóbal, que terminas mal.

Cada vez que Cristóbal viene de la costa le arma a la mujer una zapatista con guirrea de muebles y enseres personales en mitad de la calle.

--¡Jija sutá! ¿Hay derecho que a un hombre honrrao como yo lo dejen en mitad de la calle?

--¿Que vaya p'arriba? P'arriba está Lanzarote. Oiga cristiano, vaya mar de fondo que lleva esta demonio guagua. Y después dicen que



si el Leste. Y naide más santo ni más bueno que yo. Entodavía era guayetillo y ya ayudaba a misa.

--El diantre de hombre está borracho. ¿Por qué no se calla?

--¿Que me calle? Si me callo no lo digo. Oiga cobrador ¿cuánto es hasta San Cristóbal?. Jesús, cristiano, ¿y estos papales pa qué los quiero?

Eran los tiempos de los tiques de la guagua. La gente andaba ya medo asorimbada con aquello y en esto que van a cobrarle a mi comadre Doña Pepa la Arradio, que llaman así por mal nombre y por tener una voz que dicen que suena como una "pili". Doña Pepa se tragó los tiques pero otra le quedó por dentro y cuando se iba a bajar le dice al cobrador:

--¿Cuándo rifan la guagua, mano?

La guagua atraca al disco azul.

--Tres síto. Uno de pies. Segá.

### Los piratas

Pero nada más pintoresco y atractivo que la vida de los piratas por todas las carreteras de la isla. Tienen sus centros urbanos en Las Palmas situados en tres puntos estratégicos correspondientes a las tres carreteras principales. Los corsarios de los mares del Sur salen de la traseca catedralicia. Aquella es una piratería casi canónica, entre casas lustas de antiguos balcoones canarios, los viejos edificios de la calle Colón y la luz violeta de las sombras de piedra. La Tortuga del Centro está situada en la margen izquierda del Quinguada, con profusas buranvillas y malpas municipales multicolores a la vera. El Labuan del Norte se ubió dentro del viejo cuartel de Caballería abandonado, en el que fué camino nuevo, cerca del antiguo picadero y gallera de madera desaparecidos...

Para llegar a la actual organización la piratería pasó por un estado embrionario en que el chófer se acercaba cauteloso al que estaba esperando en la carretera:

--¿Va pabajo Don...?

Y aquel don quedaba suspenso en el aire como si el chófer conociera realmente el nombre del presunto asaltado y no se acordase en aquel momento. Si era por la casa del Gallo, en la esquina de la carretera de la Calzada, el diálogo ora distinto:

--¿Va pabajo Mariquita?

--¿Y cuánto me lleva, usté? ¿Y el saco la ropa?

--Traigacá que yo se lo amarro detrás.

Después vino el arrejuntarse. Creció el precio del pasaje, los motoristas les declararon la guerra. A pesar de ello el coche de cinco pasajeros bajando con la fresquita, no es raro que llevase diez pasajeros, hasta sentados en las portezuelas. "Tenga cuidao Juanito, no se le vaya abrir". "No se preocupe. Más se perdió en Cuba". "¡Oyoo! El pescado no lo puede llevar ahí que molesta a la señora". Por el Centro corren diferentes grados de distancias máximas:

--¿Pa San Mateo hay alguno?

--No. Este va pa Santa Brigida.

--Pa San Mateo hay alguno.

--De allí enfrente salen, Don Leoncio --y señalaba Miguelito a los jardines descuidados de la otra margen del barranco.

--Pos mire ¿me quiere hacé el favó y dejarme esto casa Manolito? El pasaje pregunta y discute y ajusta su presupuesto con detenimiento, sobre todo desde que se impuso el cobro antes de salir de Las Palmas.

--Son dos cincuenta.

--¿Qué dice, cristiano? ¿Entoavía no mos sallo y ya quiere cobrar? El ehór. ¿Y si me deja en Pico Viento co o el otro día dejaron botao a mastro Pancho por mor de una goma?

Si se trata de la clase de billete a tomar, el público pregunta. El hófer en cuanto huele que no es un habitual le dice el precio del billete simple haciendose elonso. Luego salta otro viajero recomendando el ida y vuelta.

--¿Por qué no saca güerta y bira que le sale más barato?

--¿Sirve para otro oche?

--Pos claro. Como un desir tiene usted que volver el mes que viene y también le silve.

Y si vamos de viaje para la ciudad surge siempre la pregunta del chófer con su tablilla dispuesta:

--¿Quiere ida y vuelta o tiene?

--Tengo o quiero --contesta el preguntado.

La conversación se anima a veces en la intimidad del pirata. Si se trata de temas escabrosos va esmaltada por los "Eso dise ¿oyó? Usted a mí no me orea. Eso dilisen". Si se refiere al tomate por el consabido "¡Cristiano! Esto es la ruina!". Hay también su donjuanismo pirata. Un pelma se empeña en entablar diálogo y una dama que exclama a lo mejor: "¡Jenús! Fuerti hombre más pesado". En esto el motor que empieza a tallar. Parón en seco. Estamos sobre el mirador de Tañra Baja. Menos mal que tenemos la bella estampa del puerto y las casau de la Isleta iluminadas por el sol al atardecer. En contra de los deseos de los agületes ha llovido y la atmósfera está limpia, los milloa están crecidos y el cielo más azul que nunca con unas nubes moradas fusi-formas. El chófer manipula en el mondongo del coche. Todo es inúti! Se trata de un pirata con el estandarte negro arriado.

--¡Juanitooo! ¿Me jases el favol de llevarme esta gente parriba? Es que el pirata pide práctico. Vuelta y nuevo arranque. Y así por todas las carreteras de esta penca redonda.



## PERSONAJES DE ANTAÑO

*¿Viene de Teror? -Sí- ¿Vió a don Pancho Ladruga?  
-No- ¡Usted no estuvo en Teror “.. De la obra” Sobre  
lo popular que era Don Pancho“... personaje célebre  
en la Isla.*

Antonio Peña, que estuvo en Cuba



ERA bajo, de complexión atlética, de piel morena acentuada por el sol y el humo de la máquina, ojos melados oscuros y brillantes, barbas de tres días de puntas blancas, el cachorro tirado hacia atrás... como se lo ponen algunos que hoy se la dan de agricultores

—Buenas tardes nos dé Dios.

Era de los de antes, considerado, fiel, digno. Cuando decía “nos dé Dios” es posible que fuera “nosotros, los de Dios”, pues realmente era un hombre de Dios.

—Ave María, Antofilito. ¡Conque padrino de la campana y no convidó ni a un vaso de vino!

Se apoya en el borde del terrón rústico con la camisa manchada del paño indeleble que destilan los roles. Lo nimbaban las pencas de los nopales, coronados de flores amarillas de corolas cerradas, guardando el futuro vientre opalino azucarado repleto de granilla. Miruto por fuera, dulce por dentro, era como el tuno, como el San Antonio de la ermita, como el paisaje del sur. Armonizaba su figura con el cuchillo canario siempre dispuesto a hacer una marca en los gruesos peclucos de los racimos verdes. Antonio Peña era más antiguo que el campo de su tiempo. ¿Por qué no vivió cuando Quintín Mayst andaba por el mundo? ...a tarde tomaba toda su tranquilidad azul cuando se sentaba en un camellón a hablar de las dulces o los serones.

—El Istiércol le trajo el camello esta tarde de la Capellanía.

Cuando el biclo pudo asomaba su cuello antidiluviano por sobre del muro de piedra seca, Telde se hacía más que nunca Palestina. Antonio Peña terminaba la visión con una sentencia:

—Si Dios no quiere, no hay santo que ruegue. El agua de la Heredad viene muy mermada.

A veces hablaba de la guerra de Cuba:

—A mí me mandaron palá en Artillería. Conmigo fué Salvadorito Monagas que oreo que después lo mataron o murió del vómito negro.. —Jugaba mientras con el cuchillo, pasándoselo por la mano—. Una vez se nos atacó la batería y pa sacarla de la manigua nos costó Dios y ayuda.

Chirriaba el molino quejándose de los primeros murciélagos que atontados, tropezaban con todo. A su saludo contestaban los molinos de la otra margen del barranco. Aquellos tenían lonas blancas de vela, en vez de las espas metálicas de éste.

--¡tiérra! y agua al tronco. Si eñor.

Continuaban la conversación las ranas. Era la hora en que ya, en el terradillo o en la galería no se distinguían los granos de café rojos de los negros. Habíamos abandonado hace rato el montón de la descamisada del millo donde las orisálidas habían hecho de bichos zajoríes para la descamisada de mañana. Entonces terminaba Antonio Peña. Se acercaba cansino al patio empedrado donde el hemo llamaba a la noche. Para comenzar la faena al día siguiente, de amanecida, con el cloqueo de las gallinas, el arrullo de las palomas y el agua en la cesterera.



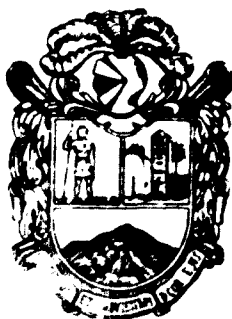
### *Aventuras y mixtificaciones de Salvador Monagas*

Salvador, Salvaorito, como decía Antonio Peña, siempre fué un descontento. Un hombre que tenía sus "cosas". Aficionado a las luchachadas y a las pechas desde pequeño acudía a la catedral por ver al perrero con su gola blanca y su estampa de Quijote luchar con las sombras que proyectaban los cirios. Aquellos fantasmas bajo los orisales redondos rojos, azules, verdes y amarillos escenificaban un "Asesinato en la Catedral" propio para un país tropical.

Ya de mayor marchó con la expedición de Lope de Aguirre a la Isla Margarita, junto al alemán Monteverde, de infausta memoria por haber hecho salchicha blanca de la mujer gorda que vendía tabaco en la plaza, Mariquita la de Pajonales. Silvestre Paradox, Pedro Bianco el Negro, Juan de Alzate, el mismo Lope de Aguirre, eran los personajes admirados por Salvaorito. Un día agüeló la ocasión y se guindó por la escala del "St. Helena" con el achaque de la gambusa. Ni cambullón ni nada. El "St. Helena" salió de Las Palmas con Salvaorito dentro tal día como hoy que es martes 13. Se salvó porque ya conocía la costa. En cuanto los chonis se enteraron de que a bordo llevaban semejante polzón lo largaron por la banda de estribor con un poco de agua y galletas. Menos mal que todo fué cerca del Caribe. Y que estaba vecina la tierra de la Unión. ¿Qué duda cabe que aquella es nuestra tierra? Allí hay estados que se llaman con nombres netamente isleños: Lara, Miranda, Falcón, Trujillo --producto de la íntima relación de Extremadura y Canaria-- y Monagas. Las aventuras de Salvaorito tuvieron que terminr sí. Monagas se llama así porque fué fundado por Salvador Monagas. El gran chingado pasó miedo en la soledad de la vacada, o en la hacienda, entre cafetales y hojas de mariguana; ba'o las noches de luna llena; defendiéndose a veces como podía de las terribles cascabeles. Con todo ello se agrió más el carácter de

por el taciturno de Salvaorito y era terrible verlo recorrer las tierras en su jaca, látigo en mano dominando a negros, indios y criollos, a los mismos canarios que llegaron a aquellas tierras posteriormente, muchos traídos por él en su afán colonizador. Entonces lo conocí yo. Era no muy alto y llevaba una cicatriz que le cortaba la frente en diagonal. Cuando aquello de ;Españoles y canarios! de que habla la historia, él no se dió por aludido. Él era solamente de Monagas y Monagas era de él. Dicen que él fué quien instituyó la costumbre de "poner el muerto". Cuando los habitantes de Monagas quieren juerguearse uno pone la guitarra y otro pone el vino. El tercero acecha su presa y al filo de la media noche cata con el cuchillo el corazón del primero que pasa. Es que un pueblo no puede vivir sin ritos y él no hizo sino enlazar con el pasado indio la actualidad de la tierra americana. La víctima se derriba como un muñeco de trapo sin gracia ninguna. En la habitación elegida por el bebestorio se pone el cadáver sobre una mesa y, limpio bien de sangre, se le rodea de velas. Los lúgubres rasgueos de la guitarra, los lamentos de los acompañantes hacen girar el tiempo de la juerga. Allá por la madrugada los gallos empiezan a cantar y se oyen tiros lejanos. Entonces el cadáver va adquiriendo el rigor mortis. Borrachos los cristianos van dando tumbos hacia las afueras para enterrar al compadre bajo cualquier árbol, antes de que amanezca del todo.

Salvaorito ya sabemos que fué de los que no volvió. Otros regresaron cubiertos de oro. Él, en cambio, fué un fundador de Estados. Un genio taciturno como Guillermo de Nassau.



## LAS SEÑORAS

*«De las mujeres mejor no hay que hablar»  
De un tango argentino muy pasado de moda...*

### El abanico de encajes



—DORA Inés, doña Candelaria, doña L na, conocida por Enriqueta Sánchez de la Adula.. leía el notario con voz solemne y campanuda imitando a ese Proust español que es Azorin. Las paredes del despacho eran blancas, estu cadas y altas, tenía dos ventanas a la calle y un canapé y unas sillitas tapizadas en rojo, de un estilo Chipendale de mala imitación. Solo una magnífica lámpara de cristal, una a.s.a

con miles de reflejos rompía la pesadez del ambiente.

—Item más, doña Alfonsa, don Alberto, doña Laura (ejem) de la Adula y Enríquez del Barco de Avilá...

—Esta lámpara estaba en casa de mi abuelo; interrumpe doña Octavia.

Una terrible mirada del notario --mirada por encima de las gafas con montura de metal blanco que hiere la luz reflejada en el rostro ambarino de la dama.

—Otro! digo que las partes correspondientes...

—Formaba pareja —sigue ouchichoando Octavia— en el salón grande de casa cuando una de ellas se cayó y se hizo piscoe. Fué el mismo día que murió papá Juan.

—Los abanicos y demás objetos de las vitrinas se repartirán en lotes que serán sorteados.

Mientras la casa quedaba en sombras terminaba la lectura de todo aquel fárrago con el brillo del moaré. Un enorme abanico de encajes calados, con brillantes en la empuñadura era la alegría de aquel conjunto de riquezas navieras. Un abanico, que er el punto de roce entre Estefaldiana y su hermana Eufrasia, viuda de Montijo. Una sola sombra transparente, sutil, tras la cual se había escondido un día la mirada profunda de la que les había dado el ser; un parapeto amoros tras el cual sucumbió toda la enérgica barba negra de Don Juan...

El abanico era como una lela de encajes dividiendo en dos el cauce de la misma sangre; como si el ala de un ave hubiese logrado omber el pecho cristalino de las rocas; como si los olifnes nocturnos hubiesen logrado partir en dos el tronco de un cedro. La suerte estaba echada. Doña Estefaldina se había sacado el abanico en la rifa. Oronda y papuda doña Estefaldina se quedaría para vestir santos y por ello, andando el tiempo, Valle Inolán le cantaría quello de "Doña Estefaldina nunca fué casada.." pero lo cierto es que ahora se llevaba el abanico.

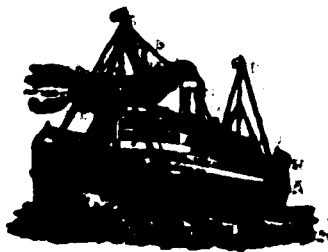
Se hace tarde. Las luces de gas parpadean con las primeras estrellas. Solo hay dos luceros que titilan aun más rápidamente. Son los

ojos gatunos de Doña Eufrosina. La envidia, con la noche, le come el rostro. Rápidas, sus zarpas se otavan en el cuello atabastro y glandular de doña Estefaldina cuando ya ha sonado el timbre de la cancela. Un guapido domina el rumor de la gente que sale. Ya está hecho trizas el abanico de encajes, con brillantes, con reflejos de pavo real en sus varillas nacaradas.

—Si no ha de ser para mí, que no sea para nadie.

Entonces las gentes sabían tener pasión por las cosas. En nuestros tiempos de maravillas en serie esto no se puede dar. Solo en algún exquisito coleccionista de plumas de ave, de cacharros de cerámicas, de joyas antiguas. Aquellas gentes se agarraban a la vida de las cosas con más fuerza que nosotros.

—¿Para qué lo querrá? ¿Se lo van a meter en la caja? —sentencia la gente—. Pero es que en realidad las gentes siempre tuvieron afán porque les enterrarán las cosas con ellas. Y todos queremos dejar en las cosas la huella de nuestro leve paso por la vida.



### Las niñas Melequinas

Vivían las niñas muy junto al mar, contemplando su nácar desde la azotea en las noches de luna blanca redonda y llena. Algunas tardes, al volver de mi paseo por la Marina olorosa de estrechas y erizos, subía la callejuela empinada a la vera de la iglesia de los navegantes. Al dar un recodo el pasaje, me encontraba enfrente con la ventana de las niñas Melequinas. Persianas fijas al ras de la calle empedrada, olor a jazmines y tras ella siempre una de guardia.

Martín Pancho Melequín no fué ciertamente un tolete, sino un hombre ilustrado. Por él dijo el clásico "Pase usted primero que ha estado en Baza". A la primera oportunidad de su regreso americano sucedió un ir traspallando como mejor podía. Al morir dejó un hijo en Cuba y tres sobrinos de nacimiento, grises y con trote de can a la vera del Palmital. Y gracias al hermano que les mandaba guayaba y plátano.

—Buenas tardes, Don Antonio. ¿Cómo está su madre?—. La que hablaba era Lolita, la más menudilla de las tres, nariz de toro, hocquillo sacado palante y rodete gris amarillo.

—Muy buenas, Lolita. Está bien. Gracias. ¿Y las niñas? ¿Han tenido noticias de Paquito?— Pero en esto llegaba la segunda, suavísima, sin hacer ruido, deslizándose a través de los muebles. En una máquina de pelo: unco de estilo imperio, otros isabelinos con el raso pasado, sobrecargados por los cajines de peluche. Apoyado en alféizar de

pedra veía el interior como si estuviera dentro. Carmita con su rostro agradable de sol redondo, pelo rizado y escaso y alguna verruga indiscreta se sentaba en el poyo interior:

--Loía ¿le dijiste a Don Antonio el recado de Don Agustín? Total que si por San José o por Santa Rita... Don Agustín, era el párroco. Las niñas estaban absorbidas por los santos. Todo el tejemaneje de velas rizadas, de manteles y vestiduras sagradas, de entrar y salir de visita en casa de la Marquesa, a pedir avíos de plata, y casa el Conde, por jarrones y alfombras y rosas de sus jardines del Sur, les encantaba. Las flores rizadas de papel se erguían sobre los negros alambres y las arenillas, manejadas por las delgadas manos de las niñas de la Doctrina. De las Meleguinas una se destacaba al kiosko de Quevedo en busca de las estampitas. Otra a colocar las últimas existencias de dulces llegados de la Habana. Para esto era especial la tercera de ellas, siempre haciendo el bico.

--¿Necesita más de aquello, don Antonio?

--¿De qué aquello, Esperancita? --le respondía haciéndome el nuevo por verla apurada cuando había gente delante. Pero Esperancita bordaba y pintaba que era un primor. Los dos magos jorobados del recibidor eran dignos de un Solana. Las hoces con flores servirían de inspiración a Picasso.

La maresía me echaba de la ventana de las niñas, buenas como los recortes de hostias blancas.



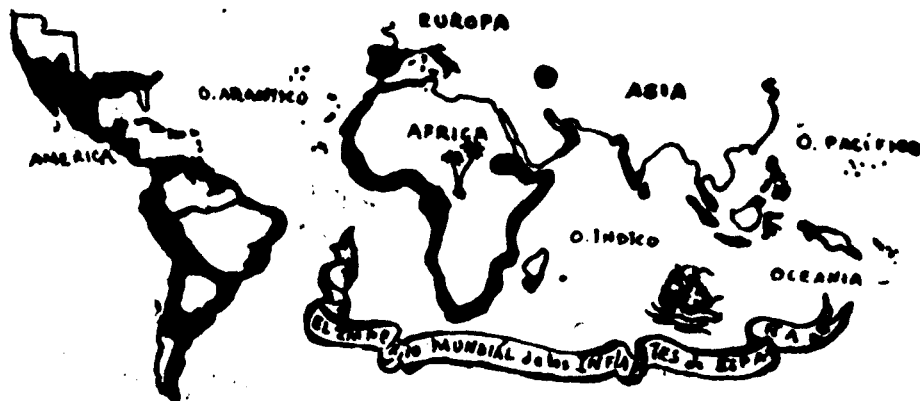




## CAPITULO IV

# EL PAIS DE LAS ROSAS VERDES

*«Todavía no ha surgido quien describa el paisaje de la Isla S. M.»*



- El país de las rosas verdes
- Las cumbres
- El centro
- El Norte
- El Sur

## EL PAIS DE LAS ROSAS VERDES



DOS países son "paisanos" cuando tienen el mismo paisaje. Así, Canarias lo es de muchas tierras porque encierra dentro de sí, en poco espacio, la flora alpina junto a las vides panormitanas y los bajos platanales de las tierras calientes hondureñas. Pero este paisanaje es eminentemente africano, más que europeo o americano. Todo lo que hagamos por salirnos de nuestra órbita reverencial africana es una salida de tono o un irse por los cerros del cosmopolitismo. Aquí, en Gran Canaria, quienes mejor han expresado esto, quizás inconsolentemente, son Arencibia, el pintor, y nuestros escultores. Se trata de superar un poco esa idea tribal de la perfecta y cerrada Guanchía de unos hombres rubios para incluirnos y confesarnos un poco más cerca de lo negro de lo que hemos estado hasta ahora. Canarias es la gran experiencia de España en África. El África Occidental Española, bajo el mando supremo de los Capitanes Generales no es más que una prolongación continental de la insular.

La valoración espiritual del paisaje comprueba el parentesco de los países. En Canarias el paisaje muchas veces se recata con pudor tras el blanco albayalde de sus muros. Estos son los velos de este paisaje de ojos verdes y pelo profundamente negro con todo el encanto está lleno hasta los bordes y solo refleja tranquilo el paso de dos pr de los Oasis cuando se abre, botón de rosa, en el fondo del barranco, el dado perfecto de la casa, perdida entre las palmeras. El estanque lomas. Espera el momento en que derramará la savia vivificante de su vientre sobre los surcos resequidos por el reciente "levante", la resaca ardorosa del enorme y cercano dromedario. Ayer tarde el día terminaba con un resplando rojizo. Un momento vi recortarse una palmera sobre el cielo de sangre. Los muros de otro estanque semejaban la plámide truncada de una "mastaba" funeraria. La imaginación volaba hacia los frios egipcios con ojos de lapizlázuli. También toda nuestra Península está incluida dentro del gran espacio africano. En especial esa España de "Azorin" que daña a la vista con su sol. Es tan poca cosa Europa que, por el Mediterráneo, África se la come y, por Oriente, Asia la devora. Ese temblor de la reverberación solar en el verano madrileño se reproduce aquí con solo que el sol esté al descubierta. Entonces, sobre el asfalto, se produce la ilusión óptica del agua. Esos grandes lagos que la imaginación calenturienta del caravanero vé en el desierto, están aquí a la vuelta de cada esquina, porque tenemos como un desierto particular para nuestro uso en cada calle y en cada piso.

España ha ejercido y ejerce su acción de nación que recorta paisajes en África:

1.º Sobre la misma Península, con sus restos de Medina Azahara y una ilusión de tener Generalife en todos los hombres de la meseta que bajan al Betis.

2.º Sobre las islas, que son algo más que las mismas Canarias puesto que Baleares entre la vifa y el fenollar es ese castillo que di-

bujan los fantasiosos cosmógrafos sobre suelos desérticos del Sahara; pero que también es Canarias con las frutas rojas del cafeto en campos de sinople.

3.° *Sobre el Africa misma con parentesco de paisajes y estética en estas islas, del verdadero y legítimo Archipiélago.*

Así quedaron unidas las islas y Africa. Los estudiosos del arte oriental devanaron las ideas buscando el origen de la "niponización" del paisaje en la pintura china de la época Sung. No se encontraba explicación a aquellas rolas recortadas de maneras extravagantes, a las pagodas rodeadas de majestuosos cipreses, a los valles con espesos matorrales de bambúes, aquellas vertientes enteras desapareciendo bajo los mirtos las azaleas y los rododendros. Todo esto hasta que se dieron cuenta de que realmente estos paisajes existían en China. ¿Dónde han visto las euforbias los alumnos de la escuela Luján Pérez? No hay que darle muchas vueltas: están en los barrancos mordiendo al sol y la luna redonda de mayo. Al Africa y los tarajales los tenemos en casa.



## LAS CUMBRES

*Las Cumbres son la columna vertebral del país de las rosas verdes.*



**POR** una cara dan sobre la misma Naturaleza y su Ciencia. Un gran ventanal, las auténticas Cumbres al fondo / en la misma sala, un gran mapa geológico de la Isla. Por otra la Naturaleza asimilada por el hombre (mito y arte): Cibele la diosa de la tierra y las montañas y sobre dos fondos telanos, el Museo del Prado y el Museo de Arte Moderno.

Desde nuestra ciudad no se ven las Cumbres. Hemos de adquirir, para verlas, la perspectiva del mar, de la Isleta o de las alturas que nos rodean próximamente. Entonces se nos aparecen coronadas de nubes, oscuras, grises, cenicientas u ocre, pardas, rojizas o doradas según la hora del día, la diafanidad de la atmósfera, la estación del año, haya tiempo sur o norte. Cuando más se nos dan como geología cristalina, más se aproxima nuestra mirada a la maldición o al rezo. Las Cumbres para sernos embables han de estar cubierta, o surgir entre vahos gigantescos, entre girones de nieblas y desgarrones producidos por el sol. A sus dioses inconscientes que en ellas perduras se acercan los barrancos familiares.

En síntesis se puede decir que la Geología objetiva es un producto del Sur, del paisaje Mediterráneo, y todas las demás teorías sobre la geología y la estética son productos nórdicos, tejidos de la grisura del Septentrion o de esas claridades otoñales de Europa todo lo más. Aún la estética española no tiene nada que ver con el amable Mediterráneo. Es de meseta. Conservando su dogmatismo, se dió a la Mística.

(Pero lo que nos interesaría para situar en el tiempo nuestra interpretación de las Cumbres es saber cuándo y cómo nació la pasión de los artistas por el mundo que los rodeaba; cuándo realmente se empezó a dar al paisaje un valor espiritual consciente y lo reprodujo en literatura y el Arte).

---

Las Cumbres de Gran Canaria son por su mera existencia monstruosas realidades artísticas. A la Tempestad petrificada de Unamuno se puede replicar que la misma Tempestad es una imponente sinfonia wagneriana de la Naturaleza y que muchas veces las superficies lisas de los grandes monolitos coinciden con la representación cubista de las fugas de Bach. Las Cumbres por su gigantex no tienen medida humana, no tienen medida clásica. Es de origen, de raíz, todo arte relacionado con las Cumbres, sin el artista proponerse, arte desmedido y terrible, canción inacabada, frase musical incomprendible, grito de es-

pasmo.

Ya no estamos en la época del Mito, pero sería preciso crear una mitología para nuestras sombras. En esto como en otras cosas lamento el que la Antigüedad clásica no nos hubiese abarcado. Banquetes de dioses en la Cruz del Sauillo y un Cronos-Bentaiga derrotado por la nueva generación de dioses cuyo padre es el Nublo; un coro de diosas blancas en el Pozo de las Nieves y los condenados gimiendo al paso de la Neblina...

Luego en la Edad Media hubiésemos tenido codices miniados en que la Anunciación tendría como fondo de ventana la silueta descarnada y Geológica de nuestro mundo central y algunos de los volcanes, hoy apagados, expulsando la ceniza negra sobre campos de esmeada.

Y entonces hubiese llegado por sus pasos contados la pintura y la literatura de hoy. Ella, para nosotros, en nuestra isla, ha de participar de la Geología, pues ésta forma el espíritu del país. No se comprendería la historia de Inglaterra sin su Carbonífero. Ni la de España sin el gran arco de granitos primitivos que cruzan de Galicia a la Meseta. La historia áspera y terrosa del Reino de Aragón es la de su interior de muelas mesozoicas. El arte de nuestra isla descarga sobre su Geología: la música incoada y la pintura, la escultura y la literatura presentes.

Como resumen de la eterna lucha, España, que de por sí es un rococó, presenta en su historia estética dos corrientes bien definidas. Lo dulce y blando. Lo bello y grácil de Andalucía, frente a lo ardioso y áspero de la Meseta, lo escueto y duro. Es un dualismo que a veces se presenta hasta entre hermanos. Aunque parezca extraño, con otras características y sin tajantes diferencias que nunca existen en arte ni en la vida, también en la isla se repite el fenómeno. Es nuestro dualismo de Mar y Cumbre. El mar sonoro, cambiante, móvil, amable casi siempre, clásico, tranquilo, pero a veces también trágico. La Cumbre inmovible, los pagos altos. Todo artista canario vive entre las dos tendencias.

Y mientras, todo se mueve en su torno; aguas, casas, hombres barcos, en lo alto, en los atardeceres en que el cielo es gris tras ellas las Cumbres semejan la piel de un rugoso monstruo abandonada, que ha quedado mal puesta en el centro de la fila esperando al taxidermista que la sepa recomponer. En las mañanas de sol tienen claridades de oro. Al mediodía suelen reverberar con espeluznos de pesadillas. Cuando hay niebla son sus roques, proas, quillas al aire, sinistras arboladuras que navegan por un cielo de algodón para, de pronto, sumergirse en un caos de cien millones de flores blancas.

Pero cuando las Cumbres toman su tonalidad más bella es cuando los atardeceres tienen días de Otoño, mientras en otros lugares de la tierra cae esa lluvia dorada de las hojas. Con palabras robadas a Juan Ramón: "¡La cumbre! Ahí está el caos, todo empurpurado, herido por sus propios cristales que le hacen sangrar por equisera". Una catedral en ruinas es entonces nuestra Cumbre. Aún quedan vidrios policromados en sus ventanales, pues un rayo de sol que las traspase vuelve morado, verde, azul, rojo, naranja, el paisaje que conocíamos con su tonalidad grisáceo verdosa. La abundancia de púrpura hace pensar en algún Crimen. Pero seguramente se cometería en edades geológicas ya olvidadas y de él no se tendrá noticia más que en el día del Juicio Final.

## EL CENTRO

*Todos los caminos llevan a Roma,  
este del centro al corazón.*

## LLANO DE LAS BRUJAS



"¡NO podemos continuar nuestra marcha... empiezan a retemblar los montes vecinos desde su base hasta la cumbre; y sólo se ven brillar, a lo lejos, fuegos fatuos. Qué démonos, pues, en este negro charco!". Estamos en un país de quimeras. Es el Llano de las Brujas, entre el espaldón de Barranco Seco y las alturas de Pico Viento. Veinte años atrás era este lugar mucho más inhóspito y

desierto que ahora. Ya se había construido el depósito de agua que era el único abasto de la población de Las Palmas hasta hace muy pocos años. Pero las piedras grises, la tierra rojiza o blanca, el canto o los terrones profundos, la redondez de las lomas era idéntica a la de ahora. La vegetación natural, también: los tártagos con sus hojas palmeadas y hendidas y sus racimos erguidos con bellotillas, como las del estramonio, de púas que no pinchan guardando el grano de color lila con manchas parduzcas; todo de un color muy oscuro, menos cuando el rojo invade los troncos y dá una variedad brillante a los matorrales; las tuneras de India con sus palas amarillas y sus púas grandes manteadas de telas de arañas donde cuelgan a veces las bolsas repletas de arañillas recién nacidas de color rubio, las adultas suelen ser completamente negras o con varias manchas negras en el tórax: diversas euforbiáceas, lechetreznas o útilmalos, toda clase de tabaibas. Viera describe la dulce, la tabaiba morisco, la tabaiba salvaje y a todas ellas las pone como naturales de los terrenos fronterizos al mar. Sin embargo, este Llano de las Brujas es uno de los paisajes isleños donde el mar no entra para nada... y que, sin embargo, estuvo bajo el mar. Recuerdo, cuando la flora artificial de estos alrededores sólo llenaban el fondo de las hendiduras más bajas: eran las plataneras de Barranco Seco las que tenían entonces el dominio de sus anchas hojas doradas en la punta. Construido el depósito, su contorno se fué llenando de un pobre jardín con geranios rosados, botones de oro y arbolillos sin mucha vida. El día más terrible para él fué, aquel en que llegó la langosta al Llano de las Brujas. Todavía estaba viva a la vera del depósito la vieja locomotora de chimenea roja y herrajes dorados, con ruedas pintadas de negro y verde. Después apareció el anfiteatro de sisal, ensayo que aún permanece inólume como si el tiempo no pasara por él. También las plataneras crecieron cuando apareció, sobre la media ladera de una loma, un estanque rotundo y alto con el agua reflejando el cielo, unas veces casi negra, otras de un azul purísimo, engañoso pues en aquellos contor-

nos todo tiene un fondo diabólico y mefistofélico. Y luego, por último, la ambición de los tomatales subiendo cuesta arriba hacia Pico Viento y el camino que va, por las casas semiderruidas a enlazar con el risco de San Roque. Pero nada ablanda nuestra sentencia: el Llano de las Brujas permanece con su sentido esotérico entre la boca del infierno de las canteras que están por abajo, reclamando víctimas, y aquellos de anos coros y penachos de palmeras lejanas que limitan el paisaje por Tafira y en dirección al Sabinal. Su aspecto sigue siendo descarnado y pobre, sus casas tienen siempre cerradas las ventanas sin pintar con ese color gris que comunica a la madera su larga permanencia al aire. Todavía aparecen por allí en cualquier loma lejana esas luces misteriosas, como la que dió el nombre al Puerto o como la célebre del Tíme, en el Valle de Aridane. Es el Llano el lugar apropiado para un aquelarre de viejos mitos guanches, es el Zugarramurdi aborígen, el Harz de las islas donde hubiese celebrado una Walpurgis atlántica el genio de Goethe. La fantasía ve en las noches oscuras todo el terrible horror de las salamandras y el conejo que atravesó la carretera veloz ante los faros del "auto", la rata de campo que quedó aplastada bajo las ruedas nos lleva a un mundo viscoso que estuviera invisible bajo la sequedad luminosa del meridiano, con esa reverberación acuática de los días de horno.

### Tafira con ser Tafira



...NO es ni la sombra de lo que era. Allí, clareando el día por los alcores de Las Magnolias y por Bandama, rosada a las primeras luces, la tartana llegaba a rebasar Pico Viento entrando en el llanito de Tafira Baja. Verdaban las huertas y, en la parra de Panchito Jinorio, había uvas pintonas. La lejanía de Arucas y Montaña Cardones ponía límites velezqueños al paisaje. Había un olor a maña nita clara en el ambiente, que ensanchaba la respiración. Manolito Oramas salía nada más oír el trotecillo del caballo y el ruido de la retranca que frenaba, en muy pocos pasos, ante la alegoría priápica de los chorizos y de los hermosos lomos, para la merienda y el almuerzo, que Manolito mostraba al excursionista. Un revuelo de ohiquillos y mujeres salía del corral, de la gañanía próxima, de la huerta trasera, de la alcoba abierta, con la intimidad de las sábanas calientes aún, oliendo a los cuerpos humanos que reposaron en la noche y a los membrillos puestos en la cómoda donde antes se guardaron.

Mientras, pasaban nubes que parecían camellos, otras diformes ballenas con arpones clavados, esparciendo centellas de sangre, don Juan y su señora rodados de los niños con trajecitos largos, azules, bajaban del interior de la tartana con los miembros un poco entumecidos y la mirada sofocada aún por el madrugón. Pronto volvían a su interior, sobre los duros bancos y a trotar entre setos de rosas y zarzas silvestres bajo los eucaliptos jóvenes, después y más arriba del Plan de Loreto de la empinada de Tafira Alta entre matas de lentiscos con las perspectivas de gamas verdes y negras de la Calzada. Los basaltos columnarios eran los centinelas mismos que hoy guardan el mesetón



fronterero y tampoco las Cumbres lejanas han variado de sitio.

Tafra Alta era un grupo de casitas. Veraneaban las familias a ras de tierra, junto a los jardines de profusas siemprevivas, pues siempre hubo aquí una tendencia funeraria en el ambiente. El límite casi era la casa del párroco, hermano de aquel don Juan Angulo, de venerable barba blanca que no siguió el respetable camino del presbítero. Una vez don Juan recibió en plena Plaza de Santa Ana, delante de la Catedral, el homenaje cálido de una famosa artista extranjera que iba de paso para América.

--Oh mon cheri, mon cheri!!!

Y es fama que esta exclamación fué seguida de un sonoro beso.

La casa del párroco, hermano de este otro don Juan de Mafara, leño, tenía, por detrás, una hermosa huerta y unas enredaderas que casi se comían la edificación.

Más arriba se puede decir que no había nada. Todo lo más las monumentales casas de traza moruna, con arcos de herradura que algunas familias muy conocidas habían construido en medio de trozos de una gran "data", ya disminuida. Prestaba su encanto, entre los lentiscos, a todo el camino, las diminutas rosas silvestres de las cercas. El camino polvoriento de las reatas de mulas que marchaban a Santa Brígida bordeaba la acequia turbulenta de la Heredad de Tafra, corriendo sonora, constantemente, bajo los colores del verano o bajo la dulce pompa blanca de las granas de eucaliptos, en el invierno. Entonces las montañas y los valles vecinos se poblaban de helechos y junto a los fondos de agua encharcada, desplegaban sus anchas hojas las flameras. Hoy, pasadas tantas sequías, unos y otras se han secado definitivamente. Entonces al trote del caballo respondía el bramido de los de crines blancas que marchaban, acequia abajo, hacia los cercados de millo, e bebaban, con sus patas mojadas, las pequeñas estancias de peras de melón, lechugas y tomates semisilvestres.

Y esto así hasta la parada siguiente, la de Juenito Bernegal, que se bebió, según es fama, su bebestorio. El vino de las fincas vecinas brillaba como amatistas derretidas en cada vaso de vulgar cristal, dando tonalidades a la bodega abierta, de cueva de Aladino. Y frotar la lumbre maravillosa, o del brillo del tesoro de Ali Babá y sus cuarenta ladrones. Eran ya las once de la mañana y el sol caía casi de plano sobre el Reventón, cuando la tartana se desviaba por él, en busca de los efiosos árboles y las galerías de tea de la Fuente de los Berros. Rocas musgos y la calina, sobre la Cumbre.

Por la Guerra, la Roca del Diablo, el camino del Batán, la montaña de los Pinos, las abejas tejen y destellan su eterna tela de oro.

Pero el día iba cayendo lentamente vertical, a plomo derretido sobre las múltiples solanas que el caos geológico había tenido el capricho de formar. Y el fresco llegaba a la hora en que las olaras nispolas de la Fuente de los Berros confundían su color amarillo oro pálido con los últimos destellos del sol. Las nubes tomaban entonces tonalidades violeta. Y los pinos Italianos daban un aire del Renacimiento a los jardines extendidos por los montes y laderas. Parecía como si de las casas de labor fuesen a surgir señoras de ojos azules y cabelleras de oro con trajes largos y plegados y ecos turbantes a lo Médico que alardearon paónicas grandezas un día por las calles de las ciudades de la Península Romana. Los narcisos y las tuberosas perfumaban el aire hasta que, de pronto, como al caer de un hacha negra, el día era degollado a la luz de las estrellas rápidas en surgir.

¡Qué contenidas energías se encontraban entonces luchando entre los negros penachos de las nubes y el estilote naranja con que el sol se quería agarrar aún a las últimas cumbres!

## TAFIRA\* ALTA



**AIRES** altos de tormenta cruzan el campanario y éste parece resonar sobre la montaña, hueca, de las dos jorobas de camello. Tafira, presente en el recuerdo, con un cielo gris encapotado y sus magnolias y cupresos en torno a la iglesia de dorado altar barroco. Las hojas amarillas, de las parras, próximas a caer en las postrimerías del otoño, sirven para cubrir la desnudez de la madera retorcida, que llena de solemnidad litúrgica la amplia eoumene azul y ocre, de que hoy disfruta el Reverendo don Bartolo, bajo sus casullas y dalmáticas recamadas.

Esto sólo basta para que exista Tafira: la iglesia sobre sus escalinatas de piedra negra y aquel mirador que contempla el lejano borde opuesto del enorme tajo del barranco fronterizo, con sus rocas peladas, y un recuerdo de bosques de mocanes, en que cantaran capirotes, en su fondo pedregoso. Y, tras de la iglesia, el molino de goño, con sus paletas curvas, lleno de detritus el fondo, con ese infimo mundo de piedras rotas y de lamas verdes y el curioso mirar de los chiquillos, por los barroteos, hacia dentro:

—Miraá. Ahí viene el agua de la acequia. Si te caes dentro el molino te mata.

Aí acababan los anchos y curvos pétalos blancos de las magnolias cuando caían en el turbión espumeante de incontenible rabia. El color barquillo es en ellas el color del luto, por cuando estaban "sobre el tallo erguido, las blancas magnolias"

Ahora, las cerillas de sus pistillos serían los fósforos imprendibles del Cirio Pascual, que por este tiempo luce, en la iglesia, del lado del Evangelio.

En la puerta, carcomida, se ha parado una moza también color de luto de magnolia. Lleva el saco blanco de la ropa y los lavaderos, bajo los cercanos soportales, en la enorruclada desde donde se ve cuesta abajo un drago milenario. El peón de la finca cercana ha dejado en el suelo otro costal, como de un quintal de millo bien tostado:

—Buenas tardes, Mariquita.

—Adiós, Juanito. ¿Cómo están por su casa? Muchos recuerdos a don Justo.

Con la misma, Mariquita ha salido contonándose calle adelante, hacia los lavaderos de la cantonera, pasada una casa de galería pintada de verde y puertas de tea vieja. Estos lavaderos de abajo, dan vista a los lavaderos y, en ellos, cuatro mujeres en plena faena, con el agua a media peña "restriegan" con furia la ropa y tienden las piezas a secar sobre las péas 'argas y amarillas de las tuneras de India de tunos que tifen de púrpura los labios. Más lejana, la isleta se empina por ver las palmeras y los laureles y, en el cielo, junto a ella hay una pincelada azul.

Las casas de Tafra, cerradas tienen una tristeza infinita presagio-  
sa de tragedias intimas. Por un lado la tapia blanca y unos cipreses  
bordean el camino, por el otro las ventanas dándolos con sus piedras,  
cristales y maderas en el rostro, herméticas, como las estelas funerarias  
de una civilización desaparecida. Quizás contribuya a esta visión el re-  
cuerdo de días de duelo en alguna casa mortuoria de estas cuyas pie-  
dras y tejados padecen la lepra de los líquenes. La oscuridad en que  
el muerto yace, bajo las cortinas corridas y las velas encendidas se  
reviene bien con este cielo de plomo, sobre las piedras en esta plaz-  
uela con laureles, atravesada alguna vez por el cura con su andar pau-  
sado, solemne, ritual y campesino, con el breviario en la mano. En  
ciertas épocas del año --diciembre y enero-- los cuervos graznando pu-  
den bajar bajo los cielos de Tafra. Van en dirección Noroeste, buscando no  
se qué rutes color de azabache. Ater un perro yacía muerto abandon-  
ado y en él, como Franz Werfel vi la belleza de sus marfileños  
deites. Con el mismo fervor ancestral brillan las cabelleras rubias en  
la plaza de Tafra un día solitario de aquellos en que el viento blia en  
sus dos esquinas. Hay como una intuición, en todo ello, de que tras las  
hojastetas pizarrosas de cenizas volcánicas --Tafra es a veces un in-  
merso Miércoles de Ceniza-- en la hondonada trágica, con más cami-  
nos de cipreses, se iban a unir la Leprosaría, el Manicomio, la casa de  
los tuberculosos y el cementerio coronándolo todo.

En verano, a la hora de la misa, despiertan estos lugares solita-  
rios las calles y los caminos estrechos o empinados de los alrededores  
de la Iglesia. Parece como si todo un mundo de tragedias haya sido  
alejado con la alegría de las trompetas. Por detrás, por los caminos  
que avistan las Cumbres y el mar, hay un bochorno de levante que so-  
foca y hace como de agua todo lo visto a ras del suelo. Mariquilla pa-  
sa, en'onces remontando la carretera de Marzagán, con el sombrero  
de paja de ala ancha y el rostro arrebolado.

--Adiós, Juanillo.

--Adiós, Mariquita. La caló te va a jacé daño, muchacha. Echate  
por la sombrita.

No hay gracia en el cielo. Pero las ventanas con persianas siguen  
cerradas y parece que tras ellas alguien vigila las siemprevivas y los  
crisantemos del jardín enarenado.

### *Amanecer en el Monte*



"Eu amarei a santa madrugada", dice  
Anthero de Cuenal en un soneto. Y es que  
impresiona este silencio del campo cuando es-  
pera, religiosamente, que abra ante el la ma-  
ravilla de un nuevo día, como se abre, ante  
la reverencia de la Liturgia, el ojo de Dios, el  
Sagrado Tabernáculo, cuando da paso a la  
Eucaristía.

En diciembre se han calmado los alisios.

Todavía Eos, la de los dedos rosa, no había tejido con su sonrosada  
carne el horizonte, intentado atrapar el cielo por el lado de Jendía,  
cuando he quedado en el borde de la cinta de azogue de la carretera,  
hacia los grandes eucaliptus. El rumor de plata de la acequia no es aquí

presagio mortuorio, palidez de luna enferma, sino alegre y cantarina reardad de alborada. La volcánica tierra está negra por la tarosada, que ha caído durante las horas nocturnas de cuarto creciente. Parece que en ella se ha refugiado el oscuro murciélago de la noche que huye. Cruzan los granos gruesos del picón a la pisada que avanza sobre el enarenado paseo, entre la muralla de las yedras y los cupresos. Y junto a los cipreses torcidos, y convertidos en arcos de triunfo vegetal, hay claveles tronchados, símbolo de un Jardín en abandono. Canta un capirote en la bella-sombra, pero en su voz hay una nostalgia de mocanes y dragos ancestrales. Su canto tiene la inconsciente algarabía de los gorriones y los pardillos. Es un canto solitario y triste. En el divo abandonado que, con toda su pequeñez, quisiera tener un arpa hecha de araucarias gigantes como aquellas dos que asoman sus puntas erectas por sobre los más altos torreones.

No espera el corazón más que el grito del alba. El verde de los aboles en puntas de lanza hieren el cielo azul, que comienza a desan- grarse por Oriente.

Un Jardín del Monte Lentiscal al amanecer es, en todas sus líneas, a la vez mágico y clásico, oriental y apolíneo. Como se aunan, a la difusa claridad matutina, los rododendros, los arrayanes y los cupresos de Grecia, con los ibiscos de la India y el jazmín del Japón, es algo inexplicable. Esto solo lo imaginamos en ese punto de la tierra donde vivió la cultura helenística del Arte Gándara reproduciendo el aspecto batracio de los Budas sedentes, en pleno corazón del Asia. Los tirso de yedra o los arcos de vid que parecen arrancados de un plato de Bigorio o de un lequito de Jonia, junto al perfume sedoso y delicado de los llanos de Filipinas. Las buganvillas purpúreas junto a los caobis erectos de los viejos aztecas; el geranio rojo, malva, rosa, blanco, junto al laurel de los Juegos Olímpicos.

Faltan aquí las estatuas blancas de Diana o el Amor, como en esos Jardines de la Castellana madrileña, en que arrojadas por el frío del Invierno disuevan por completo con lo alto de sus carnes, en el ennegrecido ambiente de la tierra, que ya sólo espera heladas. Sin embargo, este Jardín presagia un Apolo saurótonos que contemplace, atento, subir por el tronco de un árbol el rastro verde de un lagarto.

Faltan aquí los naranjos de Telde o de Sevilla. Ahora están cuajados de oro, en el suelo algunas de las pomos cubiertas, en parte, por ese verdin que las hace emanar un humor blanco y oloroso de podredumbre sagrada. de un delicado perfume que sólo se puede percibir junto al tifo grande del Jardín de San Antonio o a la verja del parque María Luisa, frente por frente al evocador balcón colonial del pabellón de Méjico.

Una tarde de la muerta Primavera estaba asomado a uno de los arcos de yedra del Jardín más alto. De pronto un chapoteo aéreo, el paso de un ave pesada cruzó ante mis ojos. Las aves y los presagios tienen este mismo vuelo torpe. Era un ave que no había visto nunca por estas regiones. Muy tierra adentro, era marina, con amplias membranas amarillas entre los dedos de sus patas, blanca y con alas apun- tadas de negro, algo más grande que una gaviota. ¿De qué Jardín de algas marinas se había desprendido para volar hasta el mío? ¿Qué mares enarenados con restos de ballenas rotas y de naufragios enteros.

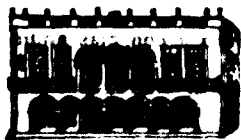
¿Había abandonado para llegar hasta el Jardín de los llanos y de las bergamotas? Sin rosa de los vientos sin timón ni anclas, navegando sin rumbo entre la costa y la luna, llegó hasta aquí con las alas extendidas en un abrazo anheloso de lo porvenir.

En este archivo de mis recuerdos de amaneceres en el Monte hay,

cas: siempre, un color rojizo anaranjado del sol atravesando los cristales y, en otra época, dando el color naranja a las népolas amarillentas y blancas, y un siena más tostado a los racimos de uvas moscateles. Estos caminos de por aquí —entre la transecequia y el antemural de Monte Goelto—, cuando aún no estaban cercados por el cemento, tenían matices de bajos lenticos. En sus puntas se reflejaba el sol del amanecer. El muro rosado no era aún el muro amarillo, y en el invierno había un más jugoso verdor con el verde intenso de las lentejas y el más pálido de los guisantes de olor. No estaba aún poblada la hondonada entre Villa Rosa y la Casa de Cuyás, y en esta estación del año había plena libertad para atravesarla cortada sólo por las trochas de los más hermosos geranios. Estas Alhambras, estos Generalifes y hasta estos Taj-Mahles de peotilla, que con su monumentalidad roja con arcos de herradura guardaban ambos flancos del amplio círculo de nuestra vista, fueron testigos de muchos amaneceres del Monte sin más vehiculos por la carretera que los charabanes y las reatas de mulas y borriquillos que transitaban entre la Ciudad y la Vega de Enmedio. También tuvo su época el Hotel Santa Brígida con su estilo de típica arquitectura de madera colonial inglesa, con el evocador y cuidado jardín donde crecían los helechos arborescentes y las acacias y donde también tenían su sede los rododendros y las "lenguas de tigre". Hoy todo esto ha muerto entre la baranda de villas sin estilo y hasta el Conde coronó su finca con un muro que nos acota el campo y traza rectas de cemento sobre un paisaje del Monte que tiene resonancias de Historia Universal, no sólo por los vinos que producía cuando Shakespeare elogiaba los caldos de Canarias, sino porque mirando desde la carretera hacia el mar por donde ahora está amaneciendo, todavía está a la sombra una casa donde se guarda el pequeño museo familiar de Galdós, casa también con jardín de geranios y veredas en zigzag, de madreselvas, de buganvillas, de cupresos, de araucarias...

Y aún tiene el estilo de una época anterior el palacio del campo de marqués de Acañazar, con cristalerías interiores, y azulejos sevillanos cuadrado al exterior, de una sola planta, sobre murallas que dan a un más bajo barranco enfrentándose con una graciosa montañeta de cupresos. Luego se cierran aún sobre las laderas las grandes casonas rojas de otra época, con persianas verdes y paseos solemnes de algarrobos. Y sobre todo esto, sobre el ayer y el hoy, el sol pinta ahora sus primeras luces.

## LAS GOTERAS



LA carretera de la "vuelta al Mundo", pasada la Atalaya —cuevas y alfarería— se interna en el hondo barranco de las Goteras con sus insinuantes curvas. La mañana está limpia de nubes, alta, azul, de viento norte y es de recuerdo marinero en este rincón de la isla desde el cual no se divisa el mar: mañana de Virgen del Carmen con función en la ermita, con la palmera de los cohetes estallando sobre las "maúras" endomingadas —polvos de arroz sobre el bigote y las carnes morenas mal disimuladas veilito negro trajes de un rabioso naranja, azul añil, amarillo limón—. El estanquillo de la entrada

tiene recuerdos de hombres ahogados, como todos los estanques de Gran Canaria, piedras resbaladizas, algún charquito de agua y las lentejuelas esmeralda cubriendo o por completo, pero además un nombre de profunda evocación familiar y unas cañas ralas. Estas Goteras de hoy después de los largos años de sequía no son aquellas que conocí en mi niñez, casi cubiertas las paredes del barranco profundo de un musgo brillante, con hechitos pequeños por cada junta de las piedras, rezumando agua por los costados cercanos.

La gente se agrupa en la pequeña ermita situada a media ladera, bajo un alto famallón volcánico que deja, debajo, cuevas calizas. Lejana se alza la Ataya, que dejamos atrás, casi como el torreón agujereado de una fortificación extraña o la torreta de mando de un acorazado. Hay turroneiras que levantan el campo a las órdenes de un guardia municipal y, dentro, resuenan los cantos del coro de niñas que hacen burletas a un San Pedro —talla en madera de mágica estampa— que en la sacristía espera paciente a que necesiten las llaves del cielo. Detrás hay gallineros y el risco cortado a pico se alza sobre el fondo por donde discurre la carretera, los estrechos cercados de plataneras, naranjos, guayabos y más abajo un grupo de casitas blancas. Al terminar la función entramos en las ganancias soleadas, donde el estiercol se acumula y tienen su reino las moscas y los bóvidos nos miran resignadamente con sus aguados ojos cansados de contemplar a los humanos. La ternura de los novillos, la sombra de los olivos y de los acebuches, el color del barro amasado, acogen al peregrino con el gesto de las cosas eternas: sin dar más que el rango clásico al ambiente.

Más tarde, bajo el amplio empujado de la casa, la sombra se hace transparente y la reunión es íntima en el patiecillo pequeño más a la sombra aún. La comida tiene solemnidad litúrgica y patriarcal bajo la presidencia de un cura. Recuerdo de una lejanísima comida en Gáldar y otra muy reciente en el Madroñal presididas por sacerdotes. Siempre tienen estas comidas así un sabor tan nuestro que las hace de placidez terrenal íntima. El vino parece solo de estos contornos y el agua es de San Roque o, todo lo más lejos de Firgas. Las carnes tienen unas transparencias rosadas, con los cantos durados, sobre el albo mantel. La fruta una rotundez elegiaca. Eran unas naranjas desvariadas fuera de tiempo, cuando ya el verano calienta con su hálito encendido. Se hablaba del volcán, del día del círculo mágico de las horas. Salían a relucir el final cuentos y cuentos bajo el empujado o aguantando el solalero hasta llegar a la sombra de los árboles de una huerta más amplia frontera a otras igualmente verdes. Se habla de cuando se les derriecó la vaca a los Morines, de cuando Pepito María se dió el tiro o de cuando doña Lelia se encontró en el pasillo a su marido abrazado a la criada, y les dijo:

—Jesús, mis hijos, ¿cuál de los dos se va "pa" Cuba?

O de cuando le pidieron un mantón de Manila que le habían prestado, —que era un viejo recuerdo de familia— y ella se hacía la sonesá hasta que por fin respondió:

—¿Por viejo? Si por viejo lo quieres ahí tienes el Pendón de la Conquista.

La tarde se cansaba ya de tener al sol en alto y debía caer un poco los brazos cuando nos asomamos al mirador volcánico que tiene enfrente el muro sur de la caldera de Bandama. Allí el barranco de las Goteras, estrecho por arriba, se comienza a ensanchar y da a tierras más amplias a perspectiva sin la miniatura íntima del paisaje en que habíamos vivido el día. Pero quizás con esto las Goteras pierdan su esencia, que debe ser de azahares, de piñas de plátanos recién cor-

tados y de papayas en sazón.

## LAS VEGAS



ESTA atardeciendo. El sol va a dejar de lucir en las Vegas y entre los picachos parece que ha lanzado su último chorro de oro por donde intentan marchar las tierras disueltas hacia la trasierra. Santa Brígida, con sus jardines tejaneos, pronto dejará de ser dividida desde el mirador que da sobre el tajo del Barranco. Todavía es suficiente la luz directa del ojo del cielo para que entre verdes pámpanos y vides amorosas, parezca como si renaciera el mito dionisiaco. El sol se filtra a través de los poros de la piel de la uva y sus rayos llegan a la ardiente semilla que reposa en su seno. Así es como el vespertino Baco marcha sin rodeos, a la vecina bodega —de donde emana el olor a la reciente pisada y miriadas de mosquitos del mosto— y penetra por la ancha puerta, de carcomida madera y clavos herrumbrosos, para llegar a la pipa repleta con las arandelas tensas, todo potencia y furgor en cada oculta molécula bajo las arqueadas dueñas. Aquello que fué una masa informe y morada en agosto, bajo las piernas desnudas de los vendimiadores, rezuma ahora calores de soles pasados por muchos años.

Contienen, las encoñadas teas de los barriles, bajo la perfecta redondez de sus arcos, un líquido tan dorado como el aire que nos rodea en este instante y se extiende sobre la vista lejana del Valle. Hay balidos de machos cabrios en los corrales lejanos mientras Sileno cabalga, panzudo, en su borrico por el camino que baja de la Cumbre.

Un rumor de voces llega de la lejanía. Son lavanderas que vuelven, en la tarde, de la fresca corriente aguas abajo de la fuente de las flumeras, y que, como aquellas otras de las playas de Itaca vienen de lavar peplos y túnicas divinas, entre los que duermen rústicos reyes de establos. Se respira el rumor de los álamos que a vueltas pláticas y verdes se esconden en lo más hondo del paisaje mientras que dan los mesetones basálticos superiores para los penachos erguidos de las palmeras. Hay muros y cercados y casas que se escalonan por todas las Vegas hasta los verdes huertos de castaños, que encierran las montañas como si tuviesen un tesoro de esmeraldas que no conviniere exponer a la luz delatora del Sol.

Las flores nocturnas de los cercanos jardines acaban de abrir sus corolias. Son casi todas ellas campánulas blancas de enredaderas profusas colgadas de muros junto a enarenados paseos negros. Así permanecen abiertas las ventanas de muchas casas, pues a través de ellas se ven las primeras luces de la noche, brillando una acá, otra allá. Otras se mueven. Son las que corren con escalofríos de espanto por lo alto de las montañas, las luces de brujas o de los ganeses que oyeron ruido donde están las vacas o el gallinero alborotado a deshora. Poco a poco las vegas se confunden con el cielo sombrío. El valle parece entonces un Valle de Gigantes y sube de su fondo una fría neblina que todo lo envuelve y todo lo apaga.

“Mas él, quizá, los muertos cráteres de la Luna.

O' el oro en que Saturno irisa añoranza...".

Este es el paisaje que momentos antes fué de una claridad azul en las montañas y que ahora es como tremenda dentellada negra al cielo donde brillan las estrellas. Momentos después Soleno corre con las vestiduras de plata ceñidas por los altos picachos. Va otra vez en busca del pastor Endimión que se oculta en cualquier cueva de la Angostura o quizás haya corrido abajo a refugiarse en la Calzada donde aún viven los últimos mozaes. Nos parece esto como un paisaje que adivinásemos de cualquier planeta lejano. Entonces la Luna no tendría sentido sin otra resplandeciente compañera en el cielo y quizás el arco brillante de Cronos ceñiría entre dos roques inmensos la bóveda que se ha quedado negra.

TEJEDA

*«Una tempestad petrificada!» Frase ya manoseada, pero ¡como es Unamuno!*



TODO turista, si tiene talento, puede poner en circulación una frase que no tarda mucho en llegar a ser un lugar común, del cual nadie se cuida. Quien repose un medio día de sol y cielo alto bajo las huertas regadas por la fuente de la Gallina, de la Piedra Molino, del Barranco de Acá en el Rincón o las húmedas por los regatos de los heredamientos de Cuevas Caídas, El Vaquero, Los Manantiales, El Viso o las Rosetas en la Cuita; o aquel que rueda un atardecer morado, aguas abajo del barranco, por el Fondillo, con las corrientes del Colmenar, La Miguerrilla, la Fuente Ciega, la Charca, por el bravo Timagada con Ayacata o Risco Paloma o por la Solana, con el Chorrillo, aleja para siempre de sí todo pensamiento relacionado con nada terrible y enoigador.

Los vientos del primer cuadrante dan a las mañanas de Primavera un lírico frescor. Más allá de las Lagunetas el aire se enrarece de jaramagos. Por el Parador los girones de bruma y de pronto el orificio de los gigantes rosados. Desde él no se adivina siquiera lo que es Tejada. Descendemos de la Cumbre. El Pueblo. Ahora entendemos... Aquí toda una vida. Aquí, en un solo valle, donde hay gentes que cultivan sus rosas y mueren sin salir de él. Arriba el pinar, por Tamadaba, por Pajonales, las degolladas, los caideros, las oharas arenosas, la miel en los panales a donde no es posible guindarse, en los altos farallones cuarterdos de berodes y artabaos. Aquí no ha salido a las eras la orteguiana Nuestra Señora del Arnero, pero hay un aire entre los guinderos que urge delicias pánicas. No es tampoco este valle un valle mifífico al estilo de Sangría. Es un valle macho, con sus problemas de sangre y de agua: frente por frente a la fortaleza de Acoma y el poblado castellano mirándose piedras contra tejas; el agua corriendo a raudales por medio de la calle, pero al atardecer con un trazo rosa y otro amarillo sobre la lejanía del pinar poniente he oído:

—Oiga, Panchito, ¿me podía echar pa mañana el agua de la sesión?

—Mire, cristiano, usted sabe que yo no puedo disponer de eso.

El peticionario ponía remusgos de odios ancestrales en la vez ba



Jo la galería de madera, sobre el poyo que iba quedando en la oscuridad. Un aire frío de estepa ponía roja la piel de las muchachas. Un caballo pasó cojeando con un tipo gordo, de polainas, encima, que se paró poco más allá. La campana de la iglesia tocaba al Rosario de la tarde.

Tejeda tiene al Este el enorme espaldar de las Cumbres, desde el Nublo hasta el Chapín, pero el pueblo está como en un saliente que deja al norte la concavidad del Rincón: bajo las maclas y repisas de mismo Chapín y la montaña de Constantino; y al sur el revuelco de la Culata limitada por Juan Gómez, el almagre; la Mina de Tejeda allá en lo alto con pasta roja sobre el risco negro, y el Nublo y el Fraile orando en el extremo. Pero del Nublo deriva hacia el Oeste una larga cadena de montañas tras la que reptó la carretera de San Bartolomé, poniendo remate al circo de Tejeda y alzándose sobre el Fondillo, casi recto, el enorme castillo del Bentaiga que hemos visto de amanecida con su verde manto de almendros. Bajo de él está la salida del barranco hacia tierras más bajas, enfrente mismo del balcón que el pueblo tiene sobre sus propias tierras, con el Colmenar, Las Rosas y Guardaya a la derecha y como telón de fondo el recorte lejano de Tifaraca y Alta Vista y la fortaleza guanche de Acusa. Los barrios se extienden por todo este quebrado terreno, en el Rincón, en la Degradada, en el Majuelo de verdes prados con la Tosca morada y roja; el Espinillo, la Solana, el Chorrillo, el Toscón, el Junca!, el Carrizal la Culata... En el interior de los bellos caseríos, entre huertas de perales albaricoques y manzanos, de almendros y guinderos, cercados de papas y millo, las barrancadas de llenas agua, fuentes con flumeras y juncos, las cabeceras de los dos brazos, que bajo los grandes farallones sobre los que se asienta el pueblo, se unen para formar el barranco grande de Tejeda. El del Rincón nos ofrece la variada topografía del Lomo de los Santos, la Erilla, el Majuelo, Peña Rajada, huertos y arcones dentro de las casas de piedra, la fruta de los ciruelos y la curiosa fuente de la Gallina con la señal de sus tres dedos gigantes que entraron en tierra cuando la mitología era carne de este valle. La cebada y el trigo verde se empieza a dorar con el sol de Justicia de estos días que andamos. Pero la hermosura de los almendros verdinegros sobre la corriente de las acequias, por la Piedra Molino, tenía algo todavía del mito paradisiaco primero. El molino molió gofio y el agua manaba mansa o balbiando bajo las piedras con líno. Más allá las montañas se pueblan de retales, escobones, retama, melosilla, incienso, tomillo y tabaibas, yerba-risco y tajinaste, revenchón y alpispiri, en una agradable y terrible desarmonía.

El puente de la Casa de la Huerta nos conduce a otro mundo de donde no está lejana la tragedia. Fué aquí donde durante las últimas grandes avenidas, cuando parecía que el mundo se venía abajo, bajo el turbión de agua, una de estas pobres casas de piedra seca fué arrastrada barranco abajo dando tumbos por precipicios y piedras a las cuales la ablación ha dado esas superficies curiosas de monstruos alabeados. Por aquí, aguas arriba se entra a la Culata, y aguas abajo hay bellos prados dorados por el sol que ya pasó el meridio. Las casas tienen una sola planta y la parrá delante, techo de dos aguas de teja, con vigas sin debastar y cañizos perfectos dos o tres habitaciones y el alpendor con techo plano de tierra. El patio empedrado con cacharros y macetas de culantrillos, malvas y lirios. El terradillo a lo largo de toda la casa lleva las vigas al descubierto y colgadas de ellas las bolsas para el cuajo, para el queso de la temporada. Barranco de la Culata arriba la fuente de Cha Gil nos brinda perlas en hojas de

flamero, en una tierra donde se degustan aguas como en otras el vino, o la sangre. En Charco de la Paloma, ya la estación avanzada sobre los meses de Primavera, no hay más que un hilillo de agua y las bestias sacando grava...

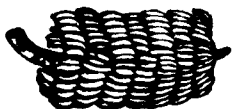
Pero abajo todo sucede de modo distinto. Abajo es en el valle de Tejada, el Fondillo, cientos de metros bajo el nivel del pueblo, en un mundo que solo habitarían peces sin ojos si estuviera bajo el Océano. La noche fué de pesebre y salto de serpatana, después de haber descendido por la rosada cadencia de las toscas y los farallones la tarde anterior, después de haber pasado los charcos de limo de remansos que la oscuridad creciente se comía y cenado en el molino que Baucis y Filemón cuidan en la eternidad. El día al pie del Benitaiga, entre la Vista de la Virgen y la montaña de la Cruz, junto al rumor del agua y al eco de las montañas, con el buceo de los estratos basálticos por telón cercano, sumergidos en las aguas remansadas muchas horas o contemplando simplemente como bordonean los dorados moscardones, las libélulas azules o rojas, las mariposas blancas o amarillas y más alto como vuelan los guirres o rasán la tierra los aburridos barruntando tiempo fresco, o el croar siniestro de los cuervos. Los juncos pueblan los antiguos cauces --; qué grato perderse entre ellos!; --las huertas altas con cirueleros, almendros y parras. Mientras el sol avanza atronan el espacio el chirrido de los saltamontes o cigarrones azules y pequeños, pardos y gigantes: grises, amarillos o rosados, de tal variedad cromática como los cantos rodados, azules, pardos, rosados o grises, cuajados de fucos verdes en la corriente que lleva flores de cerezo. Cuando ésta se remansa hay cien mil tejederas, escarabajos de agua, larvas, gusanillos pegados a las rocas...

Ahora, recordándolo, está amaneciendo en la fonda del pueblo. La fonda donde el fuego arde en el fiar, las viejas tras el fuego están el pafuelo a la cabeza, donde el patio tiene flameras, pila y el comedor loco de más de cien años, con vasos de porcelana, platos pintorescos, tallas hermosas, panzudas, oscuras, con ancestrales dibujos de Artenara, donde hay sillas de Valleseco que han soportado el sudor de tierra de los viejos cansados, donde las camas son duras y limpias, donde tarda la luz porque el sol está tras la Cumbre recreándose en la solana de la isla; donde el cielo es fino como el hilo de los telares... Mientras haciendo cadenas arriba va girando ante mí la visión del valle siempre distinto. Y de pronto un grito de piedra me desgarró: el Nublo señala al cielo con su dedo incendiado. Las huertas van desapareciendo tragadas por la desolación. Más arriba hay frío y humedad y giro de niebla desgajándose por las maclas del Chapín. Viene conmigo una vieja terrosa, delgada, arrugada y alta, de ojos azules en una cara correcta en sus arrugas geológicas, toda de negro y mantilla negra, llena de humor entre los ramos de flores, de yudas, calas, azucenas. Es para mí, el espíritu del Valle que parece acompañarme. ¿Llévame conmigo para siempre? ¿Se escapan de esta hirviente caldera, al mundo, los espíritus de Tejada? Otros cuencos de la tierra parecen tener a los bordes el colmo de sus gigantes y sus gnomos. En cambio Tejada derrama su semilla al universo Mundo. Sacerdotes de mirada clara, tos en el pecho arqueado, lucos de amanecida en los libros fríos; empresarios de quimeras orgullosas por tierras de América. Pero eso no es todo. Hay quien profiere, lleno de energía, joven, y sin embargo igual a esta vieja que va a mi lado permanecer por toda una eternidad junto a la mula blanca subiendo los escalones de la degollada, entre tumeras, almendros y precipicios. Esta es la tierra de los equilibrios y los contrastes. Esta es la Isla Vieja y la Isla Viva, la tem-

pestañada de arriba y la paz horaciana bajo las parvas de abajo; Acoma sobre una imperceptible línea blanca frente a Tejada; la verticalidad negra del Chapin sobre la huerta del Majuelo... Hace más de cien años, en una época imprecisa, las violentas cuestiones del agua entre la Aldea y Tejada se hicieron historia en una expedición militar sobre el impresionante escorzo de montañas que conducen a las fuentes. La milicia alcanzó con sus disparos a una vieja que defendía la independencia de sus aguas, y su cadáver rodó piedras abajo como una hoja seca cuando llega el invierno de los altos. ¿Encarnó Tejada en este espíritu azul que llevo a mi costado? La otra vertiente está cubierta de escobones y retamas amarillas.



## N O R T E

*La estrella polar brillaba sobre Lairaga*

¡EL Norte es ver de costado 'la Isleta y sentir la plata en el bolsillo. ¿Por qué Cuba húmeda, boquerones en el cielo, barrancos profundos, calas del ocio, se va a las ciudades del Norte? ¿Cuáles son los linderos lejanos del Norte? Costa del Roque Negro, de las Peñas de Ortiz, de Gáldar, Anduja, playa del Guanarteme, punta del Perro, costas de San Felipe, Lairaga y Bañaderos... un mundo

comprendido entre Artenara, Gáldar y la Isleta, con platanales, color de luna llena, los caballos en la noche y la carne en el parador.

*Artenara*

Allá arriba están las hilanderas como las del Prado, bajo la luz tamizada desde las altas ventanas; con un espíritu en cada frente de mujeruca inclinada ante el rito del telar. Estas mujeres de la rueda están encintas de luz. La rueda símbolo de la vida, del eterno devenir, de las oraciones del sol y del viejo oficio de hilar; la luz está en el ambiente. En estas mujeres hay algo impalpable que la une en caravanserrallo, que no existe en un taller, en una escuela, en un bar, cuando la mujer se estiliza bajo capas de colores. Aquí el luminoso ambiente ha envuelto los hilos que se pueden tejer como si el cristal cubriera las vaporosas carnes... esto no es nylon ni plexiglás. Esta es la única luz de las montañas.

*Aruca*

La tarde está tranquila, pero en el patio empieza a oscurecer. Entonces una enorme algarabía de pájaros invade la enredadera de platanillos frente a la gran galería de madera, en esta casa interior de Arucas, por estas calles empinadas que van subiendo a la cuesta de la montaña. Agaldar, Afurgas, Atenoya, Arehucas... Solo Arehucas conserva su "A" masculina guanche-bereber. Los Portales, el Fijo, el Cerriño, El Mirón, la Goleta del Capitán Tomás de Palenzuela, la Hoya de San Juan Bautista, Santidad, la ermita de San Francisco, los Artabacales, Los Portales, Sibique --el barrio de Pepita Tatana-- El Pino, Montaña Cardones, Trasmontaña, El Trapicho, la Cruz del Capitán Hernando de Pineda, Llano Blanco, La Pollina, Quintanilla, Castillejos, La Cereza y el Trapicho de los López, Aquí hay nobleza de Ponce y Santa Gadea, bellos jardines dieciochescos. Arucas con cruce de historia e intereses.

## Teror

*Iguis qui manet*

Teror, la villa de la torre octogonal. Cien caracolas verdes anunciaron la llegada de una aurora que se adivinaba muy cercana al trópico del Cangrejo. La noche había sido negra como grupa de yegua sabia, llena de un miedo indescriptible en la soledad del campo, los pasos por la carretera resonando muy lejos, con los ladridos de los perros atenazando el silencio, destrozando su bóveda, y el chirrido de alguna lechuza en el ramaje de los dormidos eucaliptos. Pero mis ojos vivían de nuevo. Ya no adivinaba el camino. La luna había roto por un momento, con su ojo blanco, la paz de la noche y su pupila derramando, en la acequia, como un néctar de azucenas. Pronto fueron enarboladas banderas grises con ribetes rojos y la luz del sol destiló naranjas en los cristales. Por los cercados la brisa mecía troncos de gusanos y lagartas verdes, rollizas, con los anillos del cuerpo bien marcados, la púa de la cola erecta y las tenazas para coer coles, dispuestas. En el pueblo entré por la cuesta del Cementerio arriba. La alegría de la plaza silenciosa en los plátanos del Líbano, ante el palacio del Obispo, resonó en toda su pureza cuando las campanas la despertaron batiendo en las fuentes de los mil ruidos del día: en las galerías de las casas en los patois donde el sol no llega, en los alpendres que giran al oriente, bajo los árboles profusos de las cercanías. Crótalos recién lavados por el rocío sonaron en torno a la torre octogonal cuando el sol apuntó con su dedo a la cresta de piedra amarilla. Todo es sorpresa junto a los pinos cuando se anuncia el nuevo color de las cosas. La Virgen lo decreta: hoy las amapolas vestirán sus trajes de gala, rojos con el centro negro. En Osorio, la alfombra de hojas caídas durante la noche no había sido hollada aún.

Cuando entré en la Iglesia era la hora en que el loro verde del cura se despertaba para llamar al perro gordinflón como cebado perro azteca. Charla desgafitándose medio soñando con bizcochos robados a la envidia del can. El resonar dorado de la misa cantada terminó por despertar mi duermevela andante de peregrino, y bajo sus oraciones y letanías el ruido de la multitud era como el de las abejas en las margenes del Tío. Arriba, los palcos, lucían su orgullo y, abajo, el pueblo no veía sino el ascua plata de la Virgen.

Hay un solo día del año en que Las Palmas se vierte en una Villa interior, en que casi se hace ciudad del continente. Es el día de la fiesta del Pino en que lleva su solemnidad de fiesta mayor a donde el año no conoce sino la mansa esteva. Aquel día del Pino brillaban los

bordados en las boomangas y en los atalajes; las charangas lanzaron al aire su breve estallido de bandera española y salieron con toda solemnidad la plata, las casullas, los misacantanos y los requetes transparentes de árbol plisado, con encajes finos, mientras la nave de mármol sentía el alivio de la multitud. En torno al treno había como un humo de cálices de oro, pero Ella tenía en la mirada como el ansia de ver y tocar pinocha fresca y fruta seca, leñosa de piñones bajo palios verdes tejidos por agujetas vegetales. Ella era como un ave lira sujeta a una rama de plata repujada.

Y cuando la muchedumbre de viejas y niños, de padres graves, de madres gordas, de mozos con ron y de niñas ácidas como la fruta en Abril se extendió por la sombra agradable de los patios interiores, de los cercados, de las carreteras, del monte con castaños, el aire tomó gravedad de vino y de fuegos de fritagas apagados. A la tarde, por las cercanías, quedaba el rastro de las prendas perdidas, de los cacharros rotos, de las abiertas latas de sardina, de algún plátano podrido, de las sartijas y baratijas compradas entre los cacharros de Artanara en la misma feria. Los tenderetes iban hacia el no ser entre la turbamulta de moscas pesadas... guitarras levemente rasgueadas, barrachas de oal y canto, y cohetes estallando bajo los amplios laureles de Indias con navajas que brillaban de voz en cuando para... cortar el queso requemón. En los Jardines caían lirios tronchados, azuleas desluoidas por el sol. Y por último los enormes coches amarillos transportaban viajeros en riadas multitudinarias, por entre una jungla de autos pequeños y sucios...

Es la hora del desaliento, cuando nos sentimos una mota en el sudor ajeno. Aún en esta villa escarlata, azul, verde y morena, con su torre de canela, con presencia de gravedad física acaba de nacer el aburrimiento.

## Gáldar

Mis recuerdos de Gáldar son muy lejanos. Tan lejanos como los de una primera infancia. A la casa se llegaba por un estrecho camino ordeado por cercas de piedra viva. A los lados se extendían majuelos con surcos, o los boniatos ya crecidos; más lejos algún medio pañuelo de plataneras. La casa tenía delante un emparrado que proyectaba su sombra escueta de rombos, sobre la blanca pared encajada, reverberando al sol. Por los alrededores había matorrales que ya no sé definir. Quizás fueran de zarzas o lentiscos. Sólo como ha quedado grabado, a través del tiempo un enorme lagarto azul y verde y que ví una vez, mirándome con desoaro, fuera de su sombrío hábitaculo invernal. Allí estaba, reluciente como una joya, en actitud expectante, esperando su presa al sol.

Dentro, la casa se desenvolvía en torno a un patio empedrado con una galería en cuadrante, sostenida por columnas de vigas de madera, típicas en la construcción isleña, con capiteles en forma de dos largas ménsulas. En la parte opuesta a la puerta estaba el armario de la pila, con su piedra porosa, amarilla, cubierta por los culantrillos y el bernejal debajo, amplio, rotundo y lleno de agua tan fresca en el verano que es una delicia sólo el pensar en ella. Muy cerca de la pila, fuente de la vida, dormitaba el símbolo de la ciencia y de la curiosidad, fuente de la muerte: la lechuga que habían regalado al dueño de la casa, vivía quieta, con sus ojos muy abiertos, parpadeantes, sin ver nada, a

pleno sol, y su plumaje hermoso; un ejemplar notable en Canarias donde no abundan estas rapaces nocturnas. Claro que es posible que, en lugar de lechuza, fuera buho el meditado bicho allí encerrado, pues su pelaje es recuerdo que era negro y pardo y amarillo blanquizco. Pero aquí es corriente la palabra lechuza mientras que nunca he oído a de buho. De todas maneras éste era quizás el personaje más interesante de todo el cortijo.

Dormíamos, en las frescas habitaciones, sobre colchones puestos en el santo suelo. Y nos discutíamos, en la galería, la posesión de un órd de esos con cajas de mimbre en los brazos y apoyo debajo del asiento, para sacarlo, y extenderse cómodamente sobre él. También recuerdo, del mobiliario, una mesita de laca medio desvncijada, por algunos sitios, levantada la cubierta, dejando ver el forro de papel de periódicos japoneses.

Por la traserá —se salía por un portón del patio, seguramente almenado y con cruz en la almena del centro, aunque esto no lo recuerdo— daba la casa a la propia finca, al camino amplio que conducía a las ganías situadas más altas. Estas eran grandes, con unos arcos de medio punto perfectos. En su interior las hermosas bestias bovinas rumiaban los rulos troceados y el pienso de plantas de millo tierno. Al acercarnos volvían la cabeza con ruidos de cadenas. Había un toro de ojos sanguinolentos que estaba atado con narigón, y era negro y alto.

Un recuerdo más impreciso y vago tengo de la presa. No sé exactamente a qué distancia estaba situada de la casa y de la ganía blanca. Sólo la veía con un fondo de agua y el potente muro al descubier-to. Su piso era de un fango pardo rojizo que imitaba perfectamente al ohocolate. Con este barro nos hacíamos figuras de animales: jirafas, hipopótamos, elefantes, los cuales nutrían nuestro jardín zoológico de Las Palmas. En una tarde amarilla recuerdo las figuras de todos contra el sol: de mi padre, del dueño, de unos amigos, del gañán y del mayoral. Este llevaba ganado el monte cercano, de donde venían después los marfileños quesos de flor rezumando grasa. Para guardar el ganado tenía un perrazo enorme. Y a este perro le había puesto el apellido sonoro de uno de los presentes aquella tarde. Varias veces, el personaje en cuestión, don Julián Falcón, hombre serio y mal encarado, se había dirigido al pastor:

—¿Cómo se llama el perro?

—Nada, nada. Pues... mire, usted. No se "m'acurrado" ponerle nombre.

Pero en esto dá la malhadada casualidad que, de entre los matorrales, salta un conejo campestre. El pastor no pudo más y largó lo que tenía dentro:

—¡Agárralo, Falcón!

Ni que decir tiene que la cara del hombre se puso amarilla como la paja al comprender la pifa cometida, mientras que la de don Julián Falcón pasaba de la expresión de asombro a la de ira, con el acompañamiento de las carcajadas de los presentes.

Cuando dejábamos la finca, íbamos en busca de la carretera metidos, casi hasta la cabeza, en los serones de un borrico tan suave y peludo como el de Juan Ramón. Pisaba las flores caídas como si estuvieran hechas para él. En la carretera nos esperaba el "Super" para regresar a la Ciudad mientras el sueño nos iba invadiendo lentamente.

## EL SUR

*¡Que se vayan p'al Infierno que es tierra caliente!*



EL Sur se inicia en el cementerio entre platanales y buganvillas —camino de la arena negra, rosa y plata de San Cristóbal—. El volante de las algas verdes con festones, puntillas y recamados blancos, en encajes de citereonésicos contornos y calados glaucos, préndese en torno al alto corpifio maragato de los acantilados, con cavidades rosáceas, como de senos mitológicos, y conchas camba-  
cizas, fingiendo negruras de carbón, de restos de la primera fragua donde se forjó la isla, más allá de la playa de la Laja.

Mi infancia está en el itinerario de muchos viajes en el fondo de un "auto" lleno de amarillitas dalias, algunas manos de plátanos, rojos o gigantes, y los verdes pámpanos de la vid aún entremezclados a la fuerte corteza de las de Pedro Giménez. En este ambiente bucólico y etofial veía surgir, al dejar atrás el oscuro túnel, las luces de Las Palmas, que empezaban a encenderse en el atardecer, y los índices de las torres catedralicias.

Pero otra vez se dirije mi pensamiento al sur, de donde viene el perfume de los plátanos y las magnolias. Bajo los naranjos, la blancura albayaide de las tapias, e el color pajizo de los cercados y empalizadas, los ombligos y botones primerizos se convierten en la turgescente promesa de la inflorescencia de recias arcas moradas, para, después, apuntar en diminutos semicírculos verdes con el pedúnculo pardo, y terminar por ser mareados, a ouchillo, de hoja puntiaguda, los racimos, no siempre en la plenitud de la vida vegetal.





*San Antonio*

Telde con su puente de siete ojos clamando por un río, la silueta lejana del gigantesco laurel y la araucaria, centinela de los molinos metálicos con su eterno chirriar... Traspasado el gótico reabalo de San Juan, el platano y la cantonera, llegamos al jardín de San Antonio, año lleno de la ruina de las rosas y las estefanotas. San Antonio con su humilde ermita, los nobles muros, el ancho portalón, y dentro, como fruto en sazón, llicuándose en dulzores de ópalo mate, el Paraíso... Bórranse suaves entre los recuerdos las sendas perdidas del Jardín, los cañaverales de bambúes negros, las flores de cera, el orgullo de los dragos y el reptar de los dragones esculpidos en la piedra que no espera sino otro rústico Apolo. Allí, en la sombra, ríe todavía —con risa de ladrillos rojos— el que grabó mi padre; y está la yedra, esperando los tirses olímpicos. Es el mundo del reptil y el pájaro; aquel que en un amanecer nos despertara con toda la sonoridad de sus trinos. Mi sangre saltaba como las pepitas de las granadas mientras el café doraba su rojiza piel, en el terradillo, casi con versos de Valle Inclán. El agua, esa agua del sur, más pura y cantarina que ninguna, por más deseada, llegaba, al cumplirse la dula, con la alegría de las cosas eternamente esperadas. La tierra era la novia del agua. Venía en espumante chorro, de lo alto, y, para entrar en la acequia de piedra, saltaba con garbo de estrellas de plata junto a las únicas orquídeas del jardín, pues parecía elegir lo más exótico para gala de sus privilegios reales. Bajo las amplias cedros que hacían sombra al parapeto vivía un beño, un beño a quien no pedíamos ver, pero allí se estaba envidioso de la alegría de las campanulas azules, retrepado en su silla curvada. Y no creía; algunas tardes también el cielo se oscurecía gozaban los cerdos en el lado, y en sus poros de toaca parda, mientras un rumor de gloriosa sonatina desgranaba, pálida, el agua, y su farer de máquinas potentes descargaba en monorrítmico respirar de humo negro sobre el campo húmedo, a la sombra del viaje y rojo tartago.

Más abajo, en la tarde sonresada por la Flor de Pasosa, veíaba algún muraléjago, tras la sirena palmara, en el camino de las gafnias. A su pie ensoñamos muchas veces que el mundo terminaba allí y que el mar primitivo bañaba los muros terrosos de su pobre construcción...

Así, de nuevo, quedó cortada la vida en San Antonio.

*San Francisco de Telde*

El recuerdo de su ambiente tiene consistencia pastosa, como la melaza en el trapiche de la semirruinosa fábrica de azúcar. Ella señala el límite de los jardines, abandonados y perdidos, por el Oeste. Al pie está el Barranco, gris y ancho como la espada empedrada de un gigantesco monstruo antidiuviano que prolongara su retorcido cuello por los recodos y meandros, —entre cortadas de parda tierra y lomas cuajadas de molinos— para salir a respirar la ambrancia de Neptuno con ojos adormilados de caimán, del color de las aguas vivas que pasan entre las algas de la costa. Y en el escarpado de la marjón derecha, cuando todavía el mar es sólo una nostalgia para las piedras del cauce seco, el barrio de San Francisco.

Para ver este barrio, hecho de piedras y cantos rodado de pulpa amarilla de aguacates y cales coloreadas, es necesario llevar la paleta

de un Gaugin o, por contraste, la caja, sin colores de un extraño cubismo; mirar por la punta negra de un lápiz de apuntes --comiéndole el terreno a los arcos isabelinos de algunas puertas-- o por el chorro de verdes joyantes de una acuarela del Norte de Tenerife. Este es un barrio de contrastes, sin color y de luces, con piedras y maderas rotas como las hélices de los molinos chirriantes que entierran su trompa por los alledaños de la ciudad en busca de cualquier perdido rastro de agua.

La otra tarde estuve en el barrio de San Francisco subiendo por la calle Real y doblando por donde los altos cercoados del Roque ponen un límite a la ciudad de San Juan Bautista, frente al más bello portón sorprendido en un recodo, carcomida la madera por el tiempo y los ratones, deshechas en astillas, como de una tela desflequillada, las tablas, abiertas a cualquier gatuna aventura de la medianoche. Por allí las casas se hicieron bajas y morunas, dándonos la espalda, adviniéndose dentro de las huertas, sobre el bernegal, unas galerías de maderas tan viejas como las de este portón reseco donde se ponen a tostar al sol las mazorcaas y el café. Hay un olor indefinido, en el ambiente, compuesto de residuos en putrefacción, del olor de las gafanías, del humo de los hogares que se ha incrustado por siglos en las maderas y en las piedras, de flores estrujadas y aguas estancadas en cualquier oculto remanso. El color de las plataneras y de los naranjos cargados de aquel azahar que se convirtió en pomas aún verdes, se refleja en los muros blancos, espejeantes como si hubiesen sido pintados con mercurio. Los aguacates que surgen por encima se doblan al peso de la fruta que, como enormes lágrimas verdes de una selva tropical, servirían para adornar de esmeraldas el manto de San Cristobalón. El ambiente es espeso y se podría cortar, si no fuera por el constante viento norte que como un dragón azul sopla en las esquinas y por los intersticios de las mal encajadas maderas de los portones de tres almenas y una cruz.

Otra vuelta y las cuevas que empiezan a precipitarse sobre el Barranco --cantera de toda esta piedra que granula las calles y los callejones con sus caprichosos dibujos. Esta es la cuesta de San Sebastián. A la derecha hemos dejado la de las Carreñas; más allá la huerta de los Aguilares. Un poco más y la plaza de la Portería, irregular y extraña, nos sorprende con su espadaña negra de cartón piedra, de tres cuerpos. El primero es liso con una sola puerta amplia de arco de medio punto elegante y sencillo descansando sobre ménsulas exactas, directamente puestas sobre el muro. El segundo contiene bajo sus arcos las dos campanas; y en el tercero el remate hace del conjunto casi un monumento herreriano por sus acróteras con bolas. A la izquierda otra cuesta bien cuidada, sobre el barranco, otro portillo abierto sobre los cercoados con plataneras de "agua dulce", enormes, negrando de verdes, de hojas perfectas y anchas, con la perspectiva al fondo --sobre la otra margen del Barranco-- de un poblado semitrogodita en sintonía de amarillos sobre almacenes con techo de urilita, más allá del puente de los siete ojos.

Por su puerta principal la Iglesia del antiguo convento franciscano dá sobre la plaza de San Francisco, más regular y perfecta que la de la Portería, con el romance de sus bancos de piedra, de las agujas de un pino que llega al tejado, de los viejos que ruman el lento pasar de las horas en camisa. Falta la patineta de una niña que cruce las aceras o el rumor del colegio, cerrado esta tarde de viernes. Su pobre habitáculo fué en un tiempo Calvario. Conserva una vieja alcancía de piedra y una puerta con arco también de piedra. Las noches con esta lu-

na redonda que hay ahora vieron sobre ella la llegada solemne y litúrgica de los entierros de lugares lejanos, de rezagados caminos barranqueños, con espanto de los últimos lagartos del día y de los primeros murciélagos de la noche. Sobre la plaza pone su elegante sombra lunar la araucaria, las dos palmeras, este chirimoyo y un grupo de cañas de Indias que veo erguirse tras el muro almonado del huerto frontero.

Bajando por la empedrada calle de San Francisco hemos de volver con pena la vista atrás y entonces la perspectiva divisada nos premiará el esfuerzo. La puerta clásica de la Iglesia —frontón perfecto, arco de medio punto bajo él— nos mira su solo ojo purpúreo de madera enabegada, ocultándose, poco a poco, bajo la curva de la calle en cuesta. Por la izquierda se desprende rápida la calle Nueva. Al llegar al remate de la de San Francisco, dejando un poco retrasado el Altozano, encontramos la de Trescasas, la Muerta y el callejón de la Fuente. Aquí, en el pequeño triángulo formado, parece que se ha detenido definitivamente la vida. Un muro sirve de balcón sobre la Fuente y la Muerta. Tan en miniatura es todo aquí que sólo cuatro niñas podrían jugar alrededor del laurel de la India que en su poceta vive cercado. Si creciera, la gigantesca ficacea, derribaría las casas fronteras. Si se resigna a la eterna enanez será como esos cerezos que los japoneses cultivan en macetas, verdaderas plantas contrahechas. Nada hay que se parezca a esto en todo el resto de Telde, a pesar de sus góticas piedras que parecen arrancadas de un estilo medieval del pleno XII, de sus maderas modeladas bajo panes de oro, de sus losas de piedra heráldica en sepulcros fundacionales, de sus acuarelas de patios ocultos.

éditas; de su Alameda embaldosada, de sus posibles pinturas miguelangelescas, de sus balcones verdes y sus celosías enrejilladas, del viento que sopla por la calle del Duende del agua del Chorrillo... Aquí está la sencillez plegada al muro, al tronco blanco, a la piedra, a las moscas de oro del atardecer. Antes de llegar de nuevo a las Carreñas hay un canto de voces en silencio que parece nos tira del alma y fantasmas de antepasados que cruzan a pleno sol...



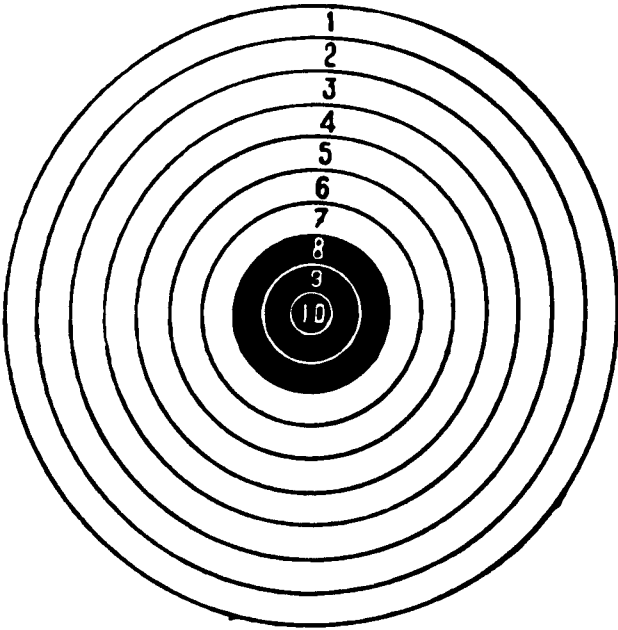
## El Ingenio

Hace muchos años, pero muchos años que estuve en el Ingenio. No sé si se refiere a este pueblecito del sur una acuarela muy bonita que pintó mi tía y está en la sala de mi casa. La acuarela representa un callejón en cuesta, empedrado de gris, bordado de casas albeadas de amarillo, de ocre de siena, de rosa pálido, de blanco, de color barquillo, que se interrumpe de pronto por la caída de una jeroba empuñada

da. El fondo es una vista con araucaria, tres palmeras y dos cadenas de plataneras y una casa que lo mismo podía ser una vieja iglesia, alta y amarilla con el tejado de un rojo muy viejo como de sangre seca. También creo que pertenece al Ingenio mi visión de un cielo como los que el Greco pinta para Toledo. Pero el paisaje que recuerdo del Ingenio contrasta por completo con el de la ciudad imperial. En Toledo la historia lo asume todo y parece como si una tolvanera que viniera del cielo arrastrase la ciudad hacia él. En el Ingenio no hay historia, hay cercados con piedras, tierras rojas y terrazas que se deslizan hacia el mar y se adivina lo volcánico del mundo que nos rodea. Los tomates, las tuneras, las papas y las batatas, los guayaberos y naranjos interrumpen con su verde grito el silencio de las casas cercanas, pero hacia arriba va subiendo el pueblo por calles empinadas y hay mujeres de anchos pómulos, de ojos azules, de trenzas castaño oscuro y otras de físico mediterráneo cetrinas de color, y hombres oliendo al sudor de la tierra. Más arriba las callejuelas se estrechan aún más, las casas son más blancas y hay, de pronto, desniveles impresionantes que escalonan la vida de un guayabal a un juzgado. Entre los muros, y bajo el puente, están las huertas del guayabal con sus hojas verdeoscúras, ovales, dentadas y sus frutos amarillos a tramos verdoques, con la pulpa roja, en el guayabo macho, y el tamaño más grande y la pulpa blanca en las guayabas, con duizura acre. Y arriba, aún más alto que el cielo, el surgir rápido y brusco de las torres de la iglesia, con una sola nave y nado espaciosa, con imágenes hermosas de colores brillantes y talla delgada.

No sé por qué aquello fué para mí el sueño de una noche en que me acomodaba a una ventana abierta y sobre un campo nevado corría un caballo rojo. Y eran los gritos de una negra que había venido de Cuba con los amos de aquel ingenio.





# INDICE

<i>Vida privada de Mari Maguada</i>	<b>pag. 1</b>
<i>Diario de mi Isla</i>	• 3
<i>C. I. - T-AMARAN-AN. El escritor ante su Isla</i>	• 6
<i>El agua en los pozos</i>	• 9
<i>Goethe</i>	• 11
<i>Patios y Jardines</i>	• 13
<i>Las Iglesias</i>	• 14
<i>Las Fantasías</i>	• 17
<i>La Danza Macabra</i>	• 20
<i>Greguerías</i>	• 22
<i>Las cuatro estaciones</i>	• 24
<i>Mitos</i>	• 31
<i>Fauna con plumas</i>	• 38
<i>C. II. - LA CIUDAD SIN SONRISAS. Las Palmas; nuestra ciudad</i>	• 45
<i>Las Palmas ciudad sin sonrisas</i>	• 48
<i>Las Horas una a una</i>	• 49
<i>Los días de Enero a Enero</i>	• 51
<i>Los años zodiacales</i>	• 60
<i>Las Instituciones</i>	• 62
<i>Los Barrios de Cristal</i>	• 67
<i>El Puerto cuando era Yo</i>	• 74
<i>C. III. - EL GENIO MAGUADO. Geopsique</i>	• 80
<i>Los poetas</i>	82
<i>Los plásticos</i>	• 84
<i>Las carreras</i>	• 86
<i>Los escritores</i>	• 92
<i>El Senado y el Pueblo</i>	• 94
<i>Personajes de antaño</i>	• 98
<i>Las señoras</i>	• 101
<i>C. IV - EL PAIS DE LAS ROSAS VERDES. ídem.</i>	• 106
<i>Las Cumbres</i>	• 108
<i>El Centro</i>	• 110
<i>El Norte</i>	• 123
<i>El Sur</i>	• 127

